

*FRANCOIS MAURIAC*  
*AMOR*

*EL DESIERTO DEL*

FRANCOIS MAURIAC

**EL DESIERTO  
DEL AMOR**

PROLOGO DE LORENZO GOMIS

*PREMIO NOBEL 1952*

*FRANCOIS MAURIAC*  
*AMOR*

*EL DESIERTO DEL*

SALVAT EDITORES, S. A.

Edición íntegra especialmente autorizada para BIBLIOTECA  
BÁSICA SALVAT

(c) 1982 Salvat Editores, S.A. (c) Miguel Otero Silva Impreso en:  
Gráficas Estella, S.A. Estella (Navarra)-1983 I.S.B.N. 84-345-8003-9  
(obra completa) I.S.B.N. 84-345-8078-0 (tomo 75) Depósito Legal: NA-  
677-1983 Printed in Spain

## *PROLOGO*

*Recogido en la comodidad de un sillón, con un cuaderno casero en las rodillas, Francois Mauriac ha escrito sus relatos a rachas febriles.*

*PREMIO NOBEL 1952*

*¿Preparando otra novela?, le preguntaban con asombro profano las damas de la buena sociedad, que era también la del académico inquieto y mundano. No sabían ellas que las novelas no surgían del esfuerzo, sino del recuerdo, como los soles se desprenden de una nebulosa (la comparación es del mismo novelista). La nebulosa era la memoria de su adolescencia en el Burdeos natal: el conjuro de aquel mundo familiar fue siempre para Mauriac el punto de partida. El universo novelesco se alzaba, como una emanación, del mundo descubierto con tristeza en los primeros años.*

*El mismo Mauriac confesaba que ningún drama podía tomar vida en su espíritu si no lo situaba en los lugares en que él había vivido siempre. Tenía que poder seguir a sus personajes de un cuarto a otro. No podía concebir una novela sin tener presente, con todos sus rincones, la casa en que la acción había de desenvolverse. Las alamedas más secretas del jardín tenían que resultarle familiares y el paisaje del contorno conocido, y no con un conocimiento superficial. "A menudo —confesaba—, la cara de mis personajes permanece indistinta, y no veo de ellos más que la silueta. Pero siento el olor enmohecido del corredor que atraviesan y conozco perfectamente los ruidos que escuchan de día y de noche, cuando salen del vestíbulo y avanzan hacia la escalinata."*

*No es extraño, así, que se haya observado que cada una de sus novelas podría llevar un subtítulo que la situara en el tiempo y en el espacio: Le baiser au lépreux (1922) o el verano en las Laudas, Le désert de l'amour (1925) o Talence bajo la tempestad, Destins (1927) o el sol en las viñas, Thérèse Desqueyroux (1926) o Argelouse con lluvia. Por cierto que estas obras pertenecen a la época de mayor plenitud creadora de Mauriac, en torno de los cuarenta años —nació en 1885—;*

*el ritmo y la densidad de la producción novelesca se mantienen con Le noeud de vipères (1932) y Le mystère Frontenac (1933). Luego los soles de esta creación se desprenden más espaciadamente de la lejana nebulosa de la adolescencia bordelesa, pero ni la calidad ni la concentración se han perdido en obras entre las que, por lo menos, habría que citar La pharisienne (1941) y Le sagouin (1951).*

*En contraste con las sombras devoradoras de su obra, la vida de Mauriac fue la de un hombre afortunado, rico en talentos y bienes. Educado en un ambiente burgués y devoto, se licencia en Letras en su Burdeos natal, va a París a los 21 años para ingresar en la Ecole des Chartes y consigue el ingreso, pero la deja pronto para escribir: un artículo de Maurice Barres le ha dado el espaldarazo. Se casa en 1913 y, terminada la guerra, publica con éxito una novela casi cada año. Le désert de l'amour le vale, en 1925, el Gran Premio de Novela de la Academia. Presidente de la Société des Gens de Lettres en 1932, académico en 1933, ensaya con fortuna el teatro y se dedica, antes y después de la Segunda Guerra Mundial, al periodismo. El editorialista de "Le Fígaro", el comentarista del "Bloc Notes", en "L'Express" o en "Le Fígaro Littéraire" interviene con íntima pasión en las polémicas de la vida pública, conservador cuando responde a la tradición familiar, progresista cuando su espíritu de creyente cristiano le empuja afuera, más allá de las previstas casillas del ambiente en que vive; pero siempre personal y vivo, nervioso y aun caprichoso en la reacción, acerado en la crítica, seductor en el estilo. La cima de esta brillante carrera literaria llega, junto con la consagración mundial, con la concesión del premio Nobel de Literatura, en 1952. Los señores de la Academia sueca no hablan de oídas. La justificación que suele acompañar a tal galardón es en este caso certera: el premio, dicen, se*

le concede "por el análisis penetrante del alma y la intensidad artística con que ha interpretado en forma de novela la vida humana".

En *El desierto del amor* se encuentran, en efecto, esas virtudes del Mauriac novelista: el penetrante análisis y la intensidad artística. La acción es escasa; la pasión, febril. En la tranquila vida provinciana, en esas vidas ordenadas, presididas por el deber, la pasión se conserva, se concentra. Nada, observa Mauriac la gasta, ningún soplo la evapora; "la pasión se acumula, se estanca, se corrompe, envenena, corroe el vaso vivo que la encierra". Por cierto que en estos verbos encontramos ya el gusto del novelista por las expresiones que indican corrupción. Y en el contraste "vaso vivo" la alusión a la antinomia materia y espíritu, carne y alma, alusión que es fácil encontrar repetidamente en la novela. Un día, por ejemplo, Lucie Courrèges, la mujer del doctor Courrèges, cree oír el grito ahogado de ese "enterrado vivo" que es su marido, de ese "minero sepultado".

En la figura del doctor Courrèges puso el novelista lo más lúcido de su mirada, lo más fino de su toque descriptivo, y como una soterrada ternura. Mauriac no conoció a su padre, que murió cuando él tenía veinte meses; y diríamos que ha concentrado sabiamente en ese doctor Courrèges los mejores hallazgos de un padre imaginado, y también los más evocadores objetos. En casa de Mauriac niño, en Burdeos, abrían a veces un armario y encontraban el sombrero hongo del padre, "¡el hongo del pobre papá!". Ese es probablemente el hongo que lleva — como el lector podrá comprobar — el buen doctor Courrèges.

El doctor es el más atareado de los personajes que cruzan por esta historia, casi el único atareado, entre el laboratorio, la consulta, las visitas. Sin embargo, el doctor no ignora lo que ignora su mujer, y el

novelista apunta, al paso, que el amor sabe hacerse un hueco en las vidas más llenas y que "un hombre de Estado agobiado, en torno a la hora en que su amante le espera, detiene el mundo". En el caso del doctor, esos huecos los colma principalmente la imaginación. En el mundo de este "desierto del amor", lo más es imaginario y el mínimo de acción lo aportan los encuentros. El poder del novelista en este relato se aplica a mostrar lo incierto de las relaciones humanas: ni nadie es visto como él mismo se ve, ni nadie permanece igual a lo largo de un mismo encuentro. Cambian las dimensiones y las actitudes: la que se mira como amante, se comporta como discípulo; lo que se iba a decir, lo que se había ensayado, no puede decirse, porque, "desde el momento en que no se puede decir todo, no se puede decir nada", y uno mismo escucha con sorpresa la supervivencia en la propia boca de palabras mentirosas, restos de una fe muerta. Eso es a veces lo que los demás escuchan, "como recibimos la luz de un astro extinguido desde hace siglos".

Entre dos generaciones de Courrèges que recibieron el don de gustar — ese don que el doctor vio en su padre y reconoce en su hijo Raymond —, él descubre en sí un destino solitario. Solo en sus imaginaciones, solo en los encuentros que desea amorosos, solo en el seno de su familia, cercado por la "Ilíada miserable" de los minúsculos episodios domésticos, las historias de criadas, las rencillas de mujeres. La mirada penetrante del novelista descubre en esta soledad una sed de compañía que, con la reducción por la edad, con la disminución que en los hombres obra el tiempo, lleva un día al anciano, "cadáver sonriente", a confesar el consuelo y la satisfacción de vivir en el espesor de la familia: los mil pinchazos mínimos de las inquietudes domésticas, explica, atraen la sangre hacia la piel, hacia la superficie, y

*la apartan de la llaga secreta, profunda, que el hombre lleva dentro. Y el marido envejecido confiesa que nada le es más necesario que la importunidad de su esposa, y pide al hijo que no se quede solo.*

*Raymond Courrèges, el hijo, es uno de los típicos adolescentes que Mauriac ha sacado de la experiencia de sus años jóvenes: "sombria figura angélica", sensibilidad en carne viva que le hace sentirse en el centro de la risotada universal: "toda la vida había de acordarse de ese momento en que una mujer le había juzgado no sólo repugnante (lo que no hubiera sido nada), sino también grotesco". Padres y maestros le creen capaz de todo. No se da cuenta él mismo de que, en la ostentación que hace del desorden y la suciedad, lo que hay, más que nada, es el pobre orgullo de su edad, una especie de humildad desesperada. Así lo hace ver el novelista: la derrota de un adolescente, apunta, llega cuando se convence — cuando se deja persuadir — de su propia miseria. Este es el muchacho que una tarde de invierno, en el tranvía en que vuelve a casa, se encuentra frente a una cara de mujer, sentada entre dos obreros, que le mira con tranquilidad, atentamente. Raymond no siente — cosa rara — ni incomodidad ni vergüenza. El rostro de la mujer es un rostro a la vez inteligente y animal, impasible. Un día y otro día coinciden en silencio. Bajo aquella mirada, Raymond empieza a cambiar; ahora se afeita, cuida el vestir. El efecto de aquella mujer en su vida será duradero, y el Raymond Courrèges que conocemos en un bar de París, a los treinta y cinco años — cuarenta tenía Mauriac cuando se publicó la novela —, no sería el mismo si una tarde de invierno, cuando volvía a casa con los libros de estudio, no hubiera encontrado en el tranvía a una mujer que resultó llamarse María Cross.*

*Si los dos Courrèges, padre e hijo, se nos presentan nítidamente, bajo una luz como de escena iluminada por una claridad fulgurante y tormentosa, de relámpago súbito, a María Cross, esa mujer que a expensas de un hombre rico y casado vive en una casa lujosa y miserable de los alrededores de Burdeos, la vemos con los ojos de dos hombres que un día descubren una relación distinta de la sangre: padre e hijo se descubren "parientes por parte de María Cross". No estamos, sin embargo, seguros de conocerla a través de los ojos turbados de estos dos hombres. María Cross queda lejana, lo mismo en sus tardes de lectura, música y pereza que en su ciudadela tardía de casada. Pero de lo que no nos queda duda es de que también ella tiene ante sí un desierto. En la noche, "atraída, como aspirada por la tristeza vegetal" — nos dice el novelista, en unas líneas en que la vida humana y la de la naturaleza se combinan de manera característica —, María siente la tentación de perderse, de disolverse, "para que al fin su desierto interior se confundiera con el del espacio, para que el silencio en ella no fuera ya diferente del silencio de las esferas".*

*La metáfora del desierto no sólo surge en estas páginas a propósito de María Cross. También el doctor Courrèges habla una vez del desierto que le separa — pues el desierto separa — de su mujer y sus hijos; y en otra ocasión piensa en un desierto entre él y aquella mujer, desierto que tampoco hubiera podido franquear aunque hubiera tenido veinticinco años... En estos desiertos interiores, la pasión produce de vez en cuando la ilusión fugaz de una compañía, quizá incluso de una comunión. La relación de persona a persona se descubre en revelaciones instantáneas, en momentos fugaces. Mauriac tiene el don de condensar mucha vida en una escena breve; por eso pudo ser también dramaturgo, aunque en el teatro le falta ese calor húmedo de*



la descripción significativa de paisaje y objetos, esa atmósfera que envuelve y sofoca, esa visión febril. El aire febril — el adjetivo es inevitable — se muestra también, por cierto, en los cambios repentinos, en los descubrimientos bruscos. La vida, le hace observar Mauriac al doctor Courrégés, ignora la preparación. De pronto se rompen las amarras, se leva el ancla, el barco se mueve y no se sabe aún que se mueva, pero al cabo de una hora no será más que una mancha en el mar. No es la muerte lo que se lleva a los que amamos; al contrario, los guarda y los fija en su juventud adorable. Mauriac concluye sombríamente: "la muerte es la sal de nuestro amor; es la vida la que disuelve el amor".

El estilo —y el talante de Francois Mauriac tienen su sitio en una tradición francesa del drama interior. Mauriac meditó y aprendió bajo las sombras graves de Pascal y de Racine. Del primero recibió la frase temblorosa y rápida, la iluminación al sesgo, el atajo súbito y revelador; del segundo, la frase noble, la alta y contenida palpitación, un poco solemne. De ambos, un sentido dramático — no digamos trágico — del cristianismo. Cuando se escribe que Mauriac es un novelista católico francés, hay quien entiende que es una especie de novelista ideológico, doctrinal, o quizá simplemente sujeto a una ortodoxia. Y el novelista Mauriac no tiene mucho que ver con eso. Más cierto sería decir que Mauriac no hubiera sido el novelista que fue si no se hubiera educado en el ambiente devoto y burgués de una familia de Burdeos a principios de siglo y no se hubiera nutrido de las turbadoras memorias de su adolescencia y de las lecturas espiritualmente próximas y reveladoras de Pascal y Racine. Que es como decir que puede situársele con toda naturalidad en el panorama — y en la tradición — de la literatura francesa. O, expresado de otra manera, que pertenece a

*FRANCOIS MAURIAC*  
*AMOR*

*EL DESIERTO DEL*

*la familia formada por los que el epígrafe de una colección llama  
"escritores de siempre".*

LORENZO GOMIS

## CAPITULO PRIMERO

Durante muchos años, Raymond Courreges alimentó la esperanza de volver a encontrar en su camino a Maria Cross, pues deseaba ardientemente vengarse de ella. Muchas veces siguió en la calle a una transeúnte pensando que era aquella a la cual buscaba. Luego el tiempo había apaciguado en tal forma su rencor que, cuando el destino volvió a ponerlo frente a esa mujer, no experimentó, en el primer momento, esa mezcla de felicidad y furor que un encuentro semejante debía haberle producido. Cuando entró aquella tarde en un bar de la calle Duphot, no eran más que las diez de la noche, y el mulato del jazz canturreaba solo ante un *maître* de hotel atento. En la estrecha *boíte*, donde hasta la medianoche las parejas estarían pisoteándose, roncaba, como si fuera una gorda mosca, un ventilador. Al portero, que extrañado dijo: "No estamos acostumbrados a verlo tan temprano, señor...", Raymond contestó sólo con una señal de la mano indicando que interrumpieran ese zumbido. El portero, confidencialmente, quiso en vano convencerlo de que "el nuevo sistema, sin producir viento, absorbía el humo". Courrégés le dio tal mirada que el hombre se batió en retirada hacia el guardarropa; pero, en el techo, el ventilador calló como si hubiera sido un moscardón que se detiene en el vuelo.

El joven, entonces, después de haber deshecho la línea inmaculada de los manteles y luego de haber reconocido en el espejo su rostro, que se mostraba como en uno de sus peores días, interrogóse: "¿Qué es lo que no marcha?" ¡ Cáspita! Odiaba las tardes perdidas, y esta sería

una tarde perdida por culpa de ese animal de Eddy H... Debíó forzar al muchacho, cazarlo en su redil para traerlo al cabaret. Durante la comida, y apenas se hubo sentado en el borde de la silla, impaciente, Eddy se excusó de su falta de atención, pues le dolía la cabeza. Se aprontaba ya para un placer futuro y próximo. Una vez que hubo tomado su café, Eddy huyó, alegre, brillantes los ojos, las orejas rojas, las ventanillas de la nariz abiertas. Durante todo el día Raymond habíase hecho una agradable imagen de esta tarde y de esa noche; pero sin duda Eddy había preferido ofertas de placer más refrescante que ninguna confidencia.

Extrañóse Courrèges de sentirse no sólo decepcionado y humillado sino también triste. Se sentía escandalizado al ver que cualquier camarada le resultaba irremplazable. Eso era una novedad en su vida: hasta los treinta años había sido incapaz de ese desinterés que exige la amistad. Por lo demás se encontraba demasiado ocupado con las mujeres; había, pues, despreciado todo aquello que no le parecía objeto de posesión, y podía haber dicho, como un niño goloso: "Sólo amo aquello que se devora." En ese tiempo usaba a sus amigos como testigos o como confidentes: para él un amigo era antes que nada un par de orejas. Gustaba también de probarse a sí mismo que los dominaba, que los dirigía; tenía la pasión de influir, y halagábale poder desmoralizarlos metódicamente.

Raymond Courrèges se habría hecho una clientela tal como su abuelo el cirujano, como su tío abuelo jesuíta, como su padre el doctor, si hubiera sido capaz de subordinar sus apetitos a una carrera, y si su gusto por el placer no le hubiera impedido siempre perseguir lo que no le producía satisfacción inmediata. Sin embargo, llegaba a la edad en la que sólo aquellos que se dirigen al alma pueden establecer su dominio:

Courrèges sabía sólo enseñar a sus discípulos el mejor rendimiento del placer. Pero los más jóvenes deseaban tener cómplices de su misma generación, por lo cual su clientela mermaba. En el amor, la caza siempre abunda; pero el pequeño rebaño de aquellos que han empezado a vivir con nosotros se reduce cada año. Courrèges odiaba, por tener su misma edad, a esos sobrevivientes de las sombrías heridas de la guerra, que, con el pelo gris, su panza y sus cráneos, habíanse hundido en el matrimonio o estaban deformados por la profesión. Los acusaba de ser los asesinos de su juventud y de traicionarla antes que la juventud renunciara a ellos.

Ponía su orgullo en estar entre los muchachos de posguerra.

Esa tarde, en el bar aún vacío, donde sólo se oía una mandolina ensordecida (la llama de la melodía muere, renace, titubea), Raymond mira ardientemente su rostro bajo sus espesos cabellos reflejados en los espejos, ese rostro que no representa los treinta y cinco años. Piensa que la vejez, antes de marcar su cuerpo, marca su vida. Si bien se siente orgulloso al oír que las mujeres se preguntan: "¿Quién es ese joven tan alto?", sabe también que los muchachos de veinte años, más perspicaces, no lo contaban entre los jóvenes de su efímera raza. Sin ir más lejos, ese Eddy no tenía nada mejor que hacer que hablar de sí mismo hasta el alba entre el estruendo del saxófono; pero, tal vez, en estos momentos, en otro bar, no hace otra cosa sino analizar sus sentimientos frente a un muchacho nacido en 1904, que sin cesar lo interrumpe con unos "yo también" y "lo mismo que yo"...

Surgieron algunos jóvenes que habían adoptado, para atravesar la sala, rostros engreídos y orgullosos, de los cuales quisieron desprenderse al ver la soledad de la sala. Se aglutinaron alrededor del barman. Courrèges, sin embargo, no había aceptado jamás sufrir por

culpa de otro, ya fuese amante o amigo. Se dedicó, pues, siguiendo su método, a descubrir la falta de proporción entre la insignificancia de Eddy H... y la turbación que le producía su abandono. Se alegró de no encontrar ninguna raíz al tratar de arrancar de él esta brizna de sentimiento. Enardecióse hasta llegar a pensar que podría echarlo a la calle, y sin estremecerse, enfrentóse con la idea de no volver a verlo. Casi con alegría díjose: "Voy a barrerlo..." Suspiró aliviado; luego se dio cuenta de que subsistía en él una inquietud, cuyo principio no era Eddy. ¡ Ah! Sí, la carta que palpaba en el bolsillo de su smoking... Era inútil que volviera a leerla: el doctor Courrèges usaba con su hijo un lenguaje elíptico, fácil de retener:

*Me alojo en el Grand—Hotel mientras dure el Congreso Médico. Estoy a tu disposición, por la mañana antes de las nueve; por la tarde después de las once. Tu padre.*

Raymond murmuró: "No faltaba más...", y tomó sin sospecharlo un aire desafiante. Reprochaba a su padre que no pudiera despreciarlo como al resto de la familia. A los treinta años, en vano Raymond reclamó la dote que su hermana casada recibió. Después del rechazo de sus padres, había quemado sus naves; pero la fortuna pertenecía a la señora Courrèges; muy bien sabía Raymond que su padre habríase mostrado generoso si hubiera podido hacerlo: el dinero no significaba nada para él. Repitió: "No faltaba más..." Pero no pudo dejar de percibir una llamada en ese seco mensaje. No era tan ciego como la señora Courrèges, a la cual irritaban la frialdad y la brusquedad de su marido; tenía por costumbre repetir: "¿Qué me importa que sea bueno si no me doy cuenta de ello? ¡Imagínese cómo sería si fuera malo!"

Raymond se siente incómodo por la llamada de ese padre, al cual le cuesta mucho odiar. No, por cierto, no contestará: pero de todos modos... Más adelante, cuando Raymond Courrèges recordó las circunstancias de esa noche, rememoró la amargura que había sufrido al entrar al pequeño bar vacío. Pero olvidó las causas, y estas eran la defección de un camarada llamado Eddy y la presencia de su padre en París; creyó que su humor agrio había nacido de un presentimiento y que existía un lazo entre su estado de ánimo y el acontecimiento que aproximábase a su vida. Sostuvo siempre, desde entonces, que ni Eddy ni el doctor Courrèges habrían podido mantenerlo en tal angustia. Pero apenas se sentó frente a un cóctel, su espíritu y su carne, por instinto, sintieron la proximidad de aquella que, en ese mismo minuto, en un taxi que ya llegaba a la esquina de la calle Duphot, hurgaba en su pequeña cartera diciendo a su compañero:

—Qué tontería: olvidé mi lápiz labial. El hombre contestó:

—Debe haber algunos en el baño.

—¡ Qué horror!, y cogeré...

—Gladys te prestará el suyo.

La mujer entró: un sombrero campanudo eliminaba la parte alta del rostro y sólo dejaba entrever el mentón, donde el tiempo marca la edad de las mujeres. Los cuarenta años habían dado sus toques por aquí y por allá en esa parte baja del rostro: insinuando una papada. El cuerpo, bajo las pieles, estaba recogido. Enceguecida como si saliera del toril, se detuvo en el umbral del bar deslumbrante. Cuando su compañero, el cual se había demorado al discutir con el chófer, se hubo reunido con ella, Courrèges, sin reconocerlo en el primer momento, se dijo: "He visto en alguna parte este rostro...; es un rostro de Burdeos." De súbito, un nombre acudió a sus labios, mientras observaba el rostro de ese

cincuentón, cara que rebosaba satisfacción de sí mismo : Víctor Larousselle... Latiéndole el corazón, Raymond examinó de nuevo a esa mujer; ésta, habiéndose dado cuenta de que era la única persona que tenía puesto el sombrero, se lo quitó bruscamente, y frente al espejo esponjó su cabello recién cortado. Aparecieron los ojos, grandes y tranquilos, y luego una frente amplia claramente delimitada, en ciertos sectores, por el nacimiento aún joven de una cabellera oscura. En lo alto del rostro, estaba concentrado todo lo que aquella mujer acumulaba de juventud sobreviviente. Raymond la reconocía a pesar del pelo corto, del cuerpo que había engordado y de la lenta destrucción que partía del cuello y subía a la boca y las mejillas. La reconoció como hubiera reconocido un camino de su infancia al que le hubieran derribado las encinas que lo bordeaban. Courrèges sumaba el número de años, y después de algunos segundos decía: "Tiene cuarenta y cuatro años; yo tenía dieciocho, y ella veintisiete." Como todos aquellos que mezclan la felicidad con la juventud, tenía una oscura conciencia, aunque siempre despierta, del tiempo transcurrido. Sus ojos no cesaban de medir el abismo del tiempo muerto; cada ser que jugó un papel en su destino fue colocado, sin tardar, en su lugar, y al reconocer el rostro era capaz de recordar hasta el año de su nacimiento. "¿Me reconocerá?" No habría vuelto la cara tan bruscamente si ella no lo hubiera reconocido. Aproximándose a su compañero le suplicaba, sin duda, que no permanecieran allí, ya que él contestó en voz muy alta, con el tono de un hombre al cual le gusta que lo admire la galería: "No, esto no está aburrido. En un cuarto de hora más estará tan lleno como un huevo." Empujó una mesa no muy lejos de aquella en que estaba apoyado Raymond; sentóse pesadamente; mostraba, en su rostro, en el cual fluía la sangre, además de los signos



de la arteriosclerosis, una desembozada satisfacción. Pero como la mujer permanecía de pie e inmóvil, la interpeló: "¡Bien! ¿Qué esperas?" De súbito la satisfacción desapareció de sus ojos y de sus labios gruesos y casi amoratados. Creyendo hablar en voz baja, agregó: "Naturalmente, basta que esté entretenido aquí para que tú te aburras..." Sin duda, ella le decía: "Ten cuidado, nos escuchan", porque él casi gritó: "Sé comportarme, ¡caramba! ¡Y aunque así fuese!, ¿qué?"

Sentada no lejos de Raymond, la mujer habíase tranquilizado. Hubiera sido necesario que el joven se inclinara para poder verla, y sólo dependía de ella el poder huir de su mirada. Courrèges adivinó esa seguridad, comprendió, de súbito, ¡y con qué terror!, que esa ocasión deseada por él desde los diecisiete años podía perderse. Pasados diecisiete años, creía volver a encontrar intacto su deseo de humillar a esta mujer que lo había humillado, demostrarle qué clase de hombre era él: de aquellos que no aceptan que una hembra se burle de ellos. Durante muchos años habíase complacido en imaginar las circunstancias que los pondrían frente a frente y con qué habilidad la sojuzgaría; haría llorar a aquella ante la cual hiciera un papel tan triste... Verdad es que si esta tarde, en lugar de esa mujer, él hubiera reconocido a cualquiera otra comparsa de su época de estudiante, a los dieciocho años — su compañero preferido en esa época, o ese jornalero que le causaba horror —, no habría descubierto en él, al mirarla, ninguna huella de esa camaradería o ese odio que sintiera el niño que ya no era. Pero ante esta mujer, ¿no volvía a encontrarse tal como fue un jueves del mes de junio de 19..., en el crepúsculo, sobre ese camino de un arrabal polvoriento que olía a lirios, ante el dintel cuyo timbre no volvería a sonar nunca más para él ? ¡ María! ¡ María Cross! De ese adolescente hosco, tímido que fue entonces, ella había

hecho un hombre nuevo, ese que sería siempre. Pero ella, esa María Cross, qué poco había cambiado! Siempre sus ojos en actitud de interrogar, su frente llena de luz. Courrèges decía a sí mismo que su compañero preferido de 19... sería hoy, esta noche, un hombre macizo, calvo, con barbas: pero el rostro de ciertas mujeres permanece, hasta la madurez, bañado por la infancia; es, quizá, esa eterna infancia la que fija nuestro amor y lo libra del tiempo. Era la misma mujer, después de diecisiete años de pasiones desconocidas, como esas vírgenes cuya sonrisa no podía alterar ninguna llama de la Reforma o del Terror. Ese hombre, satisfecho de sí mismo, cuya impaciencia y humor se manifestaban ruidosamente, pues las personas que esperaba no llegaban, conversaba con ella:

—Seguro que ha sido Gladys la causante de su retraso... Yo, que siempre estoy acostumbrado a cumplir con exactitud, tengo horror a los que no son así. Es curioso, no me gusta hacer esperar a los demás: es más fuerte que yo. Sin embargo, ciertas personas son de tal descortesía...

María Cross le tocó el hombro y debió repetirle: "Nos están oyendo..." ; gruñó diciendo que él no decía nada que no se pudiera escuchar y que le parecía increíble que fuese ella precisamente la que pretendiera enseñarle a vivir.

Su sola presencia dejaba a Courrèges entregado sin defensa a eso que ya no era. Aunque hubiera conservado una conciencia muy clara del tiempo transcurrido, detestaba hacer surgir en él imágenes muy precisas, y a nada temía más que a las rebeliones de los fantasmas; pero no podía hacer nada esa noche, contra ese torrente de rostros desencadenado dentro de él por la presencia de María: oyó cómo daban las seis y cómo golpeaban los bancos escolares; ni siquiera

había llovido lo bastante como para que desapareciera el polvo; tampoco estaba el tranvía lo suficientemente iluminado como para poder terminar de leer Afrodita: tranvía lleno de obreros a los cuales la fatiga, una vez terminada la jornada, ponía una nota de dulzura en el rostro.

## CAPITULO SEGUNDO

Entre el colegio — donde se le expulsaba de clase y era el niño sucio que vagaba por los corredores pegado a las paredes — y la casa de la familia, en los *alrededores*, se extendía ese espacio de tiempo que lo liberaba, ese largo viaje de regreso en tranvía, por fin solo entre seres indiferentes, sin miradas: especialmente en invierno, pues la noche apenas alumbrada de cuando en cuando por un farol o por los vidrios de un bar, lo separaba del mundo, lo aislaba dentro del olor a lana mojada de las ropas de trabajo; un cigarrillo apagado, pegado en unos labios caídos: el sueño que derriba rostros de arrugas carbonizadas, un diario deslizándose de unas macizas manos; esa mujer que con su cabeza descubierta, levantaba hacia las lámparas un folletín, moviendo sus labios como si estuviera rezando. Por fin, un poco pasado la iglesia de Talence, había que bajarse.

El tranvía, cual movediza llama de bengala, alumbraba por unos segundos los árboles y setos desnudos de una propiedad, y luego el niño escuchaba cómo disminuía el estruendo de las ruedas en el camino lleno de charcos que olían a madera podrida y a hojas. Tomaba entonces el caminillo que bordeaba el jardín de los Courrégés, empujaba el portón entrecerrado de las dependencias; la lámpara del comedor alumbraba ese macizo apoyado contra la casa, en el cual, durante la primavera, se plantaban las fucsias que aman la sombra. Raymond tenía ya la frente endurecida, las cejas tan próximas la una a la otra, que formaban una sola línea tupida sobre los ojos, y la esquina

derecha de la boca, un poco caída; entraba al salón y lanzaba un saludo colectivo a las personas apretujadas alrededor de una lámpara de luz débil. Su madre le preguntaba cuántas veces tendría que decirle que se limpiara los zapatos en el felpudo de la entrada y si pensaba sentarse a la mesa "con esas manos". La abuela Courrèges susurraba a media voz a su nuera: "Sabes lo que dice Paul: no hay que poner nervioso inútilmente al niño." De ese modo, apenas aparecía él, nacían, por su culpa, agrias palabras.

Se sentaba en la sombra. Inclínada sobre su bordado, Madeleine Basque, su hermana, al entrar Raymond, no levantaba ni siquiera la cabeza. Le interesaba menos que el perro. Raymond era "la plaga de la familia"; repetía de buenas ganas "que sería la oveja negra de la familia" ; y su marido Gastón Basque, agregaba: "Sobre todo teniendo un padre tan débil."

La bordadora levantaba la cabeza, permanecía unos minutos escuchando, y decía: "Ahí está Gastón...", dejando su trabajo. "No oigo nada", contestaba la señora Courrèges. "Sí, sí; ahí viene", y aunque ningún otro oído, fuera del de ella, percibiera el menor ruido, Madeleine se levantaba, atravesaba corriendo las gradas, desaparecía en el jardín guiándose con un infalible conocimiento, como si ella perteneciese a una especie diferente de animales donde el macho y no la hembra fuese la portadora del olor para atraer al cómplice a través de la sombra. Muy pronto los Courrèges oían una voz de hombre, y la risa complaciente y sumisa de Madeleine. La pareja no atravesaría el salón sino que subirían, por una puerta oculta, al piso donde estaban los dormitorios y no descenderían hasta el segundo toque de la campana.

Bajo la lámpara suspendida, alrededor de la mesa, se reunían la abuela Courrèges, su nuera Lucie Courrèges, el joven matrimonio y

cuatro niñitas algo colorínas como Gastón Basque: las mismas ropas, los mismos cabellos, las mismas manchas de acemite, se apretujaban como si fueran pájaros domesticados sobre un bastón: "Y que no se les hable", decretaba el teniente Basque. "Si alguien les habla se les castigaré: se lo advierto a todo el mundo."

El lugar del doctor permanecía desocupado durante largo rato, aunque se encontrara en la casa. Llegaba, a la mitad de la comida, con un paquete de revistas. Su mujer le preguntaba si había oído la campana; decía que con tanto desorden no había forma de que las sirvientas permaneciesen en casa. El doctor movía la cabeza como si quisiera espantar una mosca, y abría una revista. No lo hacía por afectación sino por economía de tiempo en un hombre sobrecargado de trabajo, cuyo espíritu encontrábase asediado por toda clase de afanes: conocía el valor de un minuto. Al extremo de la mesa, los Basque aislábanse indiferentes a todo aquello que no se relacionara con ellos o con sus niños; Gastón contaba, a media voz, sus trajines para no irse de Burdeos: el coronel había escrito al Ministerio... Su mujer lo escuchaba sin perder de vista los niños y sin dejar de velar por su educación : "No limpies el plato con el pan. —¿No sabes usar el cuchillo ? — No te revuelques de esa forma.

—Pon las manos sobre la mesa. —Las manos, no los codos.

—No te daré más pan, te lo advierto. —Bebiste bastante agua...".

Los Basque formaban un islote hecho de desconfianza y secretos. "No me dicen nada." Todos los agravios o motivos de queja que la señora Courrégés alimentaba contra su hija, estaban comprendidos en ese "no me dicen nada". Sospechaba que Madeleine estaba encinta, vigilaba su talle, interpretaba sus malestares. Los sirvientes siempre lo sabían antes que ella. Creía que Gastón tenía un seguro de vida, ¿pero

de cuánto? Desconocía lo que ellos realmente habían recibido a la muerte del señor Basque.

En el salón, después de cenar, Raymond no respondía nada a su madre, la cual rezongaba: "Entonces, ¿no tienes ninguna lección que estudiar, ninguna composición que preparar?" Raymond tomaba a una de las niñas y parecía amasarla entre sus fuertes manos; la levantaba muy derecha sobre su cabeza para que pudiera tocar el cielo raso; hacía molinetes con ese flexible cuerpo, mientras Madeleine Basque, como gallina enfadada e inquieta, a la cual el gozo de la niña desarmaba, exclamaba: "¡Cuidado! Vas a dañarla... Es tan bruto..." La abuela Courrèges dejaba, entonces, su tejido, alzaba sus gafas y una sonrisa arrugaba su rostro; recogía, apasionadamente, ese testimonio en favor de Raymond: "¡Cómo se te ocurre! Adora a los niños: eso no se le puede negar: sólo los niños le caen en gracia." La anciana sostenía que si no hubiese sido bueno no los habría amado: "No hay más que verlo con sus sobrinas para darse cuenta de que no es mala persona."

¿Amaba a los niños? Cogía cualquier cosa que fuera fresca, tibia y viva, como para defenderse de aquellos a los cuales llamaba "los cadáveres". Raymond lanzaba sobre el diván el cuerpecillo, alcanzaba la puerta, y corría, a grandes zancadas, por las avenidas llenas de hojas; el cielo, más claro entre las ramas desnudas, guiaba su carrera. En el primer piso, tras un vidrio, la lámpara del doctor Courrèges se mantenía encendida. ¿Iría a acostarse Raymond también esta noche sin abrazar a su padre? ¡Ah! Bastaba esos cuarenta y cinco minutos de silencio hostil por la mañana: pues desde el alba la berlina del doctor transportaba al padre y al hijo. Raymond bajábase a las puertas de Saint—Genes, y a través de los bulevares llegaba hasta su colegio,

mientras el doctor proseguía su camino al hospital. Tres cuartos de hora en esa caja que olía a cuero fétido entre dos cristales que chorreaban agua: permanecían uno al lado de otro. El médico que unos instantes más tarde hablaría, abundante y autoritariamente, en su pabellón a los estudiantes, buscaba en vano, desde hacía meses, las palabras con las cuales podría alcanzar a ese ser que engendrara. ¿Cómo abrirse camino hasta ese corazón hípido? Cuando se enorgullecía de haber encontrado la solución y dirigía a Raymond palabras largamente meditadas, no reconocía estas mismas palabras y hasta su voz lo traicionaba: pues, muy a su pesar, era burlona y seca. Siempre fue un martirio para él no poder expresar sus sentimientos.

Esta bondad del doctor Courrèges se había hecho célebre gracias únicamente al testimonio de sus actos; sus actos eran los únicos testigos de esa bondad oculta en él, enterrada viva en él.

Era imposible obtener de él que aceptara sin refunfuños ni alzamientos de hombros una palabra de gratitud. Zarandeándose al lado de su hijo en estas albas lluviosas, ¡cuántas veces había interrogado este rostro que se ocultaba! Pese a sí mismo, el doctor interpretaba algunos signos en este rostro de ángel malo — esa falsa dulzura de los ojos demasiado ojerosos —. "El pobre niño me cree su enemigo, pensaba el padre, yo tengo la culpa y no él." No contaba con esa presciencia de los adolescentes, para saber quiénes los aman. Raymond oía la llamada y no mezclaba a su padre con los otros, pero se hacía el sordo; por lo demás, él mismo no habría sabido qué decir a este padre cohibido — ya que él cohibía a este hombre — y este mismo hecho lo helaba.



Sucedía, sin embargo, que a veces el doctor no podía dejar de llamarle la atención; pero siempre lo más suavemente posible y esforzándose en tratar a Raymond como a un camarada.

—El director del colegio ha vuelto a escribirme por tu culpa. ¡ Vas a volver loco al pobre padre Farge! Según parece hay pruebas de que tú fuiste el que hizo circular, mientras estudiaban, ese tratado de obstetricia... lo habrías robado de mi biblioteca. Te confieso que la indignación del padre Farge me parece exagerada; estáis en edad de conocer la vida y es mejor después de todo que la conozcáis a través de obras serias... Así se lo escribí al director... Pero también encontraron en el cesto de los papeles del estudio un número de *La Gaudriole*: naturalmente, sospechan de ti; cargas con todos los pecados de Israel... Ten cuidado, hijo, terminarán por echarte seis meses antes de los exámenes...

—No.

—¿Por qué no?

—Porque como estoy repitiendo tengo muchas posibilidades de que no me suspendan este año. ¡ Los conozco! ¡ Te imaginas si se van a desprender de alguien que tenga probabilidades de salir bien! Por si te interesa, te diré que si ellos me echan, me atraparían los jesuitas. Prefieren que los contamine, como dicen en el colegio, antes que perder un bachiller para sus estadísticas. Conoces la sonrisa triunfante de Farge el día de los premios: ¡presentó treinta candidatos, hay veintitrés doctorados y dos *posibles*! ¡Estruendosos aplausos!.... ¡Asquerosos!

—No, hijito...

El doctor daba énfasis a ese "hijito". Tal vez era el instante de deslizarse en ese corazón que no se entregaba. Hacía mucho tiempo

que el hijo no se permitía nada que pareciera un abandono. A través de sus cínicas palabras entreveíase una chispa de confianza. ¿A qué palabras recurrir que no hirieran al niño, para convencerlo de que existen hombres sin cálculos ni ardidés, los cuales, generalmente más hábiles, son los maquiavelos de una causa sublime, y precisamente aquellos que desean nuestro bien son los que nos hieren...? El doctor buscaba la mejor fórmula; el camino del arrabal habíase transformado en la calle de una mañana clara y triste obstruida por los carricoches de los lecheros. Unos minutos más y cruzaría por la garita, por esa cruz de Saint—Genes, que, al pasar, adoraban los peregrinos de Santiago de Compostela, donde sólo se apoyaban ahora los inspectores de autobuses. No sabiendo qué decir cogió con su mano esa mano cálida; repitió, a media voz: "Hijito...", y vio, entonces, que Raymond, la cabeza apoyada contra el cristal, dormía, o más bien simulaba hacerlo. El adolescente había cerrado los ojos, los cuales habrían podido traicionar, a pesar suyo, cierta debilidad, el deseo de someterse: un rostro estrictamente hermético, huesudo, como tallado en sílex, en el cual la sensibilidad sólo aparecía en esa doble magulladura de los párpados... Poco a poco, el niño libertó su mano.

Esa mujer, que está allí sentada sobre la banqueta, separada de él por una sola mesa, podría escucharlo sin que tuviera que elevar la voz, ¿cuándo entró en su vida?: ¿antes de esa escena en el coche, o más tarde? Parece haberse calmado ya, y bebe, sin temer que Raymond la reconozca. Durante algunos instantes gira los ojos hacia él, pero los retira inmediatamente. Su voz, que él reconoce, domina, de improviso, el bullicio: "Aquí está Gladys..." No más entrar, una pareja se coloca entre ella y su acompañante, y todos hablan a la vez: "No lográbamos

que nos atendieran en el guardarropa... —Siempre somos los primeros en llegar... —Bueno: lo importante es que estéis aquí..."

No; debía haber transcurrido más de un año antes de que ocurriera esa escena en el coche, entre su padre y Raymond: una tarde, sentados a la mesa (tal vez hacia el fin de la primavera; no estaba encendida la lámpara del comedor), la abuela Courrèges había dicho a su nuera: "Lucie, sé para quién son esos cortinajes blancos que visteis en la iglesia."

Raymond creyó que iba a surgir una de esas interminables conversaciones, cuyas múltiples e insignificantes palabras morían alrededor del doctor. La mayoría de las veces se trataba de discusiones domésticas. Cada una defendía a sus criados: lláda miserable en la cual las riñas de la servidumbre desencadenaban, en el Olimpo del comedor, diosas protectoras. Muchas veces también los matrimonios se disputaban una mujer para que trabajara por el día: "Contraté a Travailote para la próxima semana", decía, por ejemplo, la señora Courrèges a Madeleine Basque. La joven replicaba que no se había zurcido aún la ropa de los niños.

—Siempre logras contratar a Travailote.

—¡ Pues bien! Dile que venga a María—nariz—rota.

—María—nariz—rota trabaja muy lentamente, y además tengo que pagarle el tranvía.

Pero esa tarde, la mención de los cortinajes blancos de la iglesia suscitó una disputa mucho más grave. La abuela Courrèges agregó:

—Se trata del pequeño de María Cross: murió de una meningitis. Parece que pidió un entierro de primera.

—¡ Qué falta de tacto!

Al oír esta exclamación de su mujer, el doctor, que leía una revista mientras tomaba su sopa, levantó los ojos. Como siempre, la esposa, entonces, bajó los suyos, pero en su tono de cólera le dijo que era una lástima que el sacerdote no hubiera puesto en su lugar a esa mujer que mantenía Larousselle a vista y paciencia de toda la ciudad y que desplegaba un lujo insolente: caballos, coches, y todo lo demás. El doctor extendió la mano:

—No juzguemos. No somos nosotros los ofendidos.

—¿Y el escándalo? ¿No significa nada?

Ante una mueca que hizo el doctor, ella comprendió que él admirábase de su vulgaridad, y trató de bajar el tono de la voz; pero segundos después, volvía a exclamar que esa mujer le producía horror... La propiedad en la cual había vivido durante tanto tiempo su vieja amiga la señora Bouflard, suegra de Víctor Larousselle, estaba habitada ahora por una bribona... Cada vez que pasaba frente a la casa, se le partía el alma...

El doctor, con voz tranquila, casi en voz baja, la interrumpió para decirle que esta tarde sólo había en esa casa una madre a la cabecera de su hijo muerto. Entonces, la señora Courrèges, solemne y con el índice levantado, pronunció :

—¡ La justicia de Dios!

Los niños oyeron el ruido de la silla que el doctor bruscamente apartó de la mesa. Metió la revista en su bolsillo, y sin decir palabra alcanzó la puerta, esforzándose por que su paso fuera lento; pero la familia, atenta, lo oyó subir la escalera de cuatro en cuatro peldaños.

—¿Dije algo extraordinario?

La señora Courrèges interrogó con su mirada a su suegra, al joven matrimonio, a los niños, a la criada. Sólo se oía el ruido de los cuchillos

y tenedores y la voz de Madeleine: "No mordisquees el pan... Deja ese hueso..." La señora Courrèges, después de observar el rostro de su suegra, agregó:

—Es como una enfermedad.

Pero la anciana, metida la nariz en su plato, pareció no haberla escuchado. Entonces Raymond estalló en risas.

—Vete a reír afuera. Volverás cuando te hayas calmado.

Raymond tiró su servilleta. ¡Cuan apacible veíase el jardín! Sí: debía haber sido al final de la primavera, pues recordaba el vuelo ruidoso de algaveros, y habían servido fresas de postre. Sentóse en medio del prado sobre la piedra caliente de la alberca, cuyo surtidor jamás había funcionado. En el primer piso la sombra de su padre erraba de una ventana a la otra. En ese crepúsculo, polvoriento y pesado, de una campiña cercana a Burdeos, la campana sonaba a largos intervalos pues había muerto el niño de esa mujer que ahora, en este mismo instante, vaciaba su vaso tan cerca de Raymond que podía casi tocarla con su mano extendida. Después de haber bebido champaña, María Cross mira con más libertad al joven, como si ya no temiera que la reconociera. Decir que ha envejecido no es decir bastante: a pesar de sus cabellos cortos y pese a que viste a la última moda, su cuerpo, sin embargo, conserva las formas de las modas de 19... Es joven, pero con esa juventud que floreció y se detuvo hace quince años: joven como ya no se es más. Las mismas ojeras que tenía en aquel tiempo, cuando decía a Raymond: "Tenemos los mismos ojos."

Raymond recordaba que, al día siguiente de esa tarde en que su padre dejó la mesa, bebía su chocolate al alba, en el comedor, y como las ventanas estaban abiertas sobre la bruma, tiritaba un poco en medio de un olor a café recién molido. La grava del sendero crujía bajo

las ruedas de la vieja berlina: el doctor se había retrasado esa mañana. La señora Courrèges, vestida con una bata color ciruela, los cabellos tirantes y trenzados todavía según el rito nocturno, besó la frente del colegial, que no interrumpió su desayuno:

—¿No ha bajado tu padre?

Agregó que debía entregarle unas cartas para el correo. Pero Raymond adivinó el motivo de su presencia en la mañana; de tanto vivir apretujados unos contra otros, los miembros de una misma familia se daban, a la vez, el gusto de no hacerse confidencias y de sorprender los secretos del vecino. La madre decía de su nuera: "Nunca me dice nada; eso no impide que la conozca a fondo." Cada uno pretendía conocer a fondo a los demás, y en cambio pretendía pasar por indescifrable frente a los otros. Raymond creyó saber el motivo que su madre tenía para encontrarse allí: "Deseaba desquitarse." Después de esa escena de la víspera, merodeaba alrededor de su marido tratando de granjearse el perdón. La pobre mujer descubría siempre tarde que sus palabras eran sin lugar a dudas, las que más herían al doctor. Como sucede en ciertos sueños dolorosos, cada esfuerzo que realizaba para acercarse a su marido lo alejaba de él; le era imposible decir y hacer algo que no le fuera odioso. Enredada en una torpe ternura, avanzaba a tientas, y con sus brazos tendidos sólo sabía herirlo.

Cuando oyó que en el primer piso se cerraba la puerta del doctor, la señora Courrèges echó en la taza el café hirviente; una sonrisa iluminó su rostro empapado por el insomnio, estregado por la lenta lluvia de los días laboriosos e iguales: sonrisa que se apagó rápidamente al aparecer el doctor. Lo miraba, de pies a cabeza, con desconfianza:

—¿Vas con tu sombrero de copa y tu capote?

—Lo estás viendo.

—¿Vas a un matrimonio?

—¿A un entierro?

—Sí.

—¿Quién murió?

—Alguien al cual tú no conoces, Lucie.

—Dime quién es, de todas maneras.

—El chico Cross.

—¿El hijo de Maria Cross? ¿La conoces? No me lo has dicho. No me has dicho nada. No obstante, desde que hablamos en la mesa acerca de esa bribona...

El doctor, de pie, bebía su café. Respondió, con su voz más suave, con voz que, aunque estrangulada, había alcanzado la cima de su exasperación :

—Después de veinticinco años no has comprendido que hablo lo menos posible de mis enfermos.

No, ella no comprendía y encontraba sorprendente que ella se enterara por casualidad, mientras estaba de visita, que a tal señora la atendiera el doctor Courrèges:

—¡Qué agradable es para mí ver la extrañeza de la gente! : "¿Cómo, usted no sabía?" : entonces me veo obligada a contestar que no tienes ninguna confianza en mí, que no me dices nunca nada... ¿Cuidabas al niño? ¿Y de qué murió? Bien me lo puedes decir a mí, no diré nada; por lo demás, no tiene importancia para gente como esa...

El doctor, como si no la oyera ni la viera, púsose su abrigo, y gritó a Raymond: "Apúrate. Hace rato que han dado las siete." La señora Courrèges trotaba tras ellos:

—¿Qué he dicho de malo otra vez? Ya estás enfadado de nuevo.

Se oyó golpear la puerta de entrada; un macizo de arbustos ocultaba ya la vieja berlina, y el sol comenzaba a abrir la bruma; la señora Courrèges, dirigiéndose a sí misma palabras confusas, volvió a la casa.

En el coche, el colegial observaba a su padre con ardiente curiosidad, con el deseo de recibir una confidencia. Tal vez en ese instante podrían haberse aproximado; pero en esos momentos el doctor estaba a kilómetros de distancia de ese niño, al cual había deseado tantas veces capturar; la joven presa ofrecíase a él ahora, y no lo sabía; mascullaba en su barba como si se hubiera encontrado solo: "Debería haber llevado un cirujano... Siempre se puede intentar la trepanación..." Echó hacia atrás su sombrero de copa, enfadado; bajó un cristal y tendió su rostro hirsuto al camino lleno de carricoches. A las puertas de la ciudad, repitió distraídamente: "Hasta la tarde", pero no siguió a Raymond con la mirada.



### CAPITULO TERCERO

Durante ese verano que se aproximaba, Raymond Courrèges cumplió diecisiete años. Había sido un verano tórrido, sin agua y tan terrible que ningún otro después volvió a aplastar, con su cielo intolerable, la ciudad pedregosa. Recuerda, sin embargo, esos veranos de Burdeos cuyas colinas la defienden contra el viento norte, sitiada hasta sus puertas por los pinos y la arena donde el calor se concentra y acumula. Burdeos, ciudad desnuda de árboles, fuera del jardín público. Los niños se morían de sed: les parecía que, tras sus altas rejas solemnes, se consumía el último verdor del mundo.

Pero, tal vez, Courrèges confundía en su recuerdo el fuego del cielo de ese año con la llama interior que arrasaba con él y otros sesenta muchachos de su edad, encerrados entre los barrotes de un patio separado de los otros cursos por un muro de letrinas. Necesitábanse dos vigilantes para domesticar ese rebaño de niños que morían y de hombres que empezaban a nacer. Impelidos por una dolorosa germinación, la joven selva humana crecía en pocos meses, frágil y sufriente. Pero en tanto que el mundo y sus costumbres pulían a casi todos esos vastagos de buena familia, Raymond Courrèges, desvergonzadamente, echaba fuera el fuego que lo consumía. Causaba miedo y horror a sus maestros, los cuales trataban de apartar de sus compañeros a ese muchacho de rostro desgarrado (su piel infantil no soportaba la hoja de afeitar). Era, ante los ojos de los buenos alumnos, ese sucio individuo de quien se cuenta que esconde dentro

de su billetera fotografías de mujeres y que en la capilla lee, bajo la tapa de un misal, *Afrodita*. "Había perdido la fe..." Esta palabra aterrorizaba el colegio, como si dentro de un asilo de locos hubiera corrido el rumor de que el loco más furioso había roto su camisa de fuerza y erraba desnudo por los jardines. Los pocos domingos en que no se encontraba castigado, Raymond Courrèges lanzaba su uniforme y su gorro adornado con el monograma de la Virgen entre las ortigas, se ponía un abrigo comprado hecho donde Thierry y Sigrand, cubría su cabeza con un ridículo casco de policía urbano y recorría las sórdidas casuchas de la feria: lo habían visto en el tiiovivo con una ramera de edad indefinible.

Cuando en el día de la distribución de premios, a la asamblea embrutecida por el calor, se le notificó que el alumno Courrèges se había examinado definitivamente con "bastante bien", sólo él sabía la razón del esfuerzo desplegado, a pesar del aparente desorden de su vida, para no fracasar en el examen. Una idea fija lo había obsesionado apartándole de toda otra persecución, acortándole las horas de castigo contra el muro decrepito del patio de recreo: la idea de partir, de huir al alba de un día de verano, por la gran ruta de España que pasaba frente a la propiedad de los Courrèges: ruta que jalonaban enormes piedras, recuerdo del Emperador, de sus cañones y de sus convoyes. ¡Embriaguez saboreada de antemano: cada paso lo alejaba un poco más del colegio y de su opaca familia! Habíase convenido que si Raymond aprobaba, su padre y su abuela le darían cada uno cien francos; como tenía ya ochocientos, juntaría así los mil francos gracias a los cuales prometíase recorrer el mundo y poner entre él y los suyos un espacio indefinido. Por este motivo, sin turbarse con el juego de los demás, trabajaba durante sus castigos. A veces volvía a cerrar el libro y

caía glotonamente en su sueño: las cigarras cantaban en los pinos de sus futuras rutas; la posada donde rendido descansaba en un pueblo sin nombre, era fresca y sombría; el claro de luna despertaba a los gallos y el niño volvía a partir con la fresca, saboreando el gusto del pan entre sus dientes; a veces se dormía sobre una parva: una paja escondía una estrella, la mano mojada de la madrugada lo despertaba...

Sin embargo, no había huido ese muchacho al cual profesores y padres juzgaban capaz de todo; sus enemigos, sin darse cuenta, eran los más fuertes: la derrota de un adolescente se produce cuando aquél se deja convencer de su miseria. A los diecisiete años, el más salvaje muchacho acepta benévolamente la imagen de sí mismo que le imponen los demás. Raymond Courrèges era bello, pero no dudaba que era un monstruo de fealdad y mugre; no distinguía las líneas puras de su rostro y sólo se sentía seguro de provocar en los demás repugnancia. Causábase horror y creía no ser capaz jamás de devolver al mundo la antipatía que él le provocaba. Por este motivo, más fuerte que su deseo de evadirse era el deseo de esconderse, de sustraer su rostro, de no sentir el odio ajeno. Ese libertino a quien los niños de la Congregación no osaban dar la mano, ignoraba como ellos a la mujer y no se hubiera juzgado digno de gustar ni a la más miserable fregona. Sentía vergüenza de su cuerpo. En ese despliegue de desorden y suciedad, ni los padres ni los profesores supieron ver una miserable baladronada de adolescente con el objeto de hacerles creer que su miseria era voluntaria: pobre orgullo, humildad desesperada.

Las vacaciones transcurridas después de su examen final, lejos de haber sido las vacaciones de la evasión, fueron un tiempo de oculta cobardía: paralizado por la vergüenza, creía leer el desprecio en los

ojos de la criada que hacía su cuarto, y no se atrevía a sostener la mirada con que a veces el doctor lo envolvía por largo rato. Como los Basque pasaban el mes de agosto en Arcachon, ni siquiera le quedaban los cuerpos de los niños, livianos como plantas, con los que le gustaba jugar en forma salvaje.

Desde la partida de los Basque, la señora Courrèges repetía de buena gana: "Qué agradable es estar solos por fin." Vengábase así de un comentario de su hija: "Gastón y yo estábamos muy necesitados de una pequeña cura de soledad." En realidad, la pobre mujer vivía todos los días esperando una carta, y cuando rugía la tempestad imaginaba inmediatamente a todos los Basque naufragando en una embarcación. Su casa se encontraba medio desocupada y le hacía daño ver los cuartos vacíos. ¿Qué podía esperarse de ese hijo que corría siempre por los caminos, que volvía sudando y lleno de odio para lanzarse como una bestia sobre los alimentos?

—Me dicen: usted tiene su marido... ¡Ah! ¡Bah!

—Se olvida, pobre hija, lo ocupado que está siempre Paul.

—Ya no tiene sus clases, madre. La mayor parte de su clientela está en las termas.

—Sus clientes pobres no se van. Y además está su laboratorio, el hospital, sus artículos...

La esposa movía amargamente la cabeza: sabía que esta actividad del doctor nunca moriría por falta de alimento; jamás, hasta la muerte de ese hombre, un intervalo de reposo, en el cual, desocupado y ocioso, el doctor pudiera entregarle el don total de algunos instantes. No creía que esto fuera posible; no sabía que el amor, aun en las vidas más ocupadas, sabe cavarse su lugar; hasta un hombre de Estado, sobrecargado de trabajo, detiene el mundo cuando llega el momento de

reunirse con su amante. Esta ignorancia le impedía sufrir. A pesar de que ella conocía esa clase de amor que consiste en acosar a un ser inaccesible que nunca da la cara, su misma impotencia para lograr de él una sola mirada de atención, le impedía imaginarse que el doctor pudiera ser distinto con otra mujer. No, no quería creer que pudiera existir otra mujer capaz de atraer al doctor más allá de ese mundo incomprensible de estadísticas, investigaciones donde se acumulan manchas de sangre o de pus sujetas entre dos vasos, y pasarían muchos años antes de que ella descubriera que muchas tardes el laboratorio había permanecido desierto, los enfermos habían esperado en vano a aquel que los aliviaría de sus dolencias: en un salón sombrío prefería quedarse inmóvil, el rostro vuelto hacia una mujer tendida.

Para poder fabricarse, dentro de sus laboriosos días, esos espacios secretos, el doctor tenía que redoblar su actividad; despejaba su camino de obstáculos para alcanzar, al fin, ese tiempo de contemplación y de amoroso silencio donde una prolongada mirada satisfacía su deseo. A veces, muy cerca de esa hora esperada, recibía un mensaje de María Cross: ya no era libre; el hombre del cual dependía concertó una velada en un restaurante del arrabal; el doctor no habría sido capaz de seguir viviendo si, al término de la carta, María Cross no le hubiera propuesto otro día.

Por un repentino milagro, toda su existencia organizábase alrededor de esa nueva cita; a pesar de que tenía comprometidas todas sus horas, de una sola ojeada veía, como un hábil jugador de ajedrez, todas las posibles combinaciones y las piezas que era necesario mover para encontrarse justo a la hora, inmóvil, sin nada que hacer, en el salón ahogado por los cortinajes, el rostro vuelto a esa mujer tendida. Y cuando había transcurrido la hora en la cual debía reunirse con ella, no

habiéndose ella excusado, se regocijaba pensando: "Podría esto haber pasado..., y en cambio tengo ahora por delante toda esta felicidad..." Sabía cómo llenar los días que lo separaban de ese encuentro: el laboratorio, sobre todo, era un refugio para él; perdía la conciencia de su amor; esa búsqueda abolía el tiempo, consumía las horas hasta que llegaba súbitamente el instante de cruzar la puerta de esa propiedad donde vivía María Cross, tras la iglesia de Talence.

Devorado, pues, por esta pasión, durante aquel verano se preocupó cada vez menos de su hijo. Depositario de tantos secretos vergonzosos, el doctor repetía a menudo: "siempre creemos que los "otros sucesos" no nos conciernen : que el asesinato, el suicidio, el escándalo son cosas de los demás... y sin embargo..." Y sin embargo, jamás supo que, durante ese agosto mortal, su hijo había estado muy cerca de realizar un gesto irreparable.

Raymond deseaba huir, pero, al mismo tiempo, esconderse, no ser visto. No se atrevía a entrar en un café, en una tienda. Solía pasar diez veces frente a una puerta antes de decidirse a abrirla. Esa fobia hacía imposible toda evasión, pero se ahogaba en esa casa.

En las noches, la muerte se le aparecía como la más simple de todas las cosas; abría el cajón del escritorio, en el cual su padre escondía un revólver de modelo antiguo: sólo Dios sabía por qué no hallaba las balas. Una tarde atravesó las viñas, amodorradas bajo la siesta, descendió hacia el vivero, al pie de un árido prado: aguardaba a que las plantas, los heléchos enlazaran sus piernas, de manera que ya no fuera capaz de desembarazarse de esa agua cenagosa; por fin su boca y sus ojos llenaríanse de limo; nadie lo volvería a ver y no vería cómo los otros lo observaban. Los mosquitos bailaban sobre esa agua; cual piedrecillas, los sapos turbaban esa tiniebla movediza. Atrapado

entre las plantas, un animal despachurrado emblanquecía. Lo que salvó a Raymond ese día no fue el miedo sino el asco.

Por fortuna, no solía estar solo. El tenis de los Courrèges atraía a la juventud de las propiedades colindantes. La señora Courrèges echaba en cara a los Basque por haberle exigido que gastara dinero en hacer una cancha de tenis y que se hubieran ido cuando podían haberla aprovechado. Sólo los extraños disfrutaban de ella: con una raqueta en la mano, muchachos vestidos de blanco, a los cuales no se oía llegar debido a sus silenciosas zapatillas, aparecían en el salón a la hora de la siesta, saludaban a las señoras, apenas preguntaban por Raymond, y luego retirábanse a la zona de luz, donde pronto resonaban sus *play*, sus *out* y sus risas. "No se dan el trabajo de cerrar la puerta", gemía la abuela Courrèges, cuya idea fija era no dejar entrar el calor.

Tal vez Raymond habría consentido en jugar, pero la presencia de las muchachas lo inhibía. ¡Ah! especialmente las señoritas Cousserouge: Marie—Thérèse, Marie—Louise y Marguerite—Marie, tres robustas rubias, las cuales, debido a la abundancia de sus cabellos sufrían siempre de jaqueca, condenadas como estaban a llevar sobre sus cabezas una enorme arquitectura de trenzas amarillas, mal sujetas por los peines y siempre en peligro de derrumbarse. Raymond las odiaba. ¿Qué les daba por reírse? Se "desternillaban". Para ellas los otros eran "para morirse de risa". En verdad, no se reían más de Raymond que de cualquier otro, pero su mal consistía en creerse el centro de toda la risa del mundo. Por lo demás, él tenía una razón muy precisa para odiarlas: la víspera de la partida de los Basque, no se atrevió Raymond a negar a su cuñado la promesa de montar un inmenso caballo que el teniente dejaba en las caballerizas.

Pero a esa edad le bastaba con montar para que fuera presa de un vértigo que lo convertía en el más ridículo de los jinetes. Las señoritas Cousserouge lo sorprendieron una mañana en una avenida boscosa: cabalgaba agarrado al pomo de la silla; luego fue depositado bruscamente sobre la arena. No podía verlas sin dejar de recordar los grandes espavientos que hicieron en aquella ocasión; en cada uno de sus encuentros, ellas le recordaban las circunstancias de su caída.

¡Qué tempestad es capaz de desencadenar la broma más inocente en un corazón joven, en ese equinoccio de la primavera ! Raymond no distinguía la una de la otra, y en su odio sólo consideraba de las Cousserouge: como algo parecido a un monstruo gordo de tres moños, siempre sudoroso, cloqueando bajo los árboles inmóviles de esas tardes, de agosto de 19...

Algunas veces cogía el tranvía, atravesaba el horno ardiente de Burdeos, y alcanzaba hasta los muelles donde, en el agua muerta, manchas de petróleo y aceite formaban arco iris y retozaban cuerpos consumidos por la miseria y por la escrófula. Reían, se perseguían; sus pies desnudos chasqueaban sobre las baldosas dejando diminutas huellas mojadas.

Octubre regresó: la jornada se había cumplido, Raymond había atravesado el momento más peligroso de su vida, se salvaría, estaba ya salvado al entrar al colegio. Los nuevos libros de estudio cuyo olor tanto amaba, le ofrecían, en ese año en el cual estudiaría filosofía, en un cuadro sinóptico, todos los sueños y sistemas humanos. Se salvaría, pero no por sus propias fuerzas. Se acercaba el tiempo en que llegaría una mujer, aquella misma que lo miraba esa tarde a través del humo y las parejas de ese pequeño bar, con esa frente amplia y tranquila, no alterada por el tiempo.



Durante los meses de invierno que vivió antes de ese encuentro, cayó en un profundo embotamiento: una especie de torpor lo dejaba inerme; sin defensa, ya no era el eterno castigado. Después de esas vacaciones en que fue torturado por la doble obsesión de la huida y de la muerte, realizaba, de buenas ganas, los gestos ordenados, y la disciplina ayudábalo a vivir. Pero sólo lo hacía para gozar más de la dulzura del retorno cotidiano, ese trajín de todas las tardes de un arrabal a otro. Una vez franqueada la puerta del colegio, entraba en el misterio de ese pequeño camino húmedo que a veces olía a bruma y otras rezumaba un aliento a frío seco. Le eran familiares todos esos cielos tenebrosos, ora despejados y roídos por las estrellas, ora cubiertos de nubes iluminadas interiormente por la luna que no veía. Luego estaba la garita, el tranvía siempre asaltado por gente agobiada, sucia y tranquila; el gran rectángulo amarillo hundíase en el campo, más iluminado que el *Titanic*, y caminaba entre jardincillos trágicos, sumergidos en el fondo del invierno y de la noche.

En la casa él ya no se sentía objeto de una eterna indagación; la atención general habíase concentrado sobre el doctor.

—Me inquieta — decía la señora Courréges a su suegra —: feliz usted, pues no se hace mala sangre: envidio una naturaleza como la suya.

—Paul está con *surmenage*; trabaja demasiado, es cierto ; pero posee una reserva de salud que me tranquiliza.

La nuera se encogió de hombros, y no trataba de comprender lo que la vieja mascullaba para sí misma: "No está enfermo; la verdad es que sufre."

La señora Courrèges repetía: "Los médicos se especializan en no cuidarse." En la mesa lo espiaba; él levantaba hacia ella un rostro crispado.

—Hoy es viernes: ¿por qué, entonces, chuleta?

—Necesitas sobrealimentación.

—¿Qué sabes tú de eso?

—¿Por qué no consultas a Dulac? Un médico no sabe cuidarse solo.

—Después de todo, pobre Lucie, ¿por qué piensas que estoy enfermo?

—No te ves a ti mismo; da miedo mirarte; todo el mundo se da cuenta de ello. Ayer, no más, no recuerdo quién, me preguntó: "Pero, ¿qué tiene su marido?" Deberías tomar un remedio para el hígado. Estoy segura de que se trata de eso.

—¿Por qué el hígado y no otro órgano?

Declaraba con tono perentorio: "Tengo esa impresión." Lucie tenía la certeza precisa de que era el hígado, y nada la haría desistir de ello; al preocuparse del doctor mostrábase más fastidiosa que las moscas: "Ya tomaste dos tazas de café; ordenaré en la cocina que no vuelvan a llenar la cafetera; es el tercer cigarrillo después del desayuno, no lo niegues; las tres colillas están en el cenicero."

—La prueba de que se siente enfermo — decía ella un día a su suegra — es que ayer lo sorprendí frente a un espejo mirando muy de cerca su rostro. ¡El, que jamás se había preocupado de su físico! Parecía como si tratara de desarrugarse la frente y las sienes; llegó hasta abrir la boca y mirar sus dientes.

La abuela Courrèges observaba, por encima de sus lentes, a su nuera, como si temiera descifrar sobre ese rostro desconfiado algo más

grave que la inquietud: una sospecha. La anciana sentía que el beso de su hijo por la noche era más prolongado que antaño y tal vez ella sabía lo que significaba el peso de esa cabeza de hombre que por algunos segundos se abandonaba: habíase acostumbrado desde la adolescencia de su hijo a adivinar sus heridas, que sólo podían ser curadas por un solo ser en el mundo: el autor de ellas. Pero la esposa, si bien había sido lastimada en su ternura durante años, sólo creía en un mal físico; y cada vez que el doctor se sentaba frente a ella apoyando sus dos manos unidas sobre su rostro adolorido, repetía:

—Todos nosotros opinamos lo mismo: debes consultar a Dulac.

—Dulac no me diría nada nuevo.

—¿Acaso puedes auscultarte a ti mismo?

El doctor no respondía, atento como estaba a la angustia de su corazón. ¡ Ah! Por cierto contaba mejor los latidos de su corazón que los de otro pecho cualquiera, jadeante como se encontraba todavía después de ese juego al que se había entregado al lado de María Cross: ¡cuan difícil es introducir una palabra más tierna, una ilusión amorosa en una conversación con una mujer diferente que impone a su médico un carácter sagrado, que lo reviste de una paternidad espiritual!

El doctor revivía los detalles de esa visita: había estacionado su coche sobre el camino frente a la iglesia de Talence y había continuado a pie el camino lleno de charcos. El crepúsculo fue tan rápido que se hizo la noche antes que él hubiera franqueado la puerta de entrada. Al final de la avenida descuidada, una lámpara enrojecía los vidrios del primer piso de una casa baja.

No había tocado el timbre; ningún sirviente lo había precedido a través del comedor; había entrado sin llamar al salón donde María Cross, extendida, no se levantó; aún más, había proseguido durante

algunos segundos su lectura. Luego: "Bien doctor, estoy a su disposición." Le tendía sus dos manos y apartaba un poco sus pies para que pudiera sentarse en el diván. "No tome esa silla, está quebrada. Aquí hay lujo y miseria, usted sabe..."

El señor Larousselle había instalado a María Cross en esa casa de campo, donde el visitante tropezaba con la rotura de los tapices y los pliegues de los cortinajes disimulaban los hoyos. A ratos, María Cross permanecía silenciosa; para que el doctor tomara la iniciativa de una conversación favorable a la confesión que se proponía hacer, hubiera sido necesario que no existiera ese espejo que reflejaba un rostro cubierto por la barba, los ojos sanguinolentos y estropeados por el microscopio, la frente ya calva en la época en que Paul Courrèges preparaba el internado. De todas maneras, tendría suerte: una mano pequeña colgaba tocando casi la alfombra: habíala cogido entre las suyas diciendo a media voz: "María..." Ella no había retirado su mano confiada: "No, doctor, no tengo fiebre." Y como siempre sólo hablaba de sí misma, había agregado: "Hice una cosa, amigo mío, que usted aprobará: dije al señor Larousselle que ya no necesitaba el coche, que podía venderlo junto con los aparejos y despedir a Firmin.

Usted sabe cómo es él: incapaz de comprender algo de un sentimiento noble; rió, adujo que no valía la pena por un capricho de algunos días "trastornar todo aquí". Me he puesto firme, y sea el tiempo que sea uso sólo el tranvía: hoy mismo, cuando volví del cementerio. Pensé que usted estaría contento de mí. Me siento menos indigna de nuestro pequeño muerto; me siento menos... menos mantenida."

Pronunció apenas esta última palabra. Unos bellos ojos llenos de lágrimas, levantados hacia el doctor imploraban humildemente una aprobación; inmediatamente se la dio con voz grave y fría a esa mujer

que sin cesar lo invocaba: "Usted que es tan grande... usted el más noble ser que he conocido jamás... su sola existencia basta para hacerme creer en el bien..." Quería protestar: "No soy lo que usted piensa, María; sólo soy un pobre hombre devorado por sus deseos como los otros hombres..."

—Usted no sería el santo que es — contestaba María — si no se despreciara.

—No, no, María: ¡no soy un santo! usted no sabe...

Ella lo contemplaba con una admiración cuidadosa; pero jamás se le había ocurrido inquietarse como Lucie Courrèges y fijarse en su mal aspecto. El culto tan forzado que le dedicaba esta mujer, lo hacía desesperarse. Su deseo estaba bloqueado por esta admiración. Persuadíase, cuando se encontraba lejos de María Cross, de que no existían obstáculos que no pudiera atravesar un amor como el suyo; pero en cuanto se encontraba nuevamente frente a la joven que respetuosa esperaba sus palabras, se rendía ante la evidencia de su irremediable desgracia; nada en el mundo podía cambiar el plan de sus relaciones; ella no era amante sino discípula: él no era amante sino director espiritual.

Tender sus brazos hacia ese cuerpo extendido, atraerla hacia él hubiera sido un gesto tan demente como romper ese espejo. Y eso que él no sospechaba que ella esperaba con impaciencia su partida. María se sentía orgullosa de interesar al doctor, y en su vida de mujer caída, apreciaba muy alto sus relaciones con ese hombre eminente;

¡pero cómo la aburría! Sin presentir que sus visitas fueran una lata para María, sentía que cada día se escapaba un poco más su secreto, a tal punto que sólo una indiferencia llegada al colmo explicaba que ella no se hubiera dado cuenta. Si María hubiera sentido tan sólo un

comienzo de afecto, el amor del doctor le habría saltado a la vista. ¡ Ay, hasta qué punto puede una mujer estar ausente frente a un hombre al cual, por otra parte, estima y venera y cuyo trato la enorgullece, pero la aburre! Este hecho se le había revelado al doctor parcialmente, lo suficiente para aplastarlo.

Habíase levantado, interrumpiendo a Maria Cross en la mitad de una frase: "¡ Ah!", le había dicho ella, "¡usted no mide el tiempo de sus visitas! Pero los enfermos lo esperan... No quiero ser egoísta, y tenerlo sólo para mí."

Atravesó de nuevo el comedor desierto, el vestíbulo; aspiró el aire del jardín helado; y en el coche que lo llevaba de regreso, pensaba en el rostro atento y apenado de Lucie, sin duda inquieta y al acecho, y habíase repetido: "En primer lugar, no debo hacer sufrir; basta que yo sufra; no debo hacer sufrir..."

—Tienes muy mal aspecto esta tarde. ¿ Qué esperas para ver a Dulac? Si no quieres hacerlo por ti, hazlo por nosotros. Cualquiera diría que estás solo en el mundo: nos importa a todos.

La señora Courrèges tomaba por testigos a los Basque, los cuales interrumpieron un diálogo que sostenían a media voz, para unirse a las solicitudes de ella:

—Sí, padre: deseamos conservarlo con nosotros el mayor tiempo posible.

Ante el solo sonido de esa voz odiada, el doctor se avergonzaba de sentir cómo crecía en él un sentimiento contra su yerno: "Sin embargo, es un muchacho honrado... Es imperdonable de mi parte..." ¿Pero cómo olvidar las razones que tenía para odiarlo? Durante años, sólo una cosa de su matrimonio le había parecido igual a lo que él soñara: contra el gran lecho conyugal, esa camita estrecha donde, cada tarde,

cada noche, él y su mujer veían cómo dormía Madeleine, su hija mayor. No se percibía la respiración; un pie puro rechazaba las frazadas; entre los barrotes colgaba una manita blanda y maravillosa. Era una niña tan dulce que se la podía mimar sin peligro, y la preferencia de su padre la halagaba hasta tal punto que se quedaba horas enteras jugando, sin hacer ruido en el gabinete del doctor: "Dices que ella no es inteligente", repetía; "pero es más que inteligente". Más tarde, él, que siempre odiaba salir con la señora Courrèges, gustaba de que lo vieran con esa joven: —¡Creen que eres mi mujer!" En ese entonces, eligió, entre los estudiantes, a Fred Robinson, el único discípulo que lo comprendía.

El doctor ya lo llamaba su hijo, y esperaba que Madeleine cumpliera dieciocho años para finiquitar el matrimonio, cuando, al final del primer invierno en que se presentara en sociedad, la joven avisó a su padre que era novia del teniente Basque. La oposición furiosa del doctor duró meses, y no fue comprendida ni por su familia ni por la sociedad. ¿Cómo podía preferir, a ese oficial rico, de buena familia, de gran porvenir, un estudiantillo sin fortuna, salido de no se sabía dónde? Egoísmo de sabio, decían.

Las razones del doctor eran demasiado particulares como para que se las dijera a sus amigos. A partir de su primera objeción, comprendió que había llegado a ser un enemigo para esa hija querida; se persuadió a sí mismo de que ella se regocijaría con su muerte, que ante sus ojos él no era sino un viejo muro pronto a derrumbarse para que ella pudiera reunirse con el macho que la llamaba. Con el objeto de ver mejor, había puesto coto a su testarudez, para medir, además, el odio de esa su hija preferida. Su anciana madre estaba contra él y se hizo cómplice de los jóvenes. Se tejió miles de intrigas dentro de su propia casa para que los novios pudieran reunirse a su regalado gusto.

Cuando, por fin, cedió, su hija lo besó en la mejilla; él levantó un poco los cabellos, como antaño, para tocar con los labios su frente. A su alrededor se siguió diciendo: "Madeleine adora a su padre, siempre ha sido su preferida." Hasta la muerte, sin duda, oiría la voz de su hija: "Papaíto querido."

Entre tanto, era necesario soportar a ese Basque. La antipatía que el doctor le tenía traicionábase a pesar del inmenso esfuerzo que hacía por disimularlo. "Es extraño", decía la señora Courrèges. "Paul tiene un yerno que en todo piensa igual que él. Sin embargo, no lo quiere." Justamente lo que el doctor no podía perdonar a ese muchacho era ese espíritu que deformaba y reducía a caricatura sus ideas más caras. El teniente pertenecía a aquellos seres cuya aprobación nos aplasta y nos lleva a poner en duda todas aquellas verdades por las cuales hubiéramos vertido nuestra sangre.

—Sí, padre; cuídese por amor a sus hijos; soporte que tomen medidas contra su voluntad.

El doctor abandonó la sala sin responder. Más tarde, el matrimonio Basque, refugiado en su cuarto (territorio sagrado del cual la señora Courrèges decía: "No pondré jamás mis pies en él: Madeleine me ha dado a entender que eso no le gusta; son cosas que no necesitan decírmelas dos veces y que las comprendo muy bien aunque me las insinúen"), se desvestía en silencio. El teniente, arrodillado, la cabeza enterrada en el lecho, se volvió súbitamente a su mujer y le preguntó:

—¿Forma parte de los bienes la propiedad?

—Quiero decir, ¿fue comprada por tus padres después de su matrimonio?

Madeleine creía que sí, pero no estaba segura.



—Sería interesante saberlo, pues si tu pobre padre... tendríamos derecho a la mitad.

Calló de nuevo, y de súbito preguntó la edad de Raymond, y pareció fastidiarse al saber que sólo tenía diecisiete años.

—¿Qué te importa? ¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada...

Tal vez pensaba que un menor complicaba siempre una herencia, ya que levantándose dijo:

—Por mi parte, espero que tu pobre padre no nos dejará antes de muchos años.

El lecho, inmenso, abríase en las sombras ante la pareja. Iban a él como quien se sienta a la mesa al mediodía y a las ocho: en el momento de sentir hambre.

Durante esas mismas noches, Raymond se despertaba a veces: no sabía qué cosa cálida y desabrida chorreaba por su rostro, corría por su garganta; tanteaba con su mano buscando un fósforo; veía entonces cómo la sangre surgía de la ventanilla izquierda de su nariz, manchando su camisa y sus sábanas; levantábase y transido miraba en el espejo su largo cuerpo con manchas escarlatas; secaba en su pecho sus dedos pegajosos de sangre, divertíase con su rostro embadurnado, y simulaba ser a la vez el asesino y su víctima.

## CAPITULO CUARTO

Fue una tarde como otra cualquiera — a fines de enero, cuando en esas regiones ya declina el invierno —: Raymond, en ese tranvía rebosante de obreros, extrañóse al ver, frente a él, a esa mujer. Lejos de sufrir al verse perdido en esa carga humana, todas las tardes, imaginábase que era un inmigrante; se encontraba sentado entre los pasajeros del entrepuente, y el barco hendía las tinieblas; los árboles eran corales; los transeúntes y los coches eran los habitantes oscuros de esas grandes profundidades. Travesía muy breve, durante la cual no se le humillaría: ninguno de esos cuerpos era tan negligente ni tan mal tenido como el suyo. Cuando, en ciertas ocasiones, su mirada encontraba otra mirada, no veía en ella ninguna burla; de todos modos, su ropa era más limpia que esa camisa mal sujeta sobre un pecho de bestia velluda.

Sentíase incómodo entre esa gente, y no pensaba que hubiera bastado una palabra para que repentinamente surgiera ese desierto que separa las clases tal como separa a los seres. Ese contacto, esa inmersión comunitaria, en un tranvía que hendía los suburbios, era la única comunión posible. Raymond, tan brutal en el colegio, no rechazaba la cabeza zangoloteada de un muchacho de su edad, en el límite de sus fuerzas, cuyo sueño relajaba su cuerpo y lo desataba como se desata un ramo. Pero esa tarde vio, frente a él, a esa mujer, a esa señora. Entre dos hombres, cuyas vestiduras estaban untadas de grasa encontrábase sentada, vestida de negro, el rostro descubierto.

Preguntábase más tarde Raymond por qué, bajo su mirada, no había sentido la vergüenza que le producía la última de las sirvientas. No; ninguna vergüenza; ninguna timidez; tal vez porque en ese tranvía sentíase anónimo y no podía imaginar alguna circunstancia que le pudiera poner en contacto con esa desconocida. Pero especialmente porque no veía en sus rasgos nada que se asemejara a la curiosidad, a la burla, al desprecio. ¡ Sin embargo, cómo lo observaba ella! Con el cuidado, el método de una mujer que se decía: "Ese rostro me consolará de los miserables minutos que tengo que vivir en un transporte público; suprimo el mundo alrededor de esta sombría cara angélica. Nada puede ofenderme: la contemplación libera; está ante mí como un país desconocido; sus párpados son los bordes asolados de un mar; dos confusos lagos se adormecen en las fronteras de las cejas. La tinta, sobre los dedos, el cuello y los puños grises, ese botón que falta es sólo la tierra que mancha el fruto intacto de súbito desprendido de la rama y que, con mano tímida, tú recoges."

También él, lleno de seguridad, pues no temía ninguna palabra de esta desconocida, ningún puente que los uniera, la contemplaba con esa tranquila insistencia que sujeta nuestra mirada a un planeta...

(¡Qué pura se ha conservado su frente! Courrèges lo mira con disimulo esa tarde, bañado en luz que no viene del pequeño bar rutilante; esa luz de la inteligencia, que no suele encontrarse en el rostro de una mujer: ¡ pero qué emocionante es encontrar esa luz y cómo nos ayuda a concebir que Pensamiento, Idea, Inteligencia, Razón sean palabras femeninas!)

Frente a la iglesia de Talence, la joven habíase levantado dejando sólo a los hombres su olor, y hasta ese mismo perfume se desvaneció antes de que Raymond hubiera descendido. No hacía mucho frío esa

tarde de enero; el adolescente no pensaba en correr; la bruma traía esa dulzura secreta de la estación que se aproxima. La tierra estaba desnuda, pero ya no dormía.

Raymond, absorto, no vio nada esa tarde en la mesa familiar. Sin embargo, jamás su padre había mostrado un rostro tan demacrado: hasta tal punto que la señora Courrèges enmudeció; no se podía correr el riesgo de "impresionarlo", les dijo a los Basque, después que el doctor subió con su madre; pero bajo su responsabilidad consultaría en secreto a Dulac. El cigarro del teniente apestaba la sala; de pie contra la chimenea, repetía: "No hay error posible, madre: está embromado." Sus palabras, a la vez breves y tartajeadas, eran las de una persona que ordenaba, y como Madeleine contradijera a su madre:

—Tal vez sólo se trata de una crisis... El teniente la interrumpió:

—No, Madeleine: el caso es grave; tu madre tiene razón.

Como la joven se atreviera a objetarlo, gritó:

—¡Te repito que tu madre tiene razón! ¿No te basta con eso?

En el primer piso, la abuela Courrèges golpeaba suavemente en la puerta del cuarto de su hijo, que estaba sentado ante sus libros abiertos. No le había hecho ninguna pregunta, y tejía muda. Ya que el doctor no soportaba más el silencio, ya que necesitaba hablar, ella se le ofrecía, pronta a entenderlo; un instinto seguro la impedía, sin embargo, provocar la confidencia. Él pensó, por algunos instantes, en retener el grito que lo ahogaba; pero hubiera sido necesario remontarse tan lejos, retomar la cadena entera de sus dolores, hasta el dolor de esa tarde... ¿Y cómo explicar la desproporción entre su sufrimiento y aquello que hizo nacer el sufrimiento de esa tarde? Pues sólo había ocurrido esto: a la hora convenida, el doctor acudió donde María Cross; un criado le había advertido que la señora no había regresado, y esa fue su primera

angustia: aceptó esperarla en el salón desierto donde el reloj latía con más lentitud que su corazón. Una lámpara alumbraba las viguetas pretenciosas; sobre la mesa baja, cerca del diván, estaban, en un cenicero, todas esas colillas de cigarrillo: "Fuma demasiado... se intoxica." ¡Qué cantidad de libros! Pero no había ninguno que tuviera sus últimas páginas abiertas. Sus ojos siguieron los pliegues rotos de los grandes cortinajes de seda desteñida. Repitió: "Lujo y miseria, miseria y lujo..." Miró el reloj, luego el suyo, y decidió que se iría en un cuarto de hora más; le pareció entonces que el tiempo se precipitaba. Para que no le pareciera demasiado corto, el doctor no quiso pensar en su laboratorio, en el experimento interrumpido.

Habíase levantado, y aproximándose al diván se arrodilló; después de mirar con temor a la puerta, hundió su cabeza, en los cojines... Cuando volvió a levantarse, su rodilla izquierda crujió como de costumbre. Se plantó ante el espejo; tocó, con su dedo, el hueso temporal hinchado, y dijo en voz alta algo que, de haber sido sorprendido en ese minuto, hubiérasele tomado por loco. Acostumbrado a reducirlo todo a fórmulas, como un buen trabajador, pronunció: "En cuanto estamos solos nos volvemos locos. Sí: nuestro autocontrol sólo actúa cuando se le sostiene con el control que los demás nos imponen." ¡Ay! Bastó este raciocinio para agotar el cuarto de hora que se había fijado...

¿Cómo podría explicar a su madre, la cual está al acecho de una confidencia, la tristeza de ese minuto, la renuncia que se exigió a sí mismo, la huida de esa triste felicidad cotidiana que significaba conversar con María Cross? Todo no está en confesarse, ni siquiera en tener cerca de uno una confidente, aunque fuera la propia madre.

¿Quién de nosotros posee la ciencia de comunicar en pocas palabras nuestro mundo interior? ¿Cómo desprender de ese río que se mueve tal sensación y no tal otra? Nada se puede decir, desde el momento en que no se puede decirlo todo. Por otra parte, ¿qué entendería esa anciana que se encuentra allí de esa música profunda encerrada en su hijo y de sus desgarradoras disonancias? Ese hijo de otra raza, pues pertenece a otro sexo... sólo eso, el sexo, nos separa más que dos planetas entre sí... Frente a su madre, el doctor recuerda su dolor, pero no lo comunica. Cansado de esperar a María Cross, recuerda que recogió su sombrero, y entonces resonaron unos pasos en el vestíbulo, y su vida estuvo como en suspenso. La puerta se abrió, no ante la mujer esperada sino ante Víctor Larousselle.

—Mima demasiado a María, doctor.

Ninguna sospecha en la voz. El doctor había sonreído a ese hombre impecable, sanguíneo, vestido de color, que estallaba de satisfacción y seguridad:

—¿Qué presa son, para ustedes los médicos, estas neurasténicas, estas enfermas imaginarias, eh? No: es una broma; sabemos su desinterés, pero tengo una gran suerte de que María haya caído en manos de un bicho raro como usted. ¿Sabe por qué no ha llegado todavía? La señora renunció a su coche: es su última chifladura. Dicho sea entre nosotros, creo que está un poco tocada; en una mujer bonita es un encanto más, ¿eh? ¿Qué piensa usted, doctor? ¡Este bendito Courrèges! Me agrada verlo; quédese a comer, María estará contenta; lo adora. ¿No? Al menos aguarde su regreso; sólo con usted puedo hablar de ella.

"Sólo con usted puedo hablar de ella..." De súbito, esta pequeña frase lacerante en ese hombre obeso y triunfante. "Esta pasión —

habíase dicho el doctor en el coche que lo llevaba de regreso — escandaliza a la ciudad. Sin embargo, es lo único noble que existe en este imbécil. Descubre, a los cincuenta años, que es capaz de sufrir por culpa de una mujer, cuyo cuerpo, sin embargo, ha conquistado; pero eso no le basta. Su mundo, sus negocios, sus caballerizas: fuera de este universo existe para él y eternamente un principio superior por el cual sufrir... Tal vez no todo es locura en el concepto romántico de las pasiones. ¡ María Cross! ¡ María! : dolor, dolor por no haberla visto: pero, sobre todo, qué señal: ¡ no había pensado ni siquiera en avisarle que no la encontraría! Debo importarle muy poco; renuncia a verme sin siquiera pensarlo dos veces... Para mí el infinito cabe en algunos minutos, minutos que no significan nada para ella..."

Algunas palabras despiertan al doctor: su madre ya no soporta el silencio: también ella ha seguido la pendiente de sus secretas preocupaciones, y sólo piensa en la herida desconocida de su hijo; retorna a aquello que le obsesiona: sus relaciones con su nuera:

—Me humillo ante ella; sólo le contesto: "¡Bien, hija, como usted quiera!" No la contradigo. Desde que Lucie me hizo sentir que la fortuna era de ella... A Dios gracias, ganas bastante dinero. Es verdad que, cuando tú te casaste con ella, tenías un porvenir, pero nada más; ¡ ella, en cambio, es una Boulassier d'Elbeuf ! Sé perfectamente que sus fábricas no eran lo que son ahora; de todas maneras, ella podría haber realizado un matrimonio económicamente mejor: "Cuando se tiene, se desea más", me dijo a propósito de Madeleine. En fin, no nos quejemos: si no existieran los sirvientes, andaríamos mejor.

—Lo terrible en la vida, pobre mamá, es hacer convivir en una misma cocina sirvientes que no tienen los mismos patrones.

Puso sus labios en la frente de su madre, dejó la puerta entreabierta para que ella tuviera luz, y repitió maquinalmente: "Lo que hay de terrible en la vida..."

Al día siguiente, la chifladura de María Cross, con respecto a su carruaje, se mantenía todavía, pues Raymond vio en el tranvía a la desconocida sentada en el mismo lugar; sus tranquilos ojos tomaban otra vez posesión del rostro del niño, viajaban alrededor de sus párpados, seguían el límite de sus cabellos oscuros y deteníanse en la luz que iluminaba los dientes. Recordó que no se había afeitado desde antes de ayer; tocó con el dedo su mejilla enjuta, y luego, con vergüenza, escondió sus manos bajo la esclavina. La desconocida bajó los ojos, y en el primer instante él no se dio cuenta de que por falta de ligas de uno de sus calcetines habíase deslizado mostrando su pierna. No se atrevía a subírselo, y cambió de posición. Sin embargo, no sufría: lo que Raymond había odiado en los demás era la risa, aunque fuese disimulada; sorprendía el más mínimo estremecimiento en las comisuras de la boca, y sabía lo que significa un labio inferior mordido... Pero esa mujer lo contemplaba con un rostro extraño, inteligente y animal a la vez, sí: era el rostro de un maravilloso animal, impasible, que no conocía la risa. Ignoraba que su padre, repetidas veces, embromaba a Maria Cross por esa su manera de fijar en el rostro la risa como si fuera una máscara que caía de súbito sin que la mirada hubiera perdido nada de su imperturbable tristeza.

Cuando ella descendió frente a la iglesia de Talence y él sólo vio el cuero un poco hundido del asiento, allí donde ella habíase sentado, Raymond no dudaba que la volvería a ver al día siguiente; no podía responder a esa esperanza con ninguna razón valedera; simplemente tenía fe. Esa tarde, después de cenar, subió a su cuarto dos jarros de



agua hirviente, descolgó la jofaina, y al día siguiente despertó más temprano, pues había decidido afeitarse, de aquí en adelante, todos los días.

Los Courrégés podían observar durante horas los brotes de un castaño sin comprender nada del misterio de su eclosión; asimismo, tampoco vieron el prodigio en medio de ellos: tal como el primer golpe de pala revela los fragmentos de una estatua perfecta, así la primera mirada de Maria Cross había revelado, en el sucio colegial, un ser nuevo. Bajo la cálida contemplación de una mujer, ese cuerpo descuidado se hizo semejante a los jóvenes troncos rugosos de un bosque antiguo, donde, de súbito, se mueve una diosa entumecida. Los Courrégés no vieron el milagro, pues los miembros de una familia demasiado unida ya no se ven los unos a los otros. Desde hacía semanas Raymond era un joven que se preocupaba por su atuendo, devoto de la hidroterapia, seguro de poder gustar y preocupado de seducir. Sin embargo su madre lo seguía considerando un colegial desaseado. Una mujer, sin decir palabra, por el solo poder de su mirada, les transformaba a su hijo, lo moldeaba de nuevo, sin que los Courrégés reconociesen en él las huellas de este encantamiento desconocido.

En el tranvía, en el cual no se encendía la luz en la época en que los días comienzan a alargarse, Raymond osaba cada vez un gesto nuevo. Cruzaba las piernas, mostraba unos calcetines cuidados y tirantes, zapatos como espejos (había un limpiabotas en la Croix—de—Saint—Genes); ya no tenía motivos para esconder sus puños; usó guantes, un día se los sacó, y la joven no pudo dejar de sonreír ante la vista de esas uñas demasiado arregladas en las cuales una manicura había tenido mucho que trabajar; ¡pero, roídas durante años, hubiese sido

mejor para ellas no llamar la atención! Todo eso no era sino el aspecto exterior de una resurrección invisible; la bruma, acumulada en esta alma, disipábase, poco a poco, bajo el influjo de esa profunda contemplación siempre muda, a la cual poco a poco la costumbre hacía familiar. "¡ Quizá no era un monstruo, y como los otros muchachos, poseía el poder de atraer la mirada de una mujer, y algo más que esa mirada!" A pesar de su silencio, el tiempo tejía entre ellos una trama que ni los gestos ni las palabras habrían podido hacer más resistentes. Presentía que se aproximaba la hora en que intercambiarían la primera palabra; pero Raymond no hacía nada por aproximar esa hora. Galeote tímido, le bastaba con no sentir más sus cadenas; por el momento era para él alegría suficiente transformarse de golpe en otra persona. Antes de que la desconocida lo mirara, ¿era realmente sólo un colegial sórdido? Siempre somos moldeados y vueltos a moldear por aquellos que nos aman y por muy poco tenaces que hayan sido, somos su obra, obra que, por lo demás, ellos no reconocen y que nunca es aquella con la cual han soñado. No hay un amor, una amistad que, habiendo atravesado nuestro destino, no haya colaborado en él hasta la eternidad. El Raymond Courrèges de esta tarde, en el pequeño bar de la calle Duphot, ese mozo de treinta y cinco años, sería otro hombre si en 19..., estudiando filosofía, no hubiese visto sentada frente a él, en el tranvía de regreso, a Maria Cross.

---

## CAPITULO QUINTO

Fue su padre el primero en reconocer en Raymond a un hombre nuevo. Un domingo de esa primavera que concluía, sentóse a la mesa más absorbido que de costumbre, hasta el punto de escuchar apenas una discusión entre su yerno y su hijo. Se trataba de las corridas de toros, que apasionaban a Raymond; habíase retirado ese domingo después de la muerte del cuarto toro para no perder el tranvía de las seis; sacrificio inútil: la desconocida no estaba. "Era domingo, debí haberlo sospechado; le había hecho perder dos toros..." Pensaba en eso, mientras el teniente Basque peroraba:

—No comprendo cómo tu padre te permite asistir a esa carnicería.

La respuesta de Raymond: "Es para morir de risa: ¡estos oficiales que tienen horror a la sangre!", desencadenó el tumulto. El doctor oyó súbitamente:

—¡ No sabes con quién estás hablando!

—Te miro y sólo veo a un presumido.

—¿ Presumido ? Repítelo.

Se levantaron; toda la familia se precipitó sobre ellos. Madeleine gritaba a su marido: "No le contestes, no vale la pena. Lo que él diga no tiene ninguna importancia." El doctor suplicaba a Raymond que se volviera a sentar: "Siéntate, y come. Y que esto termine." El teniente gritaba que había sido tratado de cobarde; la señora Courrèges que Raymond no había querido decir eso. Cada uno, sin embargo, había vuelto a sentarse: un secreto acuerdo hacía que todos apagaran el incendio. El espíritu de familia les inspiraba un profundo horror por todo

aquello que amenazara el equilibrio de sus caracteres. El instinto de conservación inspiraba a este equipo embarcado en la misma galera, la preocupación de que no se levantara ningún incendio a bordo.

Por esta razón el silencio reinaba ahora en la sala. Una ligera lluvia dejó súbitamente de tamborilear sobre las gradas; los olores que ella liberaba bañaron a la familia silenciosa. Alguien apresuróse a decir: "Ha refrescado." A lo que una voz respondió que esa lluvia no era nada, que ni siquiera era capaz de aventar el polvo. El doctor, sin embargo, observaba con estupor a ese hijo crecido en el cual ya no pensaba y al que le era difícil reconocer. Precisamente él salía ese domingo de una larga pesadilla. Había luchado desde ese lejano día en que María Cross faltara a la cita dejándolo solo con Víctor Larousselle. Ese domingo que terminaba, uno de los más crueles de su vida, lo había, por fin, liberado (al menos lo creía así). La salvación llegó por una inmensa fatiga, por un cansancio sin nombre. ¡ En verdad sufrió demasiado ese día! No más deseo sino el de dar la espalda a la batalla y enterrarse en su vejez. ¡ Había pasado casi dos meses ya desde su vana espera en el salón "lujo y miseria" de María Cross, hasta esa horrible tarde en que, por fin, tiró la esponja! Frente a esa mesa silenciosa, el doctor olvidaba a su hijo y recuerda todas las circunstancias de ese duro viaje; lo vuelve a realizar, etapa por etapa.

Su insoportable sufrimiento comenzó desde el día siguiente a la cita fracasada debido a esa extensa carta llena de excusas:

*Algo de culpa tiene usted, mi querido y gran amigo, decía María en esta carta leída y releída durante esos dos meses: usted ha sido quien me inspiró esa idea de renunciar a ese terrible lujo del cual me avergüenzo. No teniendo ya mi coche, no alcanzaría a volver tan*

*temprano para recibirlo a nuestra hora de costumbre. Llego más tarde al cementerio; me gusta también permanecer más en él: usted no se imaginaría nunca cómo está de tranquila la Cartuja al terminar el día, llena de pájaros que cantan sobre las tumbas. Me parece que mi pequeño me aprueba y que está contento de mí. ¡Qué recompensa encuentro en ese tranvía de obreros en el cual regreso! No crea usted que exagero, no; me siento muy feliz de encontrarme allí, en medio de esos pobres de los cuales no soy digna. No sabría decirle hasta qué punto me gustan esos regresos en tranvía. Aunque "se" pusiera ahora de rodillas para que aceptara volver a subir en el coche que "se" me ha dado, no consentiría en hacerlo. Mi querido doctor, en resumen, ¿qué importa no volver a verse? Su ejemplo, sus enseñanzas me bastan; estamos unidos más allá de la presencia. Como lo escribió tan bien Maurice Maeterlinck: "Vendrá un tiempo, y no está lejos, en que las almas se conocerán sin ese intermediario que son los cuerpos." Escríbame: ¡sus cartas me bastan, querido director de conciencia!*

M. C.

*¿Debo seguir tomando mis papelillos? ¿Y ponerme mis inyecciones? Sólo me quedan tres ampollas. ¿Debo comprar otra caja?*

Aunque ella no lo hubiera herido tan cruelmente, esta carta habría disgustado al doctor, pues ella revelaba complacencia, falsa humildad satisfecha. Conocedor de los más tristes secretos de los hombres, el doctor profesaba, respecto a ellos, una mansedumbre sin límites. Un solo vicio, sin embargo, lo exasperaba: esa habilidad de los seres caídos para embellecer su caída. Es la última flaqueza del hombre: cuando su mugre los deslumbra como si fuera un diamante. No se

trataba de que Maria Cross estuviese acostumbrada a esa mentira. Aún más: al comienzo ella había seducido al doctor por esa pasión por ver claro en ella y no embellecer nada. De buenas ganas insistía en la nobleza de su madre, viuda muy joven, la cual, siendo humilde institutriz en una cabeza de distrito, hábale dado, según decía María, un ejemplo admirable: "Mamá luchó por pagar los gastos de mi educación en un liceo; ya me veía profesora normal de Sévres.

Tuvo la alegría antes de morir, de asistir a mi matrimonio, que fue inesperado. Su yerno Basque conoció muy bien a mi marido, que fue médico ayudante en su regimiento. Me adoraba, me hizo feliz. Después de su muerte, mi hijo y yo apenas teníamos de qué vivir, pero podría habérmelas arreglado: no fue la necesidad la que me perdió sino, quizá, lo que hay de más vil: el deseo de una buena posición, la certidumbre de ser desposada... Y ahora, lo que me retiene aún cerca de él es esa cobardía frente a la lucha que se debe emprender de nuevo, frente al trabajo, a la labor mal pagada..." Muchas veces, después de estas primeras confidencias, el doctor vio cómo se humillaba, cómo se condenaba sin misericordia.

¿Por qué repentinamente ese gusto detestable por alabarse? No era eso, sin embargo, lo que en la carta lo afectaba más cruelmente; le formulaba agravios pues mentíase a sí mismo y no osaba sondear esa otra herida mucho más profunda, la única en verdad insoportable: Maria deseaba no verlo más; afrontaba alegremente la separación.

¡ Ah!, esa frase de Maeterlinck que se refería a las almas que se conocerán sin el intermediario de los cuerpos, ¡ cuántas veces se la dijo a sí mismo, mientras el cliente le contaba su caso con interminables detalles, o la balbuceaba, aterrorizado, al paciente que no sabe que es un tísico! Verdad es que había sido un tonto al creer que una mujer

joven gustara de su presencia. ¡ Tonto! ¡ Tonto! Pero, ¿qué pensamiento o razón puede preservarnos de ese dolor insoportable cuando el ser querido, cuya proximidad nos es necesaria físicamente en nuestra vida, se resigna, indiferente (satisfecho quizá) a nuestra eterna ausencia? No somos nada para aquella que lo es todo para nosotros.

El doctor, durante ese período, hizo un esfuerzo para vencerse: "Lo sorprendí otra vez ante el espejo", repetía la señora Courrèges. "Está impresionado." El doctor sabía que su rostro desencajado de quincuagenario era el mejor espectáculo para predisponerlo a la calma, a la serenidad de la desesperación total. No pensar más en María sino como en una muerta.

Esperar uno mismo la muerte doblando la dosis de trabajo: sí, aporrearse, azotarse, alcanzar la liberación gracias al opio de un trabajo frenético. Pero él, que se escandalizaba cuando los otros mentíanse a sí mismos, se engañó de nuevo: "Necesita de mí. Me debo a ella como a todo enfermo..." Le escribió que juzgaba necesario no perderla de vista, que ciertamente tenía razón de tomar el tranvía; pero, ¿por qué salir todos los días? Rogaba que le indicara uno en que estuviera en casa. Ya encontraría tiempo para ir a verla a la hora acostumbrada.

Durante toda la semana esperó la respuesta. Cada mañana le bastaba con dar un vistazo sobre el montón de prospectos y de diarios: "No ha escrito aún." Calculaba: "Eché mi carta al correo el sábado; los domingos se distribuye sólo una vez; no le ha llegado sino el lunes. Si sólo ha esperado dos o tres días antes de responderme... sería suficiente para que la respuesta no llegara hoy. A partir de mañana me preocuparé."

Una tarde, por fin, en que volvía extenuado, encontró la carta:

*...La visita al cementerio es para mí una obligación sagrada. Haga el tiempo que haga, estoy decidida a hacer ese peregrinaje. En el crepúsculo me siento más cerca de nuestro angelito. Me parece que sabe la hora de mi venida, que me espera. Es absurdo: lo sé; pero el corazón tiene sus razones, como dice Pascal. Me siento feliz, serena, cuando, por fin, subo al tranvía de las seis. ¿Sabe usted que es un tranvía de obreros? Pero eso no me produce miedo; me siento muy cerca del pueblo; y habiéndome separado de él en apariencia, ¿acaso no me acerco a él de esta manera? Miro esos hombres; me parecen tan solitarios como yo.*

*¿Cómo explicárselo? Tan desarraigados, tan anónimos. Mi casa es más lujosa que la de ellos. Sin embargo, es una casa en la cual nada me pertenece, como nada les pertenece a ellos... Ni siquiera nuestros cuerpos... ¿Por qué no pasa por mi casa más bien tarde, antes de regresar a la suya? Sé que a usted no le gusta encontrarse con el señor Larousselle; pero yo le advertiré que necesito verlo a solas; bastará con que, después de nuestra consulta, cambien algunas palabras amables... Se olvidó responderme acerca de mis papelillos y mis inyecciones.*

En un comienzo, el doctor rompió esta carta y tiró los restos. Luego, de rodillas, los recogió enderezándose penosamente. ¿Acaso no sabía ella que él no soportaba la proximidad de Larousselle? No existía nada en ese hombre que no le pareciera odioso; ¡ah!, sin duda era de la misma especie de Basque: ese hocico bajo los bigotes teñidos, esos carrillos, esas espaldas anchas proclamaban una autocomplacencia a



toda prueba. Esos gruesos muslos bajo el *cover coat* eran la satisfacción personificada. Ya que Larousselle engañaba a Maria Cross con lo más deleznable, se decía en Burdeos "que tenía a Maria Cross de adorno". El doctor era casi el único en saber que Maria seguía siendo la pasión de ese gran bórdeles, su secreta derrota por la cual reventaba la rabia. ¡ De todos modos la había comprado: ese imbécil era el único que la poseía! Habiendo enviudado tal vez la hubiera desposado si no existiera ese hijo, único heredero de la casa Larousselle; un ejército de niñeras, preceptores, sacerdotes lo preparaban para sus grandiosos destinos. Era imposible exponerlo al contacto de una mujer de esa especie, ni legarle un nombre disminuido por un matrimonio desigual. "¿Qué quiere que le diga, padre?", repetía Basque, muy afecto a las grandezas de su ciudad. "Estos sentimientos son muy notables. Larousselle es de buena familia. En todo es de una elegancia despampanante; es un señor: ese es mi punto de vista."

Si ella conocía el desagrado que le producía al doctor ese hombre, ¿cómo osaba fijar una cita a esa hora precisa en que le era imposible no dejar de darse de narices con el objeto de su desprecio? Llegó a pensar que había planeado premeditadamente ese encuentro para deshacerse de él. Después de haber escrito y enseguida roto, durante varias semanas, las cartas más furiosas y enloquecidas, por fin le dirigió una breve y seca, en la cual le exponía que ya que ella no se resolvía a quedarse sola en su casa ni siquiera una tarde, se debía sin duda a que se sentía muy bien y no necesitaba que se ocuparan de cuidarla. A vuelta de correo,, ella le envió cuatro páginas de excusas y protestas, advirtiéndole que lo esperaba todo el día, pasado mañana domingo:

*...El señor Larousselle asistirá a la corrida de toros. Sabe que no me gustan esos espectáculos. Venga a compartir mi té. Lo espero hasta las cinco y media.*

Jamás el doctor había recibido de ella una misiva tan poco sublime y en la cual se hablara menos de salud y tratamiento; la releyó varias veces y a menudo la tocaba en su bolsillo, convencido de que esa cita no sería como las otras y que podría declarar en ella su pasión. Pero como este científico había notado muchas veces que sus presentimientos no se realizaban, repetíase: "No, no; no se trata de un presentimiento... no es ilógico esperar: le escribí una carta despechado, a la cual ella contestó amistosamente; depende, pues, de mí darle a la conversación un giro más íntimo, más confidencial..."

En su coche, entre el laboratorio y el hospital, imaginaba esta entrevista sin aburrirse haciéndose las preguntas y las respuestas. El doctor era de esos seres imaginativos que jamás leen una novela porque no hay ninguna ficción que valga tanto para ellos como aquella que inventan y en la cual desempeñan el papel esencial. Firmada ya la receta, se encontraba aún en la escalera de la casa del cliente, cuando, como un perro que vuelve a encontrar el hueso enterrado, retornaba a sus imágenes, de las que algunas veces se avergonzaba y donde este hombre tímido gustaba el placer de doblegar los seres y las cosas bajo su voluntad todopoderosa. Dentro del campo espiritual, este ser escrupuloso no reconocía ninguna barrera, no retrocedía ante ninguna horrible matanza: llegaba hasta eliminar en pensamiento a toda su familia para crearse una vida diferente.

Durante los dos días que precedieron a su entrevista con Maria Cross, si no pensó en descartar ese tipo de sugerencias, fue porque en

ese episodio que él imaginaba para su dicha, no necesitaba suprimir a nadie sino simplemente romper con su mujer, tal como lo había visto hacer a algunos de sus colegas, sin otro motivo que el tedio mortal que le producía la convivencia con ella. Es tiempo aún, cuando se tiene cincuenta y dos años, de saborear algunos años de felicidad, emponzoñados tal vez por los remordimientos; ¿pero aquel que no ha poseído nada, como podría resistirse aunque sólo fuera a la sombra de una dicha? Ni siquiera su presencia servía para hacer más feliz a una esposa amargada... ¿Su hija, su hijo? Hacía tiempo que él había renunciado a ser amado por ellos. La ternura de sus hijos, ¡ ay! Desde el matrimonio de Madeleine sabía a qué atenerse respecto a ella; en lo que se refería a Raymond, no valía la pena de sacrificarse por lo que nos es inaccesible.

Esas imágenes en las cuales se complacía el doctor diferían bastante de sus ensoñaciones acostumbradas. Aun cuando de un golpe suprimiera una familia, indudablemente experimentaba un poco de vergüenza, pero de ningún modo remordimientos: más bien una sensación de ridículo: se trataba de un juego superficial en el cual lo más profundo de su ser no estaba interesado. No, jamás había pensado que él pudiera ser un monstruo y tampoco se creía diferente de los otros hombres, quienes según él se volvían todos locos en cuanto se encontraban a solas consigo mismo fuera del control del prójimo.

Pero en el transcurso de las cuarenta y ocho horas que vivió en la espera de ese domingo, se dio perfecta cuenta de que se adhería con todas sus fuerzas a un sueño y que ese sueño se transformaba en una esperanza. Escuchaba en su corazón la resonancia de la próxima conversación con esa mujer, y había llegado al punto de no poder

imaginar que pudiesen pronunciarse otras palabras que aquellas que él imaginaba se pronunciarían entre ellos. Sin cesar retocaba el escenario, cuya parte esencial estaba contenida en el siguiente diálogo:

—Estamos tanto el uno como el otro en el fondo de un callejón sin salida. Sólo podemos morir contra un muro, o vivir para volver sobre nuestros pasos. Usted no sabría amarme, usted no ha amado jamás. Le queda sólo entregarse por entero a un solo hombre, capaz de no exigirle nada a cambio de su ternura.

En este punto creía oír la réplica de Maria:

—¡Está loco! ¿Y su mujer? ¿Sus hijos?

—No me necesitan. Un muerto en vida tiene el derecho, si es capaz de hacerlo, de levantar la piedra que lo ahoga. Usted no podría medir el desierto que me separa de esa mujer, de ese hijo. Las palabras que les dirijo ni siquiera llegan hasta ellos. Los animales, cuando sus pequeños han crecido, los echan fuera. Y la mayoría de las veces, por lo demás, los machos ni siquiera los reconocen. Esos sentimientos que sobreviven a la función de procrear es un invento de los hombres. Cristo lo sabía; quiso que se le prefiriera a todos los padres y a todas las madres, y osó glorificarse de haber venido a separar el esposo de la esposa, y los hijos de aquellos que los han engendrado.

—Usted no pretenderá ser Dios.

—¿Acaso no soy para usted su imagen? ¿No es a mí a quien debe el gusto por cierta perfección? (en este punto, el doctor se interrumpía: "¡ No, no, no debo introducir la metafísica!").

—¿Pero su situación social, sus enfermos? Toda su vida de hombre que hace el bien... Piense en el escándalo...

—Si yo muriera, tendrían que prescindir totalmente de mí. ¿Quién es realmente indispensable? Y bien: se trata precisamente de morir,

Maria: morir a esta pobre vida recluida y trabajosa para renacer con usted. Mi mujer conservaría la fortuna que le pertenece. No me sería difícil mantenerla. Me ofrecen una cátedra en Argel, y otra en Santiago... Dejaría a mis hijos todo lo que he podido ahorrar hasta hoy...

En este punto de la escena imaginaria, el coche se detuvo frente al hospital; el doctor franqueó el umbral con aire aún ausente, con los ojos de un hombre que surge de un encantamiento desconocido. Su visita terminada, entraba de nuevo en su sueño, lleno de una avidez secreta, repitiéndose : "Soy un loco... sin embargo..." El conocía entre sus colegas algunos que habían realizado el bello sueño. Era cierto que con su vida de escándalo habían preparado la opinión pública; la ciudad entera estaba acostumbrada a considerar al doctor Courrèges como un santo. ¡ Pues bien!, ¡ precisamente porque había usurpado esa reputación, cuan liberado se sentiría de no sentir más su inmerecido peso! ¡ Ah! ¡ Ser despreciado al fin! Entonces sabría dirigir a Maria Cross palabras distintas a aquellas que le dirigía para llevarla entusiasmada al bien o de los consejos edificantes que le daba; sería un hombre que ama a una mujer y que la conquista violentamente.

Por fin ese domingo se levantó el sol. El doctor tenía por costumbre ese día no hacer sino las visitas indispensables sin pasar por la consulta que tenía en la ciudad, asaltada siempre por los clientes y en la cual sólo atendía consultas tres veces a la semana. Le causaba horror este cuarto en el primer piso de una casa enteramente ocupada por oficinas, y donde le era imposible, según él decía, leer o escribir una sola línea. Tal como en Lourdes hasta los más ínfimos *exvotos* ocupaban su lugar, el doctor había reunido entre esas cuatro paredes todo aquello con que lo había colmado su clientela agradecida.

Después de haber odiado esos broncees artísticos, esas cerámicas austríacas, esos amercillos de mármol reconstituido, esas porcelanas, esos barómetros—calendarios, había llegado a un punto en que sentía cierto gusto por ese horrible museo y en que se regocijaba cuando recibía "una obra de arte" de una singular fealdad: ¡ sobre todo, nada de antiguo! decíanse unos a otros los clientes deseosos de dar gusto al doctor Courrèges.

Ese domingo en el que se había persuadido de que su entrevista con Maria Cross cambiaría su destino, consintió, sin embargo, en recibir hacia las tres de la tarde, en su consulta a un hombre de negocios neurasténico que no podía disponer de una sola hora libre durante la semana. El doctor se había resignado: de ese modo podría salir apenas hubiera terminado el almuerzo y ocuparía los últimos momentos disponibles antes del minuto tan ardientemente esperado y temido. No pidió su coche, ni trató de subir a los tranvías repletos: racimos humanos colgaban de los estribos, pues había un partido de rugby y era también la primera *corrida* del año: los nombres de *Algabeno* y *Fuentes* destellaban en los amarillos y rojos. A pesar de que la *corrida* no empezaba hasta las cuatro de la tarde, ya la muchedumbre deslizábase hacia las arenas en las apagadas calles de un domingo de tiendas cerradas. Los jóvenes llevaban sombreros de pequeñas y estrechas alas con cintas de colores o sombreros de fieltro gris claro que creían de procedencia española, y reían envueltos en nubes de tabaco ordinario. Los cafés desparramaban sobre la acera el fresco aliento del ajeno. El doctor no recordaba haber vagado en esa forma entre la turba sin otra preocupación que matar las horas que lo separaban de cierta hora. ¡Qué extraño parecía esta ociosidad en un hombre sobrecargado de trabajo! No sabía ser ocioso; trató de pensar

en el experimento que acababa de comenzar pero sólo pudo imaginar a Maria Cross tendida y leyendo.

De súbito desapareció el sol y la muchedumbre inquieta miró en el cielo una nube cargada. Alguien afirmó haber sentido caer una gota; pero el sol volvió a calentar a chorros. No, la tempestad no estallaría hasta que el último toro muriera.

Tal vez, pensaba el doctor, las cosas no pasarían exactamente tal como él las había imaginado; pero de lo que estaba seguro — matemáticamente seguro — era de que no dejaría a Maria Cross sin que ella supiera su secreto; ¡ por fin el asunto sería planteado! Las dos y media... faltaba todavía una hora que matar antes de la consulta. Palpó en el fondo de su bolsillo la llave del laboratorio. No, apenas llegara tendría que volver a salir. La multitud se emocionó como si fuera presa de un viento súbito. Gritaban "¡Aquí están!" En viejas victorias cuyos cocheros eran a la vez sórdidos y gloriosos, aparecieron los matadores destellantes y sus *cuadrillas*. Extrañábase el doctor de no encontrar nada innoble en esos duros rostros demacrados: ¡ extraña clerecía roja y oro, violeta y plateada! De nuevo una nube mató la luz y ellos levantaron sus rostros enjutos hacia el azul empañado. El doctor hendió la turba y prosiguió ahora por estrechas calles desiertas. Un frescor de sótano reinaba en su consulta, donde mujeres en terracota y alabastro sonreían sobre columnas de malaquita.

El tic—tac de un reloj de pared estilo antiguo era más lento que el reloj de falsa porcelana Delft colocado en el centro de la larga mesa donde una mujer *modern style*, con el trasero puesto sobre un bloque de cristal, sujetaba unos papeles. Las figuras parecían cantar en coro el título de una revista que el doctor había leído en todas las esquinas de la ciudad: *¡Eso es lo único bueno!*: hasta ese toro en imitación bronce

con el hocico sobre su vaca. De una ojeada el doctor admiró su colección y pronunció a media voz: "La época más baja de la especie humana." Empujó una persiana, sacudió el polvo. Recorría el cuarto, frotábase las manos y decía: "No necesitaré de preámbulos; las primeras palabras serán una alusión a la tristeza que sentí cuando pensaba que ella no deseaba verme más. Se extrañará: le diré que ya no puedo vivir sin ella y entonces, tal vez, tal vez..."

Oyó sonar el timbre; fue a abrir él mismo; introdujo a su cliente.

¡Ah! No sería ese cliente el que interrumpiera su ensueño; no había más que dejarlo hablar: el neurasténico parecía exigir sólo del médico la paciencia para escucharle. Sin duda se había formado de ellos una idea mística, ya que no retrocedía ante ninguna confidencia mostrando sus más secretas llagas. El doctor había vuelto en pensamiento al lado de Maria Cross: "Soy un hombre, Maria, un pobre hombre de carne y hueso como los demás. No se puede vivir sin felicidad: lo he descubierto muy tarde, ¿pero será demasiado tarde para que usted consienta en seguirme?" Como el cliente terminara de hablar, el doctor, con ese aire digno y triste que todos admiraban, dijo: "Tiene que tener, en primer lugar, fe en su voluntad. Si usted no se siente libre, no puedo hacer nada por usted. Todo nuestro arte fracasa frente a una idea falsa. Si usted cree ser la presa impotente de sus herencias, ¿qué espera de mí? Antes de ir más lejos, exijo que haga un acto de fe en sí mismo en su poder de domar esas fieras que no son usted."

Mientras el otro le interrumpía vivamente, el doctor levantóse y acercándose a la ventana, fingió mirar, entre los postigos entrecerrados, la calle vacía. Experimentaba horror por estas palabras falsas que sobrevivían en él y que correspondían a una fe muerta. Tal como recibimos la luz de un astro extinguido siglos atrás, alrededor de



él las almas oían el eco de una fe perdida. Volvió hacia la mesa y se dio cuenta de que el pequeño reloj de falsa porcelana Delft marcaba las cuatro; despidió a su cliente.

“Tengo tiempo” decía el doctor corriendo casi por la acera. Al llegar a la plaza de la Comedie, vio el tranvía asaltado por una multitud que salía de los teatros. No había un solo coche. Tuvo que ponerse en la fila y no cesaba de consultar su reloj: acostumbrado como estaba a su coche, había medido mal el tiempo. Trataba de tranquilizarse: poniéndose en el peor de los casos, se atrasaría media hora; eso era normal en un médico. Siempre Maria lo había esperado... Sí, pero en su carta ella había escrito: hasta las cinco y media... ¡las cinco, ya! "¡Eh! No empuje tanto, ¡oiga!", gritábale una señora gruesa y furibunda cuyo penacho de pluma hacía cosquillas en la nariz. En el tranvía repleto, hirviendo, lamentó no haberse puesto su chaqueta y traspirando tuvo miedo de llegar sucio, maloliente.

No habían dado las seis, cuando bajó frente a la iglesia de Talence. Al comienzo apresuró el paso; luego, loco de inquietud, se puso a correr a pesar del dolor que sentía en el corazón. Una nube tempestuosa ensombrecía el cielo. El último toro de la corrida debía de estar sangrando ya bajo ese cielo tenebroso. Entre las rejas de los pequeños jardines, ramas polvorientas de lilas esperaban la lluvia como brazos tendidos. El doctor corría, bajo las gotas tibias y espaciadas, hacia la mujer que imaginaba en el diván, leyendo, sin desprender en seguida sus ojos del libro abierto... Pero al aproximarse a la puerta vio que salía. Se detuvieron. Iba sofocada: había corrido, al igual que él.

Dijo ella, con un aire imperceptible de despecho:

—Había escrito: a las cinco y media. El la observaba con ojos lúcidos:

—Se ha quitado el luto.

Maria miró su vestido de verano y contestó :

—¿El morado no es, entonces, medio luto? ¡ Cuan diferente era ya todo de lo que él había imaginado ! Una inmensa cobardía le inspiró estas palabras:

—Si usted pensaba que yo no vendría y tal vez la esperan en otra parte, lo dejaremos para otra vez.

Maria respondió con tono vivo:

—¿Quién quiere usted que me espere? ¡Qué divertido es usted, doctor!

Ella volvía a subir hacia la casa seguida por él, dejando que su vestido de tafetán morado arrastrase por el polvo; al bajar su cabeza, el doctor veía su nuca. Maria pensaba que si había citado al doctor en domingo era porque estaba persuadida de que, ese día, el muchacho desconocido no tomaría el tranvía de las seis. De todos modos, loca de felicidad y esperanza al ver que el doctor no llegaba a la hora fijada, había corrido el albur, diciéndose:

"Aunque no hubiese más que una posibilidad entre mil que él hubiera tomado el tranvía por causa mía... ¡Ah! no podía perder esa dicha..." ¡Ay! jamás sabría si el muchacho desconocido, ese domingo, habría estado triste en el tranvía de las seis al no verla. La lluvia aplomada aplastábase sobre las gradas de la entrada por las cuales trepó con rapidez, escuchando, tras ella, resollar al viejo. ¡Ah, esa falta de oportunidad de aquellos seres en quienes no se interesan nuestros corazones y que nos han elegido sin que nosotros los hayamos elegido a ellos! Tan fuera de nuestra órbita: de los cuales nada quisiéramos

saber y cuya muerte nos seria tan indiferente como sus vidas... sin embargo, ellos son los que llenan nuestra existencia.

Atravesaron el comedor, abrió las persianas del salón, se quitó su sombrero, se extendió y sonrió al doctor que buscaba desesperadamente algún fragmento de las frases preparadas. Ella le dijo :

—Está sofocado... Lo he hecho caminar demasiado rápido.

—No estoy tan viejo.

El doctor, como siempre, levantó sus ojos hacia el espejo colocado sobre el diván. ¿Y qué, no se había visto nunca todavía? ¿Por qué entonces, sentía cada vez ese golpe en el corazón, ese desolado estupor, como si esperara ver su juventud sonriéndole? Y preguntaba: "¿Y esa salud?" en el tono paternal y un poco grave con que siempre hablaba a Maria Cross. Nunca se había sentido ella tan bien y experimentaba al decírselo al doctor tal placer que se sentía compensada por su decepción. No, el muchacho desconocido, hoy domingo, no debía de estar en el tranvía. Pero mañana, sin duda alguna estaría, y ya ella se volvería por entero hacia esa futura felicidad, hacia esa esperanza cotidianamente burlada y que renacía cotidianamente: algo pasaría de nuevo, al fin él le dirigiría la palabra.

—Puede sin inconveniente suspender las inyecciones... (miraba en el espejo esa barba rala, esa frente árida y recordó las ardientes palabras que había preparado).

—Duermo; fíjese, doctor, ya no me aburro, y sin embargo no tengo ganas de leer. No podría terminar el *Viaje de Sparte*: puede llevárselo.

—¿Sigue sin ver a nadie?

—¿Me cree usted una mujer capaz de alternar, repentinamente, con las amantes de esos caballeros, yo que hasta el momento he huido de

ellas igual que de la peste ? Soy la única de esta especie en Burdeos, usted lo sabe muy bien: no quiero intimar con nadie.

Sí, repetidamente había dicho lo mismo, pero en tono de queja, nunca con un aire tan apacible y tranquilo. El doctor percibía que esta alta llama no se estiraba ya hacia el cielo, no ardía ya en vano; había encontrado muy próximo a la tierra un alimento desconocido por él. No pudo dejar de decirle en tono agresivo que si bien ella no veía a esas señoras, veía en cambio algunas veces a esos caballeros. Sintió que enrojecía, sospechó que la conversación tomaba el giro que él había deseado tan ardientemente; en efecto, Maria preguntó riendo:

—¡Eso sí que está bueno! ¿Doctor, no estará usted celoso? ¡ Es una escena de celos la que me está haciendo!... No, estoy bromeando — agregó inmediatamente — sé quién es usted.

¿Cómo podía poner en duda que realmente ella estaba riendo y que ni siquiera imaginaba que el doctor experimentara un sentimiento de esa naturaleza ? Maria lo observaba con inquietud:

—¿No lo he herido?

—Sí, Maria, usted me ha herido.

Pero ella no comprendió de qué clase de herida hablaba; insistió sobre su respeto, su veneración: ¿no se había rebajado él hasta ella? ¿No se había dignado elevarla algunas veces hasta él? Con un gesto tan falso como la propia frase, ella cogió la mano del doctor y la aproximó a sus labios. Este la retiró bruscamente. Maria Cross, molesta, se levantó, acercóse a la ventana y miró el jardín inundado. El doctor también se había levantado; le dijo sin volverse:

—Espere que pase el chubasco.

Permanecía parado en el salón sombrío.

Como hombre metódico, usaba este atroz minuto para arrancar de él todo deseo, toda esperanza. Pues bien, todo había terminado; todo lo que interesara a esta mujer no le concernía ya más; estaba fuera del juego. Su mano hizo en el vacío el gesto de barrer. Maria se volvió y le gritó :

—Ya no llueve.

Como el doctor permaneciera inmóvil, agregó que no quería echarlo, pero que sería bueno aprovechar la escampada. Le ofreció un paraguas; por un momento él aceptó, pero después lo rechazó porque lo mortificaba haber pensado: "Tendré que devolverlo; será otra ocasión para volver."

Ya no sufría; gozaba de la tempestad que concluía, pensaba en él mismo, o más bien en esa parte de él mismo como en un amigo del cual se aceptaba la muerte por la que ya no sufría más. La partida estaba jugada y perdida; no había que volver sobre eso; ya nada debía importarle salvo su trabajo. Ayer le habían telefoneado desde el laboratorio para decirle que el perro no había sobrevivido a la extirpación del páncreas.

¿Podría Robinson procurarse otro en la perrera? Los tranvías pasaban cargados de una multitud derrengada y ruidosa; pero sentíase contento al caminar en este arrabal lleno de lilas, que olía a campo debido a la lluvia de la tempestad, al crepúsculo. Ya no más sufrimiento; ya no más lanzarse como un furioso contra el muro de su prisión. Recogía, rechazaba, en lo más profundo de su ser, esa fuerza, todopoderosa desde su infancia, que, al contacto de tantas criaturas, habíase expandido fuera de él. A pesar de los anuncios luminosos, de los raíles brillantes; a pesar de los ciclistas, agachados sobre el volante en el cual amarraban lilas marchitas, el arrabal transformábase en

campo, los bares se volvían albergues llenos de muleros que partían con el claro de luna; rodarían toda la noche como muertos, escondidos en sus carretelas, los rostros cara a las estrellas. En los umbrales, niños ya campesinos jugaban con moscardones abotagados. No lanzarse más contra ese muro.

¿Cuántos años hacía que él se gastaba en ese triste asalto? Volvióse a ver sollozando (casi medio siglo atrás) en la cabecera de su madre una mañana en que entraba de nuevo al colegio, y ella le gritaba: "¿No te da vergüenza llorar, pequeño holgazán, imbécil?" Ella no sabía que en él sólo existía la desesperación de separarse de ella; y desde entonces. .. esbozó de nuevo el gesto de limpiar, de despejar el lugar: "Veamos", dijo. "Mañana por la mañana..." Y como si se estuviera poniendo una inyección de morfina, se inyectó el quehacer cotidiano: ese perro muerto... Tenían que volver a comenzar. Pero, ¿no debía haber registrado a esa altura de la investigación hechos suficientes que confirmaran su hipótesis ? ¡ Cuánto tiempo perdido!

¡ Qué vergüenza! El, que no sospechaba que el género humano estuviese interesado en cada uno de sus gestos en el laboratorio, ¡ cuántas jornadas había malgastado! La ciencia exige que se la sirva con pasión; no admite que se la comparta con otra cosa : "Ah, no seré nunca sino un sabio a medias." Creyó ver fuego entre las ramas; pero era la luna que se levantaba. Aparecieron los árboles que escondían la casa donde estaban reunidos aquellos a los cuales él tenía derecho a llamar *los míos*. ¿Cuántas veces había traicionado el juramento que renovó en ese momento en su corazón: "A partir de esta tarde, haré feliz a Lucie" ? Apresuraba el paso, impaciente por demostrarse a sí mismo que esta vez no sería débil. Quiso pensar en su primer encuentro hacía veinticinco años, en un jardín de Arcachon, encuentro

arreglado por uno de sus colegas. Pero no descubrió en él la imagen de la novia de aquellos lejanos tiempos, esa pálida fotografía borrosa: lo que él vio fue una mujer joven que se ha puesto medio luto, loca de felicidad porque él se ha atrasado y que se apresura a ir en busca de otro... ¿Quién era? El doctor sintió un agudo dolor, detúvose un segundo, y de súbito se puso a correr para aumentar la distancia entre él y ese ser que Maria Cross amaba; y experimentaba, en realidad, un alivio, como si cada paso lo acercara, sin él saberlo, a ese rival desconocido...

Sin embargo, esa tarde, apenas hubo traspuesto la puerta del comedor, en el momento en que Raymond y su cuñado se enzarzaban en la discusión, tuvo conciencia de ese florecer, de esa brusca primavera dentro de aquel extraño que había traído al mundo.

Se habían levantado de la mesa; los chicos ofrecían sus frentes a los labios distraídos de los mayores. Se fueron a sus cuartos, escoltados por la madre, la abuela y la bisabuela.

Raymond habíase aproximado a la puerta—ventana. El doctor se impresionó al ver el movimiento que hizo para tomar un cigarrillo de un estuche de cuero, golpearlo y encenderlo; un botón de rosa colgaba de su ojal, y sus pantalones tenían el pliegue necesario. El doctor pensó: "¡Es sorprendente cómo se parece a mi pobre padre!..." Sí, era el retrato del cirujano que, hasta cerca de los setenta años, había dilapidado en las mujeres la fortuna que le deparara la práctica de su arte. Fue el primero en introducir en Burdeos las ventajas de la asepsia; jamás prestó la menor atención a su hijo, al cual sólo llamaba "el pequeño", como si no recordara su nombre. Una mujer lo había traído una tarde, con la boca torcida y babeando; no se encontró ni su reloj, ni su billetera, ni el anillo de brillantes de su dedo índice. "Heredé de él un

corazón capaz de apasionarse, pero no el don de gustar... Eso será para su nieto."

El doctor miraba a Raymond, que estaba vuelto al jardín, ese hombre que era su hijo. Después de ese día febril, le habría gustado confiarse, o más bien, enternecerse; preguntar a su chico: "¿Por qué no nos hablamos jamás? ¿Crees que no sabría comprenderte? ¿Hay tanta distancia entre un padre y un hijo? ¿Qué significan los veinticinco años que nos separan? Tengo el mismo corazón que tenía a los veinte años, y tú saliste de mí: es posible que tengamos gustos comunes, antipatías y tentaciones... Ese silencio que hay entre nosotros, ¿quién lo romperá primero? El hombre y la mujer por muy alejados que estén uno del otro, se vuelven a encontrar en un abrazo. Y hasta una madre puede atraer hacia sí la cabeza de su hijo crecido y besar sus cabellos; pero el padre no puede hacer nada, salvo el gesto que hizo el doctor Courrèges al posar su mano sobre el hombro de Raymond, el cual, sobresaltado, se volvió. El padre, esquivando sus ojos, preguntó :

—¿Llueve todavía?

Raymond, parado en el umbral, tendió sus brazos a la noche:

—No, ya no llueve.

Y agregó sin volver la cabeza:

—Buenas noches... —y el ruido de sus pasos disminuyó.

En ese momento, la señora Courrèges quedó estupefacta, pues su marido le pidió que dieran una vuelta por el jardín. Dijo que iría a buscar un chal. El escuchó como subía, y luego bajaba, con prisa desacostumbrada.

—Toma mi brazo, Lucie. La luna está escondida; no se ve nada...

—Pero la avenida se ve blanca.



Al apoyarse un poco en él notó que la carne de Lucie tenía el mismo olor que en ese entonces cuando eran novios y permanecían sentados en un banco, esa largas tardes de junio: ese olor de carne y de sombra era el perfume mismo de su noviazgo.

Le preguntó si ella no se había fijado en el cambio tan grande que se había producido en su hijo. No, lo encontraba siempre tan malhumorado, gruñón y obstinado. El insistió: Raymond se cuida más; tiene más dominio sobre sí mismo, aunque sólo fuera por ese cuidado de su apariencia.

—¡ Ah!, sí, hablemos de eso. Julie protestaba ayer porque exige que le planche dos veces por semana los pantalones.

—Trata de tranquilizar a Julie, que vio nacer a Raymond

—Julie es una mujer sacrificada; pero los sacrificios tienen sus límites. Aunque diga Madeleine que esos sirvientes no hacen nada. Julie tiene mal carácter, de acuerdo; pero comprendo que esté furiosa al verse obligada a asear parte de la escalera de servicio y parte de la escalera grande.

Un ruiseñor parsimonioso dio tres notas. Atravesaban el perfume de almendra amarga de los pinos. El doctor continuó a media voz:

—Nuestro pequeño Raymond...

—No podremos reemplazar a Julie. Eso es lo que tenemos que repetirnos. Me dirás que hace huir a todas las cocineras; pero muchas veces ella tiene razón... Así Léonie...

Preguntó resignado:

—;Cuál Léonie?

—Sabes perfectamente, esa gorda... no, no se trata de la última... aquella que sólo estuvo tres meses; no quería limpiar el comedor. No le correspondía a Julie hacer ese trabajo...

El dijo:

—Los sirvientes de hoy no son los de antes. Sentía descender en él una marea, un reflujo que arrastraba con él confidencias, confesiones, entregas, lágrimas.

—Haríamos mejor en volver...

—...Madeleine me repite que la cocinera es insolente con ella; pero no se debe a Julie. Esa mujer quiere que le aumenten el salario; aquí no tienen tantos beneficios como en la ciudad, a pesar de que tenemos grandes mercados: si no fuera por eso, no se quedarían.

—Voy a entrar.

—¿Tan pronto?

Ella sintió que lo había defraudado, que debía haber esperado, haberlo dejado hablar. Murmuró:

—No solemos conversar tan a menudo...

Más allá de las miserables palabras que ella acumulaba muy a su pesar, más allá del muro que su paciente vulgaridad había construido día a día, Lucie Courrèges oía la llamada ahogada de aquel muerto en vida. Sí; percibía el grito del minero enterrado, y también en ella, ¡y a qué profundidad!, una voz contestaba a esa voz, la ternura movíase allí.

Hizo el gesto de inclinar la cabeza en el hombro de su marido, adivinó su cuerpo contraído, esa figura tensa, levantó los ojos a la casa, y no pudo dejar de decir:

—Has dejado de nuevo la luz encendida en tu cuarto.

Inmediatamente lamentó haber dicho estas palabras. El doctor apresuró el paso para alejarse de ella, subió con rapidez los peldaños, dio un suspiro de alivio al ver el salón desierto, y llegó, sin haber encontrado a nadie, a su gabinete. Allí, por fin, sentado ante la mesa,

con las dos manos se frotó el rostro extenuado, y de nuevo hizo el gesto de limpiar... Es una lástima que ese perro haya muerto; no es fácil encontrar otro; pero, por otro lado, con todas estas historias idiotas, no había seguido muy de cerca las investigaciones. "He confiado demasiado en Robinson... Debió de equivocarse la fecha de la última inyección." Valía más empezar todo de nuevo, con nuevos gastos... Sería suficiente, de ahora en adelante, que Robinson tomara la temperatura del animal y recogiera y analizara la orina.

## CAPITULO SEXTO

La corriente se interrumpió y los tranvías se detuvieron: permanecieron inmóviles a lo largo de los bulevares como jóvenes orugas. Bastó ese incidente para que Raymond Courrèges y María Cross se pusieran en contacto. Sin embargo, al día siguiente de aquel domingo en el cual no se habían visto, los dos sentíanse atormentados por la angustia de no volver a reunirse nunca más, y cada uno había resuelto dar el primer paso. Pero ella veía en él sólo un colegial inocente que se escandaliza de cualquier cosa; y él, ¿cómo se habría atrevido a hablar a una mujer? A través del gentío adivinó su presencia, aunque, por vez primera, estuviese vestida con un traje claro; y ella, algo miope, lo reconoció de lejos, pues aquel día debió vestir, para cierta ceremonia, el uniforme del colegio, y llevaba su esclavina echada, con negligencia, sobre los hombros (para imitar a los alumnos de la Ecole de Santé Navale). Dos pasajeros subieron al tranvía, decididos a esperar; otros alejaronse por grupos. Raymond y María se reunieron cerca del estribo. Sin mirarlo, para que pensara que no se dirigía a él, dijo a media voz:

—Menos mal que no tengo que caminar mucho... Y él, vuelta un poco la cabeza, encendidas las mejillas:

—Por una vez resultará agradable caminar.

Entonces ella se atrevió a fijar los ojos en ese rostro: jamás lo había visto tan de cerca.

Dieron algunos pasos en silencio. Ella miraba a hurtadillas esas mejillas encendidas, esa carne demasiado joven: al afeitarse, Raymond la había hecho sangrar. Con gesto pueril, sostenía sobre su cintura una cartera usada, llena de libros; y al pensar súbitamente que era casi un niño, experimentó una emoción confusa, hecha de escrúpulo, vergüenza y placer. Sentíase como baldado por la timidez, paralizado como jamás lo había estado, cuando le parecía tarea de titanes franquear el umbral de una tienda; sintió estupefacción al comprobar que era más alto que ella; la paja color malva del sombrero le escondía casi todo el rostro, pero alcanzaba a ver el cuello desnudo, el hombro algo descubierto. Sintió terror al no encontrar una sola palabra para romper el silencio: temía estropear esos pocos minutos.

—Es cierto que usted no vive lejos...

—Sí: la iglesia de Talence está a diez minutos de los bulevares.

Raymond sacó del bolsillo un pañuelo manchado de tinta, enjugóse la frente: vio la tinta, y escondió el pañuelo.

—Pero tal vez su recorrido es más largo que el mío...

—¡ Oh!, no: me bajo cerca de la iglesia. Y agregó rápido :

—Soy hijo del doctor Courrèges.

—¿Hijo del doctor? Dijo con calor:

—¿Es conocido, no es cierto?

Raymond vio que había palidecido, al levantar la cabeza para mirarlo. Sin embargo, dijo:

—Decididamente: qué pequeño es el mundo..., sobre todo, no le hable de mí.

—Nunca converso con él, y por otra parte, no sé quién es usted.

—Más vale así.

Lo devoró, otra vez, con una larga mirada: ¡el hijo del doctor! Sin duda era un colegial muy ingenuo, muy piadoso. Huiría horrorizado cuando supiera su nombre. ¿Cómo había podido ignorarlo? El pequeño Bertrand Larousselle se había educado, hasta el año anterior, en el mismo colegio... el nombre de María Cross debía de ser famoso allí...

Insistió, menos por curiosidad que por temor al silencio.

—Sí, sí, dígame su nombre... Yo le dije el mío...

En el umbral de una frutería, la luz horizontal abrazaba las naranjas colocadas en cestas. Los jardines estaban como empapados por el polvo; un puente atravesaba el camino que, no hace mucho, emocionaba a Raymond, pues los trenes rodaban por allí hacia España. María Cross pensaba: "Si le digo mi nombre, no lo veré más..., pero, ¿no es mi deber alejarme?" Sufría y gozaba al mismo tiempo ante esa disyuntiva. Sufría, en verdad, pero experimentaba una oscura satisfacción al murmurar: "Resulta trágico..."

—Cuando usted sepa quién soy... (no pudo dejar de pensar en el mito de Psiquis, en *Lohengrin*).

Estalló en una risa muy ruidosa, pero ya sin timidez dijo:

—De todos modos nos encontraríamos en el tranvía... ¿ Usted se habrá dado cuenta de que tomo expresamente el de las seis de la tarde?... ¿no? ¡Qué gracioso! Porque, sabe, algunas veces llego demasiado temprano y alcanzo a tomar el de las seis menos cuarto... pero intencionadamente lo dejo pasar por causa suya. Ayer mismo, me fui antes que lidiaran el cuarto toro para alcanzar a verla, y usted no estaba; parece que Fuentes estuvo prodigioso en el último toro. Ahora que nos hemos hablado, ¿qué puede importar su nombre? Antes, me reía de todo... pero desde que sé que usted me mira...

Ese lenguaje que María hubiera juzgado bajo y vulgar en otro, le parecía de una deliciosa frescura, y más tarde, cada vez que atravesaba el camino por ese punto, recordaba lo que habían desencadenado en ella esas miserables palabras del escolar: una ternura, una dicha...

—De todos modos tendrá que decirme su nombre... por lo demás, podría preguntárselo a papá. Es fácil; una señora que baja siempre frente a la iglesia de Talence.

—Se lo diré; pero tendrá que jurarme que nunca le hablará de mí al doctor.

Sospechaba ahora que su nombre no lo alejaría de ella; pero fingió sentirse aún amenazada. "Entreguémonos al destino" — decía — porque en el fondo se sentía segura de ganar. Un poco antes de llegar a la iglesia, quiso que él se fuera solo "a causa de los proveedores que la reconocerían y chismorrearían".

—Sí, pero no sin saber... Dijo rápidamente, sin mirarlo:

—María Cross.

—¿María Cross?

Con su sombrilla hizo algunos hoyos en la tierra y agregó rápidamente:

—Espere a conocerme...

La miraba deslumbrado :

—¡ María Cross!

Esa era la mujer cuyo nombre había escuchado un día de verano, en las avenidas de Tourny, a la hora del regreso de las corridas... Pasaba en su calesa de dos caballos... alguien cerca de él, repetía: "¡Hay que ver estas mujeres!" Y de súbito recordó la época en que un tratamiento de ducha lo obligaba a salir del colegio antes de las cuatro

de la tarde: en el camino dejaba atrás al joven Bertrand Larousselle lleno ya de orgullo, sus largas piernas calzadas con polainas de cuero color amarillo; a veces lo escoltaba un sirviente, a veces un sacerdote de guantes negros y cuello alto; el piadoso y puro Bertrand devoraba con sus ojos cuando pasaba junto a él "el sucio individuo", sin sospechar que ante los ojos del sucio individuo era él mismo un chico misterioso. La señora de Víctor Larousselle vivía todavía en esa época y en la ciudad, y en el colegio corrían rumores absurdos: Maria Cross, decían, quería casarse y exigía de su amante que despachara a todos los suyos; otros aseguraban que esperaban que la señora Larousselle muriera de cáncer para poder casarse por la Iglesia. Muchas veces, tras los vidrios de una berlina, había divisado, al lado de Bertrand, esa madre exangüe de la cual las señoras Courrèges y Basque decían: "¡ Esta sí que ha sufrido!" ¡Cuánta dignidad dentro de su martirio! De ella se puede decir que ha hecho su purgatorio en vida...

A un hombre como ése yo le escupiría mi desprecio a la cara y lo dejaría plantado..." Un día, Bertrand Larousselle salió solo; escuchaba tras él silbar al sucio individuo, y apresuró el paso; pero Raymond se acercó a él, y no despegaba la vista del abrigo corto y de la gorra de un género inglés tan bonito. ¡ Cuan hermoso le parecía todo lo de ese muchacho ! El pequeño Bertrand echóse a correr, y un cuaderno se deslizó de su cartera. Cuando se dio cuenta de ello, Raymond ya lo había recogido; el niño volvió sobre sus pasos, pálido de miedo y de cólera: "¡ Devuélvemelo!" ; pero Raymond se burlaba, y leía, a media voz, sobre la tapa: "Mi diario."

—Debe ser muy interesante el diario del pequeño Larousselle...

—Devuélvemelo.



Raymond franqueó corriendo el umbral del Parc Bordelais, tomó una avenida desierta; tras él oía una pobre voz jadeante: "¡Devuélvemelo! Te acusaré." Pero el sucio individuo, al abrigo de un macizo, se mofaba del pequeño Larousselle, el cual sin aliento y tendido sobre la hierba lloraba con grandes sollozos.

—Toma: aquí tienes tu cuaderno... tu diario... ¡idiota!

Levantó al niño, secó sus ojos, sacudió su abrigo inglés. ¡Qué inesperada dulzura en ese bruto! El pequeño Larousselle fue sensible a ella, y sonreía ya a Raymond cuando, de súbito, éste no pudo resistir a una grosera fantasía.

—Dime, ¿has visto alguna vez a Maria Cross? Bertrand, rojo, recogió su cartera, y se largó sin que Raymond pensara en seguirlo.

Y ahora Maria Cross... La devoraba con los ojos... La creía más grande, más misteriosa. Esa pequeña mujer, vestida de morado, era Maria Cross. Viendo la turbación de Raymond, balbuceaba:

—No crea... No vaya a creer...

Temblaba ante ese juez que le parecía angelical; no percibía en él el ángel de la impureza. No sabía que la primavera era muchas veces la estación del barro, y que este adolescente podía ser sólo una mancha. No tuvo fuerzas para soportar el desprecio que ella imaginaba en el muchacho; y con un adiós dicho casi en voz baja, emprendía ya la fuga, pero él la alcanzó:

—Hasta mañana por la tarde, ¿no es verdad?, en el mismo tranvía.

—¿Lo quiere usted?

Al alejarse, ella se dio vuelta dos veces hacia él, que estaba inmóvil y pensaba: "¡Maria Cross está encaprichada de mí!" Repetía como si no pudiera creer en su suerte: "¡Maria Cross está encaprichada de mí!"

Aspiraba la tarde como si la esencia del universo hubiese estado contenida en ella, y él se sintiese capaz de acogerla en su cuerpo henchido. María Cross estaba encaprichada de él..., ¿Se lo diría a sus compañeros? Ninguno le creería. Aparecía ya la espesa cárcel de hojas donde los miembros de una sola familia vivían tan confundidos y separados entre ellos como los mundos que forman la Vía Láctea.

¡Ah!, esa jaula se hacía pequeña para contener su orgullo en esa tarde. La contorneó, y se hundió en un espeso bosque de pinos, el único que no estaba cerrado y al cual llamaban el Bois de Berge. La tierra sobre la cual se acostó estaba más caliente que un cuerpo. Las agujas de pinos cavaron signos en las palmas de sus manos.

Cuando entró en el comedor, su padre cortaba las páginas de una revista y respondía a una observación de su mujer:

—No leo: miro los títulos.

Nadie pareció escuchar el saludo de Raymond, salvo su abuela :

—¡Ah!: ahí viene mi briboncillo... Y al pasar al lado de su silla, lo retuvo y atrajo hacia ella:

—Hueles a resina.

—Estuve en el Bois de Berge.

Lo midió con la mirada, complaciente, y masculló en un tono de ternura, este insulto: —¡ Canalla!

Sorbía su sopa produciendo mucho ruido, como un perro. ¡Qué pequeña le parecía toda esa gente! Él planeaba en el sol. Sólo su padre le parecía cercano. ¡ Conocía a María Cross! Había estado en su casa, la había cuidado, la había visto en cama, había apoyado la cabeza contra su pecho y su espalda... ¡María Cross, María Cross! Ese nombre lo ahogaba como si fuera un coágulo de sangre; sentía en su

boca su dulzura cálida y salada, y en fin, la tibia marea de ese nombre hinchó sus mejillas, y escapó afuera:

—Esta tarde vi a María Cross.

El doctor lo miró con una mirada fija. Le preguntó:

—¿Cómo supiste que era ella?

—Estaba con Papillon, el cual la conocía de vista.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó Basque—. ¡Raymond hizo una conquista!

Una niñita repitió:

—Sí, sí, ¡Raymond tontón hizo una conquista! Movía sus hombros rezongando. Su padre desvió los ojos, e hizo una pregunta:

—¿Estaba sola?

Y como Raymond respondió: "Sola", el doctor empezó de nuevo a cortar las páginas. La señora Courrèges, sin embargo, agregó:

—Es curioso que esas mujeres os interesen más que las otras. ¿Qué puede haber de extraordinario en ver pasar a esa criatura? Cuando era camarera ni siquiera la habrías mirado.

El doctor la interrumpió:

—Pero, ¡vamos!, ¡no ha sido nunca camarera!

—Por lo demás — proclamó Madeleine bruscamente —, no habría tenido por qué avergonzarse de aquello: ¡muy al contrario!

Y como la criada acababa de salir llevándose un plato, interpeló a su madre con acritud:

—Se diría que adrede indispones a los sirvientes, que los hieres. Irma, precisamente, es tan susceptible.

—Es increíble... Hay que ponerse guantes ahora...

—Trata a tus sirvientes como lo deseas; pero no hagas que se vayan los sirvientes de los demás..., especialmente cuando los obligas a servir la mesa.

—Como si te preocuparas tanto de Julie..., tú, que tienes fama de no saber conservar un sirviente... Todo el mundo sabe que cuando los míos se van se debe a los tuyos...

La llegada de la criada interrumpió el debate, que prosiguió en sordina desde el momento en que ella regresó al repostero. Raymond observaba con complacencia a su padre: si Maria Cross hubiera sido camarera, ¿existiría aún ante sus ojos? De súbito, el doctor levantó la cabeza y sin mirar a nadie dijo :

—Maria Cross era hija de esa institutriz que dirigía la escuela de Saint—Clair cuando tu querido señor Labrousse era el cura de ese lugar, Lucie.

—¿Qué? ¿Esa arpía que lo hizo sufrir tanto?, ¿esa que prefería no ir a misa antes que no ocupar con sus alumnos los primeros bancos de la nave central ? ¡ Pues bien!: no me extraña. Quien lo hereda no lo hurta.

—Recuerdas — dijo la abuela Courrèges — que ese pobre señor Labrousse contaba que esa tarde de las elecciones en las cuales el marqués de Lur—Saluces fue derrotado por ese oscuro abogado de Bazas, la institutriz vino con toda su pandilla a burlarse de él bajo las ventanas del presbiterio, y de tanto lanzar bombas en honor del nuevo diputado, tenía las manos negras de pólvora...

—¡ Qué buena gente es ésa!

Pero el doctor no las escuchaba, y en lugar de subir, como siempre lo hacía por la tarde, a su gabinete, siguió a Raymond hasta el jardín.

El padre y el hijo deseaban conversar esa tarde. Una fuerza independiente de su voluntad los aproximaba como si ambos escondiesen un mismo secreto. Así se buscan y se reconocen los iniciados. Los cómplices. Cada uno descubría en el otro al único ser con el cual podía conversar de aquello que más les importaba en el

mundo. Como dos mariposas separadas por kilómetros de distancia se reúnen sobre la caja donde se encierra la hembra oliente, también ellos habían seguido las extravagantes rutas de sus deseos, y posábanse uno al lado de otro sobre Maria Cross invisible.

—¿Tienes un cigarrillo, Raymond? He olvidado el gusto del tabaco... Gracias... ¿Damos una vuelta?

Se escuchaba a sí mismo con estupor, semejante a una persona que haya sido objeto de un falso milagro y que ve de súbito volver a abrirse la llaga que creía curada. Esa mañana misma, en el laboratorio, experimentó ese alivio que fascina al feligrés después que ha sido absuelto; buscaba en su corazón el lugar de su pasión, y no lo encontró.

¡Con qué solemne y sentencioso acento habíase dirigido a Robinson, a quien una corista de los Bouffes, durante la primavera, había distraído algunas veces de su trabajo! “Amigo mío, el sabio que posee el amor de la investigación y que tiene la ambición de hacerse un hombre, mirará siempre como tiempo perdido los minutos entregados a la pasión...” y como Robinson echara atrás sus cabellos rebeldes y limpiara los cristales de sus gafas sobre la blusa quemada por los ácidos, protestando:

—De todos modos, el amor...

—No, querido, en el verdadero sabio es imposible que, salvo eclipses pasajeros, la ciencia no gane al amor. Siempre le quedará el rencor de las satisfacciones más altas que hubiera tenido si todo su ardor hubiérase concentrado en la meta científica.

—Es verdad —había respondido Robinson— que la mayor parte de los grandes sabios fueron seres sexuales; en realidad no conozco ninguno que haya sido un verdadero apasionado.

El doctor comprendió esa tarde por qué esta aprobación de su discípulo lo había hecho sonrojarse. Bastó una palabra de Raymond: "Vi a María Cross" para que en él se removiera la pasión que creyera muerta. ¡ Ah! : sólo estaba dormida... una palabra la había despertado, la alimentaba; y he aquí que la pasión se estira, bosteza y se endereza. A falta de poder estrechar lo que desea, se hartará con palabras. Sí: cueste lo que cueste, el doctor hablará de María Cross.

Reunidos por el deseo de alabar juntos a María Cross, el padre y el hijo, a partir de las primeras palabras, no se entendieron: Raymond sostenía que una mujer de esa envergadura sólo podía causar horror a tímidos devotos: él la admiraba por su audacia, por su ambición sin frenos, por toda una vida disoluta que él imaginaba. El doctor replicó que nada tenía de cortesana y que no había que creer en lo que el mundo decía:

—¡ Conozco a María Cross! Puedo decir que durante la enfermedad de su pequeño Francois, y después de ella, fui su mejor amigo... Me hizo confidencias.

—¡ Pobre papá! ¡ Cómo se ha reído de ti!, ¿no? El doctor hizo un esfuerzo, se dominó, y respondió con calor:

—No, pequeño: ella confiaba en mí con una humildad extraordinaria. Si hay un ser en el mundo del cual se puede decir que sus actos no la caracterizan, es María Cross. Se perdió por una indolencia incurable. Su madre, institutriz de Saint—Clair, la hizo prepararse para ser maestra, pero su matrimonio con un médico ayudante del 144 interrumpió sus estudios. Durante sus tres años de matrimonio, no hubo nada que decir de ella, y si su marido hubiese vivido sería la más honrada y la más anónima de las mujeres. El sólo le reprochaba esa indolencia que la hacía incapaz de interesarse en su

casa. Gruñía un poco, decía ella, cuando, al volver a casa, sólo podía comer un plato de fideos recalentado en una lámpara de alcohol. Prefería leer todo el día, en una bata de casa que estaba rota, sus pies desnudos en las zapatillas. ¡ Esta supuesta cortesana!: supieras tú cómo se ríe del lujo. Mira, no hace mucho tiempo aún decidió no usar más la berlina que le había dado Larousselle, y coge el tranvía como todo el mundo... ¿Por qué te ríes? No veo que tenga nada divertido lo que te acabo de decir..., pero no te rías así: es enervante... Cuando se encontró viuda con un hijo, y teniendo que trabajar, imagínate cómo se sentiría de desvalida esta "intelectual"... Para desgracia suya, una amiga de su marido la hizo entrar como secretaria donde Larousselle. María no tenía doble intención; pero, despiadado con sus empleados, Larousselle, sin embargo, no le hizo jamás ninguna observación, a pesar de que ella llegaba con retraso y no trabajaba mucho; eso bastó para comprometerla; cuando ella se dio cuenta, era tarde para actuar... para todo el mundo era la "amiga del jefe"... y la hostilidad de ellos le hacía la vida imposible. Ella se lo advirtió a Larousselle, el cual sólo esperaba ese momento. Ofrecióle a la joven, hasta que encontrara otra ocupación, la vigilancia de una propiedad que tenía en las puertas de Burdeos, la cual no había podido o no había querido arrendar ese año...

—¿Y esa proposición le pareció muy inocente?

—Evidentemente: no. Vio muy bien adonde quería llegar; pero la pobre debía pagar un arriendo demasiado elevado para sus medios, y por otra parte, el pequeño Francois padecía una gastroenteritis y el médico juzgaba indispensable que viviese en el campo. Por fin, sintiéndose tan comprometida, no tuvo el coraje de renunciar a tal ventaja. Se dejó violentar.

—No hay duda de que fue así.

—No sabes de lo que estás hablando. Resistió largo tiempo. ¿Y qué? No pudo prohibir a Larousselle que éste llevara invitados por las tardes; fue débil, inconsecuente, al aceptar presidir esas comidas, lo reconozco. Pero esas famosas comidas de los martes, esas supuestas orgías: sé cómo se realizaron... Eran sólo escandalosas porque en ese momento el estado de salud de la señora Larousselle empeoraba. Te juro que Maria ignoraba entonces que la mujer de su jefe estuviese en peligro. "No tuve conciencia del mal que causaba", me decía, "hasta entonces no había concedido nada al señor Larousselle, ni siquiera un beso, nada. ¿Era reprochable presidir esa mesa de imbéciles?... No hay duda que de todas maneras me sentía como embriagada de lucirme ante ellos... jugaba a ser la "intelectual", sentía que el jefe estaba orgulloso de mí... Prometió ocuparse del niño..."

—¿Y te hizo tragar eso?

¡ Qué candido era su pobre padre! Pero le dolía por encima de todo que redujera a Maria Cross a las proporciones de una pequeña institutriz, honrada y blanda, de estropearle su conquista.

—Ella se entregó a Larousselle después de la muerte de su mujer, por cansancio, por una especie de desgana desesperada. Sí, esa es la palabra, y ella la encontró: *desgana desesperada*. Por lo demás, no teniendo ya ilusiones, lúcida, no creyó ni en sus simulacros de viudo inconsolable ni aun en su vagas promesas de desposarla un día. Conocía demasiado a esos señores, decía ella, para conservar, sobre ese punto, muchas ilusiones. Como amante, ella lo honraba ; ¡ pero como esposa! Sabes que Larousselle puso al pequeño Bertrand en el Collège de Normandie, para que el niño no se viera expuesto un día a encontrarse con Maria Cross. En el fondo la considera de la misma raza de golfillas con las que la engaña todos los días. Por lo demás, su



intimidación física se reduce a muy poco, lo sé, estoy seguro; eso, mi pequeño, te lo garantizo. Aunque Larousselle esté loco por Maria, no es hombre para tenerla sólo de "adorno", como se piensa en Burdeos. Pero ella se le niega...

—¿Entonces, qué? Maria Cross, ¿es una santa?

No se veían; sin embargo, cada uno adivinaba la hostilidad del otro, a pesar de que hablaban a media voz. Reunidos durante un instante por ese nombre, Maria Cross, ese mismo nombre los volvía a separar. El hombre caminaba con la cabeza levantada; el adolescente miraba la tierra, y empujaba rabiosamente con el pie una piña de pino.

—Me encuentras muy tonto..., pero de los dos, pequeño, eres tú el más candido. Creer sólo en el mal es no conocer a los hombres. Sí, has dicho la verdad: en esa Maria Cross, de la cual conozco sus miserias, se esconde una santa... Sí, tal vez: una santa..., pero no puedes comprenderlo.

—¡Déjame que ría!

—Por lo demás, tú no la conoces, crees en los chismes. Yo, en cambio, la conozco.

—Y yo..., sé lo que sé.

—¿Qué sabes tú?

El doctor habíase detenido en medio de una avenida oscurecida por los castaños; apretaba el brazo de Raymond.

—¡Pero suéltame! Estoy de acuerdo en que Maria Cross se niegue a Larousselle, pero no existe sólo él...

—¡Mentiroso!

Raymond, estupefacto, murmuró: "¡Ah: no faltaba más!..." Tuvo una sospecha que, apenas nacida, se borró, o más bien se adormeció. Tampoco él podía introducir el amor en la imagen que se hacía de ese

padre, exasperante, por cierto, siempre entre cielo y tierra, siempre idéntico a como apareciera ante los ojos del joven: sin pasiones, sin pecado, inaccesible al mal, incorruptible, por encima de todos los otros hombres. Lo oyó jadear en las tinieblas. El doctor, entonces, hizo un esfuerzo sobrehumano, y repitió, en un tono casi alegre, como bromeando:

—¡ Sí, mentiroso! Guasón: quieres quitarme mis ilusiones. ..

Y como Raymond callase, agregó:

—Vamos: cuenta.

—No sé nada.

—Dijiste hace un momento: sé lo que sé.

Contestó que hablaba en el aire, con el tono de un hombre resuelto a guardar silencio. El doctor no volvió a insistir. No había forma de que ese hijo lo comprendiera, tan próximo a él sin embargo, apoyado contra él todavía; sentía su calor, su olor de animal joven.

—Me quedo... ¿No quieres sentarte un rato, Raymond? Por fin corre aire.

Aseguró que prefería dormir. Por algunos instantes siguió sintiendo los golpes que con el pie el adolescente daba a una piña de pino, y luego quedó solo bajo las espesas hojas colgantes, atento al grito ardoroso y triste que lanzaba hacia el cielo la pradera. Levantarse le significó un gran esfuerzo. La luz alumbraba aún en su despacho: "Lucie debe creer que estoy trabajando. ¡ Cuánto tiempo perdido! Tenía cincuenta y dos años; no: cincuenta y tres. ¿ Qué chismes podía ese Papillon haber...?" Paseó sus dos manos contra un castaño, en el cual, recordaba, Raymond y Madeleine habían grabado sus iniciales. Y repentinamente, después de rodearlo con sus brazos, puso contra la corteza lisa su mejilla y cerró los ojos; por fin se enderezó, y después

de haber sacudido sus mangas y arreglado a tientas su corbata, marchó a la casa.

En la avenida de las viñas, Raymond seguía jugando a golpear con el pie una piña de pino, las manos en sus bolsillos, mascullando:

"¡ Qué ingenuidad!, ¡ estas cosas ya no se ven!" ¡Ah!, él sí que estaría a la altura, no dejaría que le contaran cuentos. No pensaba en prolongar su dicha hasta los confines de esa pesada noche. Ni todas las estrellas, ni el olor de las acacias le hubiesen servido de nada. La noche de verano golpeaba en vano a ese macho joven, bien armado, seguro en ese momento de sus fuerzas, de su cuerpo, indiferente a todo lo que el cuerpo no pudiera poseer.

## CAPITULO SÉPTIMO

Trabajo, opio único. Cada mañana, el doctor despertaba curado, como si le hubiesen operado de aquello que lo roía; partía solo (mientras duraba el buen tiempo, Raymond no usaba el coche).

En pensamiento, habitaba ya el laboratorio; su pasión era un mal entumecido, del cual sólo tenía conciencia sorda; podía despertarla, si él lo hubiera querido: tocando el lugar sensible, estaba seguro de poder arrancarse un grito. Pero ayer, su hipótesis más querida había quedado anulada por un hecho, según le había asegurado Robinson: una larga serie de trabajos podían ser anulados. ¡Qué triunfo para X... que había denunciado a la Sociedad de Biología sus pretendidos errores técnicos!

La gran miseria de las mujeres consiste en que nada las aleja del oscuro enemigo que las roe. Mientras el doctor, ocupado con su microscopio, no sabe más de él mismo ni del mundo, prisionero como se encuentra de lo que está observando como un perro acecha su presa, María Cross extendida, con todas las persianas cerradas, espera ese minuto único, el de la cita, breve llama en su pálido día. Pero esa misma hora, ¡qué decepcionante es! Muy pronto habían tenido que renunciar a seguir juntos por el camino hasta llegar a la iglesia de Talence. María Cross precedía a Raymond y volvía a juntarse con él no lejos del colegio, en una avenida del Parque Bordelais; mantenía con ella una reserva mayor aún que la del primer día, y su torpeza recelosa terminó por convencer a María de que se trataba sólo de un niño, aunque a veces una risa, una alusión, una mirada podía haberla puesto

en guardia; pero deseaba conservar a su ángel. Con infinitas precauciones, como si se tratara de un pájaro salvaje y puro, se aproximaba a él de puntillas, conteniendo el aliento. Todo contribuía en ella a fortalecer esta falsa imagen: sus mejillas enrojecidas por una nadería, y esa jerga escolar y esos restos de infancia que cubrían ese cuerpo poderoso como un vapor. Estaba aterrorizada por aquello que no existía aún en Raymond y que ella pensaba descubrir; temblaba ante la inocencia de esa mirada y se reprochaba por haber despertado en ella un malestar, una inquietud. Nada le advertía que Raymond, frente a su presencia, pensaba sólo en el partido que debía tomar: ¿arrendar un departamento amueblado? Papillon conocía una dirección... pero eso era poca cosa para una mujer como esta. Papillon decía que en el *Terminus* se podía arrendar un cuarto por día; habría que informarse; pero Raymond había pasado y vuelto a pasar frente a la oficina del hotel sin atreverse a entrar en ella. Entreveía nuevas dificultades.

Maria Cross pensaba también, sin atreverse a decirlo, en llevarlo a su casa. Pero a ese niño huraño, a su pájaro salvaje, prohibíase ensuciarlo, aunque sólo fuese en pensamiento. Creía sólo que en el salón ahogado de tapices, en el fondo del jardín amodorrado, su amor se desparramaría por fin en palabras, que esa tempestad se convertiría en lluvia. No imaginaba nada fuera del peso de esa cabeza contra ella. El sería un cervatillo domesticado a fuerza de cuidado, y sentiría en sus palmas el hocico tibio... Divisaba una larga ruta y sólo quería conocer de ella las caricias más próximas, las más castas; no pensaba en etapas más ardientes, en ese bosque en que los seres que se aman apartan sus ramas para perderse en él... No, no, no llegaría tan lejos; ella no destruiría en ese niño aquello que la trastornaba de miedo y

adoración. ¿Cómo podía darle a entender, sin espantarlo, que él podía venir esa semana al salón ahogado en tapices y que había que aprovechar que el señor Larousselle viajaba por Bélgica?

El doctor, sentado a la mesa, observaba esa tarde a Raymond y lo miraba sorber su sopa; no ve a su hijo, sino al hombre que le dijo a propósito de Maria Cross: "Sé lo que sé." "¿Qué puede haber contado Papillon? Pardiez, ¿cómo dudar que un desconocido absorbió a Maria? Me obstino en esperar una carta: está demasiado claro que ella no desea verme más. Es señal de que ella se entrega a alguien... ¿a quién? No hay forma de acercarse al muchacho. Insistirle para que hable, sería traicionarme..." En ese momento su hijo se levanta sin contestar a su madre, que le grita: "¿Adonde vas?", y agrega:

—Va a Burdeos casi todas las tardes ahora. Sé que pide la llave del portón al jardinero y que vuelve a las dos de la mañana. Si vieras cómo contesta a las observaciones que le hago... Eres tú el que debe intervenir: ¡eres de una blandura!

El doctor sólo tiene fuerza para balbucear:

—La sabiduría consiste en cerrar los ojos.

Oye la voz de Basque: "Si fuera mi hijo, sabría enderezarlo..." A su vez el doctor se levanta y llega hasta el jardín. Si se atreviera a hacerlo, gritaría: "Nada existe para mí fuera de mi tormento." No pensamos nunca que muchas veces son las pasiones de los padres las que generalmente los separan de sus hijos.

Entró, sentóse ante su mesa, abrió un cajón y tomó un paquete de cartas, releyó aquellas que Maria le escribía hace seis meses: *Ya nada me retiene a la vida sino el deseo de ser mejor... Poco me importa que esto se realice en secreto y que el mundo siga señalándome con el dedo; acepto el oprobio...* El doctor olvida que en esa época tanta virtud

lo desesperaba y que su martirio consistía en que sus relaciones se hubiesen establecido en lo sublime y rabiaba por tener que salvar a aquella con quien era tan dulce perderse. Se imagina la burla de Raymond al leer esta carta, se indigna de ella, protesta a media voz como si no estuviera solo: "¿Afectación?" : es el modo de expresarse el que es siempre en ella demasiado literario... pero en la cabecera de su pequeño Francois moribundo, ¿era también afectación ese dolor tan humilde, esa aceptación del sufrimiento, como si, a través de los conceptos kantianos inculcados por su madre, toda la vieja herencia mística le hubiese llegado intacta?... Ante el pequeño lecho cubierto de nardos (¡ cuánta soledad alrededor del cadáver!) se acusaba, golpeábase el pecho, gemía diciendo que todo estaba bien así, alegrábase de que el niño no hubiese tenido tiempo de sentir vergüenza de ella. Aquí intervenía el científico : "Es verdad que era sincera, pero de todas maneras mezclábase a tanta grandeza cierta satisfacción — sí, ella satisfacía su gusto por la actitud—." Maria Cross había buscado siempre las situaciones románticas: ¿ acaso no se le había metido en la cabeza tener una entrevista con la señora Larousselle moribunda? Al doctor le había costado mucho hacerle entender que esa clase de encuentros sólo resultaban en el teatro. Tuvo que aceptar, sin embargo, defender la causa de la amante frente a la esposa, y de ese modo consiguió traerle a Maria la seguridad de que había sido perdonada.

El doctor, habiéndose aproximado a la ventana e inclinándose en la semioscuridad se dedicó a analizar el rumor nocturno: un rechinar continuo de los grillos y langostas, una rana que croa, dos sapos, las notas interrumpidas de un pájaro que posiblemente no era un ruiseñor, el último tranvía. "Sé lo que sé", había dicho Raymond. ¿Quién ha

podido gustarle a María Cross? El doctor pronuncia nombres, los rechaza. Esa gente le causaba horror, ¿pero quién no le causaba horror? "Recuerda lo que te confesó Larousselle, el día que vino a tomarse la presión." "Dicho entre nosotros, a ella no le gusta eso... ¿usted me comprende, no? Lo soporta cuando soy yo, porque se trata de mí... Era para morirse de risa, en los primeros tiempos, cuando yo reunía en casa a esos caballeros. Todos andaban detrás de ella: me lo esperaba: cuando un amigo nos presenta a su amante, pensamos ante todo en robársela, ¿no? Me decía a mí mismo: sigan, sigan, monigotes; rápidamente eso terminó: los puso a todos en su lugar. Nadie en el mundo conoce menos los asuntos amorosos que María y a nadie tampoco le causan menos placer; lo digo porque lo sé." ¡Es una inocente, doctor! Más inocente que la mayoría de las bellas y honradas señoras que la desprecian. Y Larousselle había agregado: "Como María no se parece a ninguna otra mujer, siempre estoy temiendo que en mi ausencia tome una decisión absurda; pasa soñando el día entero; sólo sale para ir al cementerio... ¿No cree usted que está influida por algún folletín?"

"Sí, tal vez un folletín, piensa el doctor; no, yo lo habría sabido.

¡ Una novela puede trastornar la vida de un hombre, y ni eso siquiera! Aunque hubo casos... pero, ¿ una mujer? ¡ Vamos! Nos perturbamos profundamente tan sólo por lo que vemos, por aquello que es sangre y carne. ¿Un folletín?" Negó con la cabeza. Folletín despertaba en su espíritu la palabra "cabra montes"; y vio alzarse, al lado de María Cross, una pata de cabra<sup>1</sup> .

---

<sup>1</sup> . Juego de palabras intraducible: bouquin significa "folletín" y también "macho cabrío"; y bouquetin quiere decir "cabra montes". (N. de U T.)



Los gatos maullaban largamente en la hierba. Un paso hizo crujir las piedrecillas de la avenida; se abrió una ventana : Raymond volvía sin duda. Luego el doctor oyó que caminaban por el corredor; golpearon a su puerta; era Madeleine.

—¿Duermes, papá? Vengo debido a Catherine: tiene una tos ronca... le empezó bruscamente... tengo miedo de que sea crup.

—No; el crup no empieza así. Voy.

Poco después, al salir del cuarto de su hija, el doctor experimentó un dolor en el costado izquierdo, llevó la mano a su corazón quedándose inmóvil contra el muro del corredor, en la noche; no llamó; pero en forma lúcida escuchó el diálogo de los Basque tras la puerta:

—Qué quieres que te diga, es un sabio, estamos de acuerdo ; pero su ciencia lo ha transformado en un escéptico; ya no cree en los remedios; ¿cómo se puede curar sin los remedios ?

—Nos asegura que no es nada. Ni siquiera falso crup.—No te equivoques, a su clientela le habría recetado, de todas maneras, algo. Con su familia no disimula, no se prodiga demasiado. A veces resulta molesto no poder llamar a ningún otro médico.

—Sí, pero es bien agradable tenerlo siempre a mano por la noche. Cuando el pobre hombre ya no esté aquí no dormiré tranquila debido a las niñas.

—¡ Tendrías que haberte casado con un médico!

Una risa fue ahogada por un beso. El doctor sintió que se soltaba la mano que le apretaba el corazón, y se alejó a pasos quedos. Se acostó y no pudo soportar la posición tendida; permaneció sentado en la cama en medio de las tinieblas. Todo era silencio, salvo el crujido de las hojas... "¿María amó alguna vez? Recuerdo ciertos caprichos... por ejemplo, la pequeña Gaby Dubois a la cual pretendía hacer que

rompiera con Dupont—Gunther... Pero esa era otra pasión al estilo sublime... Debe de haber tenido, entre sus antepasados, un apóstol del cual heredó el gusto por salvar almas. ¿ Quién, pues, me decía a propósito de eso, que Gaby había contado horrores sobre Maria?... Recuerdo algunas otras chifladuras que tuvo... Tal vez algo de "eso" en el caso de ella... Me he fijado que las personas demasiado sublimes... ¡Está amaneciendo ya!"

Rechazó la almohada, se extendió con cuidado para que su organismo no sufriera, y luego se durmió.

## CAPITULO OCTAVO

—¿Qué tendré que decirle al jardinero?

En una desierta avenida del Parc Bordelais, Maria Cross trataba de que Raymond se decidiera a visitarla en su casa: no había temores de que allí pudiera encontrarse con nadie. Insiste y tiene vergüenza de insistir, se siente corruptora a pesar de ella misma. ¿Cómo no iba a ver Maria en esa manía del chico — podía en otros tiempos pasar y volver a pasar frente a una tienda, sin atreverse a entrar en ella — la señal sin dobles intenciones de una alarma? Por ello, replicó :

—Por favor, Raymond, no vaya usted a creer que yo quiera... no vaya a imaginar...

—Me molesta tener que pasar ante el jardinero.

—Pero si le digo que no hay jardinero. Vivo en una propiedad vacía; el señor Larousselle no logra arrendarla; me puso allí como cuidadora.

Raymond soltó la risa:

—¡ Es usted la jardinera, entonces!

La joven dobla los hombros, esconde el rostro, balbucea :

—Todas las apariencias me abruma. Nadie está obligado a saber que acepté de buena fe la ocupación. Francois necesitaba el aire del campo...

Raymond conocía el estribillo, y se dijo a sí mismo: "Sigue hablando." La interrumpió:

—Entonces usted dice que no hay jardinero... Pero los sirvientes...

Lo tranquilizó: el domingo le daba permiso a Justine, su única criada; era esposa de un chófer que venía por la noche a dormir para

que hubiera un hombre en casa; los alrededores no son seguros; pero el domingo por la tarde, Justine salía con su marido. Raymond no tendría más que entrar; atravesaría el comedor a la izquierda; el salón se encontraba al fondo.

Raymond cava la arena con su talón, absorto; tras los ligustros, rechinan los balancines; una vendedora les ofrece panecillos polvorientos, bastoncillos de chocolate envueltos en papel amarillo. Raymond dice que no ha merendado y le compra un *croissant* y un chocolate con almendras. En ese minuto, ante ese chico que rompe el pan de su merienda, Maria conoce su inexorable destino: nada hay de turbio en el nacer de sus deseos; sin embargo, todos sus actos ofrecen una apariencia monstruosa. Cuando en el tranvía esa figura empezaba a ser el descanso de sus ojos, ella no pensaba en nada malo: ¿por qué había de resistirse a una ternura tan poco sospechosa? Por lo demás, un ser que tiene sed, no desconfía de la fuente que encuentra. "Si quiero recibirlo en mi casa, es porque en la calle, en el banco de un jardín público, no podría conocer su secreto... No obstante, visto por fuera, sólo aparece eso: una mujer de veinte y siete años, una mujer mantenida atrae a su casa un adolescente: el hijo del único hombre que ha confiado en ella y que jamás le ha tirado una piedra..." Después de que se hubieron separado, un poco antes de la Croix—de—Saint—Genes, pensaba todavía: "Quiero que venga, pero no para mal, no para mal: ese pensamiento me da náuseas. Sin embargo él desconfía, ¿y cómo no había de desconfiar? Todos mis actos tienen un lado inocente vuelto hacia mí y un lado abominable vuelto hacia el mundo. Pero tal vez es el mundo el que está en la razón..." Pronunció un nombre, luego otro... Si ella era despreciada por actos en los cuales su voluntad no

había intervenido, recordó otros realizados en secreto, que sólo ella conocía...

Empujó el portón que abriría Raymond el domingo por primera vez; remontó la avenida llena de hierbas (no hay jardinero). El cielo estaba tan cargado que era increíble que las nubes no reventasen: cielo que parecía descorazonado por la sed universal. Las hojas colgaban marchitas. La criada no había cerrado las persianas; gruesas moscas chocaban contra los plintos. Maria sólo tuvo fuerzas para lanzar su sombrero sobre el piano; sus zapatos ensuciaron el diván: no había otro gesto que hacer salvo fumar un cigarrillo. ¡Ah!, pero también existía eso: esa molicie de su cuerpo a pesar de una imaginación febril. ¡Cuántas tardes perdidas en este lugar, el corazón enfermo de tanto fumar! ¡Cuántos planes de evasión, de purificación, preparados y destruidos! Tendría que, en primer lugar, haberse levantado, haber hecho diligencias, haber visto gentes... "Pero si renuncio a enmendar mi vida exterior, sólo me queda permitirme aquello que mi conciencia no repruebe o no la inquiete. Así ese chico Courrèges..." Ya se sabía, sólo lo atraía hacia ella por esa dulzura que ya había conocido en el tranvía de las seis: sentirse reconfortada por una presencia, por una triste y unida contemplación; pero en su casa esa contemplación sería más cercana que en el tranvía y más a su gusto. ¿Nada más que eso? ¿Nada más que eso? Cuando la presencia de un ser nos conmueve, nos estremecemos pronto a pesar de nosotros con las posibles prolongaciones, con las indefinidas perspectivas que nos perturban. "Me habría cansado pronto de contemplarlo, si no hubiera sabido que respondía a mis manejos y que un día intercambiaríamos palabras... No imagino, pues, nada entre nosotros en ese salón, sino un cambio de palabras confiadas, de cariños maternos, de tranquilos besos; pero

ten el valor de confesarte que presientes, más allá de esa dicha pura, una zona prohibida y a la vez abierta: nada de fronteras que franquear, un campo libre para hundirse poco a poco en él, unas tinieblas donde desaparecer como por casualidad... ¿ Y después?, ¿quién nos prohíbe la felicidad?, ¿no podría hacer feliz a ese chico ?... Este es el punto en que empiezas a engañarte: es el chico del doctor Courrèges, ese santo doctor... ¡El ni siquiera admitiría que se le planteara la pregunta ! Le decías un día, riendo, que dentro de él la ley moral resplandecía igual que el cielo estrellado sobre nuestras cabezas..."

Maria oyó caer gotas sobre las hojas, un ruido de tempestad indecisa, cerró los ojos, se recogió, concentró su pensamiento en el rostro querido del joven tan puro (que ella quería que fuera puro) y, que, sin embargo, en ese minuto apresura el paso, huye del mal tiempo y piensa: "Papillon dice que es mejor apresurar las cosas" ; dice : "Con esas mujeres, sólo resulta la brutalidad, no les gusta más que eso..." Perplejo, miraba retumbar el cielo y de súbito echó a correr, su esclavina sobre la cabeza, tomó el camino más corto, saltó un macizo, tan ágil como una cabra montes.

La tempestad se alejaba, pero él permanecía ahí y el propio silencio lo delataba. Entonces, Maria Cross, sintió nacer en ella una inspiración, de la que estaba segura, no había que desconfiar; levantóse, se sentó a la mesa y escribió : *No venga el domingo, definitivamente ni el domingo ni nunca. Es por su bien por lo que consiento en este sacrificio...* Debía haber firmado ahí, pero un demonio la hizo agregar una página más: *Usted ha sido la única dicha de una vida perdida y atroz. En nuestros retornos durante el invierno, yo reposaba en usted y usted no lo sabía. Pero ese rostro era sólo el reflejo de un alma que yo deseaba poseer: no ignorar nada suyo, ser la respuesta de sus*

*inquietudes, apartar las ramas frente a sus pasos, llegar a ser para usted más que una madre, mejor que una amiga... He soñado eso... pero no depende de mí ser otra persona... Usted respiraría a pesar suyo, a pesar mío, la atmósfera corrompida donde me ahogo...* Escribió largo rato todavía. La lluvia caía y no se escuchaba otro ruido sino el correr de ella. Cerraron las ventanas. Los granizos retumbaron en el atrio. Maria Cross tomó un libro; pero estaba demasiado oscuro a causa de la tempestad; no se encendieron las lámparas. Entonces, ella se sentó frente al piano; tocaba inclinada hacia delante, como si su cabeza se sintiera atraída por sus manos.

Al día siguiente, viernes, Maria experimentó una confusa alegría al ver que la tempestad había empeorado el tiempo y pasó todo el día en bata, leyendo, escuchando música y holgazaneando; trató de recordar cada término de su carta, imaginando cuál sería la reacción del pequeño Courrèges. El sábado, después de una tarde muy pesada, empezó de nuevo a llover, y Maria supo el motivo que le producía tanto placer: el mal tiempo sería un pretexto para no salir el domingo, como había sido su primera intención: si el pequeño Courrèges acudía a la cita a pesar de la carta, ella estaría allí.

Habiéndose alejado un poco de la ventana después de ver cómo chorreaban las gotas en la avenida, habló con voz firme, como comprometiéndose solemnemente: "Haga el tiempo que haga, saldré."

¿Hacia dónde iría? Si Francois hubiese estado vivo lo habría llevado al circo... Algunas veces iba al concierto y ocupaba un palco para ella sola o más bien un palco de platea; pero el público la reconocía rápidamente: adivinaba su nombre en el movimiento de sus labios; los gemelos la entregaban, próxima e indefensa, a ese mundo enemigo. Una voz decía: "No se puede negar, esas mujeres saben vestirse. —

Con tanto dinero no es difícil —. Y además esas mujeres sólo se preocupan de su cuerpo." Algunas veces, un amigo del señor Larousselle dejaba el palco del Club y venía a saludarla; volviéndose a medias hacia la sala, reía alto, orgulloso de hablar en público con Maria Cross.

Pero fuera del concierto de Saint—Cécile, no había vuelto a ir a ninguna parte, aún estando vivo Francois, después que unas mujeres la habían insultado en el Music—Hall. Las amantes de esos caballeros la odiaban, porque jamás había aceptado el trato de ellas. Una sola mujer durante algunos días, esa Gaby Dubois, le pareció que era "un alma noble" después de intercambiar algunas palabras en el Lion—Rouge, adonde Larousselle la había arrastrado.

El champaña era causante en gran parte de la efervescencia espiritual de esa Gaby. Las dos jóvenes se habían visto todos los días durante dos semanas. Maria Cross con paciente ira había tratado vanamente de romper los lazos que ataban a su amiga a otros seres. En una "matinée" del Apolo —adonde había ido a dar en el colmo del aburrimiento, y después de la ruptura con su amiga, siempre solitaria, pero que atraía hacia ella la atención de toda la sala— escuchó cómo brotaba de una fila de butacas que estaban al lado de su palco, la risa aguda de Gaby, otras risas, jirones de insultos proferidos a media voz: "Esta golfa que se cree emperatriz... esta... lo hace por virtud..." Le parecía que no era capaz de distinguir ya ningún perfil en la sala: todos eran rostros de bestias que la miraban a ella. Por fin el teatro volvió a la oscuridad, y como todos los ojos estaban pendientes de una bailarina desnuda, pudo huir.

No quiso volver a salir nunca más sin el pequeño Francois. Hacía un año ya que Francois no estaba; sin embargo, sólo él podía todavía



atraerla hacia fuera; esa piedra no más grande que el cuerpo de un niño, a pesar de que, para llegar hasta ella, había que seguir la avenida que llevaba una indicación: cuerpo adultos. Pero en la ruta que conduce al niño muerto, tuvo que encontrar ese niño vivo. El domingo por la mañana un fuerte viento: no se trataba de aquellos que sólo balancean las copas de los árboles, sino de esos soplos poderosos del sur y del mar que, en un esfuerzo inmenso, arrastran todo un paño tenebroso de cielo. Sólo un abejaruco hacía sensible a Maria el silencio de miles de pájaros. Tanto peor: no saldría: el pequeño Courrèges había recibido su carta; conociendo su timidez, estaba segura de su obediencia. Si ella no le hubiera escrito, sin duda no se habría atrevido a franquear el portón. Se sonrió porque lo imaginaba cavando con su talón en la avenida y repitiendo con aire obstinado: "¿Y el jardinero?" Durante su desayuno solitario, escuchó la tempestad que se aproximaba. Los caballos alados del viento corrían con locura habiendo ya terminado su tarea, y piafaban entre las ramas. Habían traído sin duda sobre el río, y desde el fondo del Atlántico roto, prudentes golondrinas y gaviotas que jamás se posan; hasta sobre ese arrabal se hubiese dicho que el soplo del viento traspasaba las nubes con la lividez de las algas, y salpicaba las hojas con una espuma amarga. Inclineda sobre el jardín, Maria sintió sobre sus labios ese sabor salado. No vendría; aun en el caso de que ella no le hubiese escrito, ¿cómo podría salir él con un tiempo semejante? Habríase angustiado pensando en que no venía. ¡ Ah, más valía esta seguridad, esta certeza de que él no vendría! Sin embargo, ¿por qué si ella no espera abre el trinchante del comedor y se asegura de que hay oporto? Al fin la lluvia crepitó, compacta, atravesada por el sol. Maria abrió un libro, leyó sin entender, volvió a empezar la página pacientemente, vanamente;

sentóse al piano, pero sin tocar fuerte, de manera que no pudiera dejar de oír el ruido de la puerta de entrada. Tuvo tiempo de decirse, para no desfallecer: "Es el viento; tiene que ser el viento." A pesar del ruido de los pasos titubeantes en el comedor, no tuvo fuerzas para levantarse, y ya él se encontraba allí, embarazado con su sombrero que chorreaba. No se atrevía a dar un paso. No osaba llamarlo, aturdida por el tumulto que sentía en ella: una pasión que ha roto su dique y arremete en busca de un furioso desquite, invadiendo, en un segundo, todo, y llena totalmente la capacidad del cuerpo y del alma, recubriendo las cimas y las hondonadas. Sin embargo, ella decía, con severidad, palabras vulgares:

—¿No ha recibido mi carta?

Raymond se turbó. ("Quiere manejarte", le había repetido Papillon. "No la dejes maniobrar; llega con las manos en los bolsillos.") Pero ante ese rostro que creyó lleno de cólera, Raymond bajó la cabeza como un niño castigado. Y Maria, estremeciéndose, como si hubiese retenido entre los muros del salón ahogado de tapices un cervatillo asustado, no osaba hacer ningún gesto.

Había venido, a pesar de que ella había hecho todo lo posible para dejarlo. Ningún remordimiento envenenaba su dicha, y podía entregarse por entero a ella. Frente al destino, que, por fuerza, le entregaba al adolescente para cuidarlo, ella aseguraba que sería digna de ese don. ¿Qué había temido? En ese momento, no existía nada en ella que no fuera el amor más noble, y la prueba estaba en las lágrimas que rechazaba, pensando en Francois; habría sido un muchachote semejante a ese en pocos años más... No sabía que la mueca para retener sus lágrimas había sido interpretada por Raymond como un gesto de mal humor, tal vez de cólera. Sin embargo, ella decía:

—Pensándolo bien, ¿por qué no? Hizo bien en venir.

Deje su sombrero sobre una silla. No importa que esté mojado: ese terciopelo de Genes ha pasado por cosas peores... ¿Un poco de oportu? ¿Sí? ¿No? Es sí. Y mientras bebía, ella decía:

—¿Por qué escribí esa carta? Ni yo misma lo sé... Las mujeres tenemos algunas chifladuras... Por lo demás, sabía que usted vendría de todas maneras.

Con el reverso de su mano, Raymond secó sus labios.

—Sin embargo, casi no vine. Me decía a mí mismo: habrá salido... Quedaré como un idiota.

—Casi no salgo, desde que llevo luto... ¿No le he hablado nunca de mi pequeño Francois?

Francois llegaba de puntillas, como si estuviera vivo. De igual modo, su madre tal vez lo hubiera retenido para romper una conversación a solas peligrosa. Raymond veía en ello una comedia para inspirarle respeto; por el contrario, Maria sólo pensaba en tranquilizarlo, y muy lejos de temerle, se creía ella temible. Por lo demás no era ella quien había recurrido al niño muerto; el pequeño se había impuesto solo, como aquellos que escuchan la voz de su madre en el salón y entran sin golpear. Ya que el niño está ahí, ¿no es acaso la señal de que no hay nada de impuro en todo esto? ¿Por qué te turbas, pobre mujer? El pequeño Francois se encuentra de pie contra tu sillón, sonrío, no enrojece.

—¿Debe de hacer ya más de un año que murió? Recuerdo perfectamente el día del entierro... Mamá hizo una escena a mi padre...

Se interrumpió; hubiera querido volver sobre sus palabras.

—¿Por qué una escena? ¡Ah! sí... comprendo... Ni siquiera ese día tuvieron piedad...

Levantóse, Maria tomó entonces un álbum y lo puso sobre las rodillas de Raymond:

—Quiero mostrarle estas fotografías. Su padre es el único que las conoce. Aquí tiene un mes, en los brazos de mi marido; a esa edad no tienen forma de nada; pero para su mamá, sí la tienen. Mírelo a los dos años, riendo con un globo entre sus brazos. Ahí estamos en Salies: estaba ya muy débil; había tenido que gastar parte de mi escuálido capital para pagar esa estancia; pero encontré allí un doctor, con tanta caridad, tanta bondad... Se llamaba Casamayor... Es él quien sujeta por las riendas al asno...

Inclinada sobre Raymond para volver las páginas, no veía el rostro furioso del muchacho que no podía moverse, las rodillas aplastadas por el álbum. Jadeaba, temblaba de violencia contenida.

—Aquí tenía seis años y medio, dos meses antes de su muerte. Se había repuesto bastante, ¿no es verdad? Me he preguntado siempre si no lo hice trabajar demasiado. Su padre me asegura que no. A los seis años, leía todo lo que caía en sus manos, aun aquellas cosas que no entendía. De tanto vivir con una persona grande...

Decía: "Era mi compañero, mi amigo..." porque en ese minuto identificaba totalmente lo que Francois había sido realmente para ella con lo que había esperado de Francois.

—Me hacía ya preguntas. ¡ Cuántas noches pasé angustiada, pensando que algún día tendría que explicarle!... Y si hay un pensamiento que me ayuda a vivir hoy día, es que él se fue sin saberlo... que no supo... que no sabrá jamás...

Habíase enderezado, sus brazos pendían; Raymond no osaba levantar los ojos, pero escuchaba cómo se estremecía ese cuerpo. Aunque estaba emocionado, dudaba de ese dolor, y más tarde, cuando

iba por el camino, tenía que repetirse : "Ella misma se sugestionaba con su comedia... le gusta mostrar el cadáver... Pero, ¿y sus lágrimas?" Estaba turbado con la idea que tenía de ella; el adolescente se hacía de las "mujeres malas" una imagen teológica, conforme a aquella que le habían formado sus maestros, a pesar de que él se creía inmune a su influencia. María Cross lo rodeaba como un ejército formado en combate; los anillos de Dalila y de Judit tintineaban en sus tobillos; creía capaz de cualquier traición, de cualquiera mentira a aquella de quien los santos han temido la mirada como temen la muerte.

María Cross le había dicho: "Vuelva cuando quiera, estoy siempre aquí." Llena de lágrimas, tranquilizada, lo había seguido hasta la puerta, sin ni siquiera darle otra cita. Después que él hubo partido, sentóse cerca del lecho del pequeño Francois; llevaba su dolor como un niño dormido en sus brazos. Experimentaba una paz que tal vez era una decepción. Ignoraba que no siempre sería socorrida; no, los muertos no socorren a los vivos: en vano los hemos invocado en el borde del abismo; su silencio, su ausencia son cómplices.

## CAPITULO NOVENO

Mejor habría sido para Maria Cross que esta primera visita de Raymond no le hubiera dejado tal sensación de seguridad, de inocencia. Se sentía admirada de que todo hubiera pasado tan simplemente: "Perdí la cabeza...", pensaba. Creía experimentar alivio, pero comenzaba a sufrir por haber dejado irse a Raymond sin fijarle una cita. Jamás se ausentaba en las horas en que él podía haber venido. El miserable juego de las pasiones es tan simple, que un adolescente lo posee desde su primera aventura: Raymond no había necesitado ningún consejo para resolverse "a dejar que se cocinara en su propia salsa".

Después de cuatro días de espera, estaba a punto de reprocharse a sí misma: "Sólo le hablé de mí y de Francois; lo entristecí... ¿Qué interés podía tener en ese álbum? Debería haberlo interrogado sobre su vida, que se pusiera a sus anchas... Se aburríó; me encontré una latosa... ¿y si no volviera?"

¡ Si no volviera! Pronto esta inquietud se volvió angustia:

¡ Naturalmente! ¡ puedo seguir esperando! no vendrá más... A esa edad no se soporta a la gente aburrída... ¡bien! sí, esto es asunto terminado." ¡Evidencia estrepitosa, terrible! No volvería más. Maria Cross llenaba así el último pozo de su desierto. No quedaba más que arena.

¿Qué hay de más peligroso en el amor que la fuga de uno de los cómplices ? Muchas veces la presencia es un obstáculo: estando frente

a Raymond Courrèges, Maria Cross veía en primer lugar un adolescente, y resultaría vil turbar su corazón; recordaba el padre del cual había nacido; los restos de infancia en ese rostro le recordaban a su hijo perdido: hasta en pensamientos sólo se acercaba a él con un ardiente pudor. Pero ahora que él no se encontraba allí y que duda si lo verá otra vez, ¿para qué desconfiar de ese turbio oleaje que se encuentra en ella, de esa oscura resaca? Si ese fruto será apartado de su sed, ¿por qué entonces privarse de imaginar el sabor desconocido? ¿A quién le hacía daño? ¿Qué reproche podía esperar de la piedra donde estaba escrito el nombre de Francois? ¿Quién la ve en esta casa, sin esposo, sin niños, sin sirvientes? ¡ Pueriles discursos de la señora Courrèges sobre querellas de criada: qué bueno sería para Maria Cross poder ocupar en ellas su espíritu! ¿Dónde ir? Más allá del jardín amodorrado, se extiende el arrabal y luego la ciudad pedregosa, donde, cuando estalla la tempestad, hay la seguridad de tener nuevos días más sofocantes. En ese lívido cielo, una bestia feroz y soñolienta, ronda, gruñe y se esconde. También Maria Cross, errabunda por el jardín o en los cuartos vacíos, cede (¿y qué otra salida queda a su miseria?), cede poco a poco a la atracción de un amor sin esperanzas que sólo posee la triste felicidad de sentirse a solas. No intentó hacer nada más contra el incendio, no sufrió más con esa ociosidad, ese abandono; su horno la mantenía ocupada; un oscuro demonio le susurraba: "Mueres, pero ya no te aburres."

Lo extraño en una tempestad no es el tumulto sino el silencio que impone al mundo y ese amodorramiento. Maria veía, contra los vidrios, las hojas inmóviles como si estuvieran pintadas. El agotamiento de esos árboles era humano: se hubiese dicho que conocían el sopor, el estupor, el sueño. Maria había llegado a ese punto en que la pasión se

convierte en presencia; ella misma irritaba su llaga, entretenía su fuego: su amor se convertía en ahogo, en una contracción que ella podía localizar en la garganta, en el pecho. Una carta del señor Larousselle, le produjo un estremecimiento de horror.

¡ Ah, le sería imposible, de aquí en adelante, soportar ni siquiera su proximidad! Quedaban quince días hasta que volviera... tiempo suficiente para morir. Se saciaba con Raymond y con los recuerdos que un tiempo atrás la hubieran abrumado de vergüenza: "Miraba el cuero de su sombrero en el lugar en que había estado en contacto con la frente... buscaba el olor de su cabello..." y ¡ cuánta satisfacción le producía su rostro, su cuello, sus manos!... ¡ Descanso sin igual en medio de la desesperación! Algunas veces, atravesaba su espíritu el pensamiento de que estaba vivo, que no se había perdido nada, que tal vez volviera. Pero como si esta esperanza la espantara, volvía apresurada al renunciamiento total, a una paz producida porque ya no esperaba nada. Con horrible placer, ensanchaba el abismo entre ella y aquel a quien se empecinaba en creer puro: tan lejos de su amor como el cazador Orion, ardía este inaccesible muchacho: Yo, una mujer gastada, perdida, y él un muchacho bañado aún de infancia; su pureza es como un cielo entre nosotros, donde mi deseo mismo renuncia a abrirse camino." Durante todos esos días, los vientos del oeste y del sur, arrastraron tras ellos masas oscuras, legiones furiosas que, prontas a deshacerse, de súbito dudaban, daban vueltas alrededor de las cimas fascinadas, para luego desaparecer, dejando tras ellas un frescor como si hubiera llovido en algún lugar.

En la noche del viernes al sábado, por fin la lluvia no volvió a interrumpir su murmullo. Gracias al cloral, Maria recibió en paz ese



aliento oloroso que, a través de las cortinas, del jardín soplaba sobre su cama en desorden. Luego naufragó en el sueño.

Al despertar, bañada en el sol de la mañana, el cuerpo descansado, se extrañó de haber sufrido tanto. ¿Qué locura era esa? ¿Por qué pensar lo peor? El muchacho vivía, esperaba sólo una señal. Después de esa crisis, Maria recuperaba su lucidez, su equilibrio, algo decepcionada, tal vez: "¿No era más que eso, pues?... él volverá, pensaba, pero para mayor seguridad, le voy a escribir: lo veré." Necesitaba a toda costa confrontar su dolor con el objeto de su dolor. Imponía a su pensamiento el recuerdo de un simple niño inofensivo, y se extrañaba de no estremecerse ya frente a la idea de la cabeza del chico sobre sus rodillas. Por la tarde, salió al jardín lleno de charcos; realmente, se sentía apacible, demasiado apacible, y casi llegaba a experimentar un sordo temor: sentir menos su pasión, era sentir demasiado su nada: al reducirlo, ese amor no cubría más su vacío. Lamentaba ya que la visita al jardín sólo hubiera durado cinco minutos, y volvió a recorrer las mismas avenidas; luego se apresuró porque la hierba mojaba sus pies... Se pondría zapatillas, se extendería, fumaría, leería... ¿pero qué? Eso no tenía nada de interesante.

Hela aquí de vuelta frente a casa. Levantó sus ojos hacia las ventanas, y tras un cristal del salón, divisó a Raymond.

Había pegado su rostro al cristal y se divertía aplastando su nariz contra él. ¿Esa marea que sentía en ella, era la felicidad? Subió las gradas de la entrada pensando en los pies que acababan de franquearla, empujó la puerta abierta y miró la aldaba debido a la mano que se había apoyado en ella, atravesó más lentamente el comedor y se compuso el rostro.

La mala suerte de Raymond fue haber venido después de esos días en que Maria Cross había soñado y sufrido tanto por culpa de él. A la primera mirada se sintió molesta al comprobar que no podía llenar el vacío entre su infinita agitación y aquel que lo había producido. No tuvo conciencia de su decepción:

—¿Viene de la peluquería?

Nunca lo había visto así, los cabellos demasiado cortos, lustrosos... Tocó con la mano en sus sienes, la lívida marca de un golpe. El dijo:

—Fue al caerme del columpio; tenía ocho años.

Ella lo observaba. Trataba de ajustar a su deseo, a su dolor, a su anhelo, a su renunciamento, este muchacho fuerte y demacrado a la vez, ese perro joven y grande. Miles de sentimientos surgieron en ella a propósito de él, todo lo que podía ser salvado se agrupaba cualquiera fuera su valor, alrededor de este rostro, tenso, enrojecido. Pero ella no reconocía cierta expresión de los ojos y de la frente, esa violencia del temeroso que ha decidido vencer, del cobarde resuelto a la acción. Nunca, sin embargo, le había parecido él tan pueril. Con tierna autoridad, le dijo lo que antaño decía ella tan a menudo a Francois :

—¿Tiene sed? Le daré luego jarabe de grosellas, pero cuando ya no esté bañado en sudor.

Le mostró un sillón, pero él se sentó en el diván donde ella ya se había extendido y le aseguró que no tenía sed:

—En todo caso, no es sed de jarabe la que tengo. María cubrió sus piernas, un poco descubiertas, con el vestido, lo que le mereció esta alabanza:

—¡Qué lástima!

Entonces, cambiando de posición, se sentó al lado del joven, que le preguntó por qué no permanecía extendida:

—¿No la atemorizo, al menos?

Palabra que reveló a María Cross que, efectivamente, tenía miedo: ¿miedo de qué? Era Raymond Courrèges, el pequeño Courrèges, el hijo del doctor.

—¿Como está su querido padre?

Alzó sus hombros y avanzó el labio inferior. Maria le ofreció un cigarrillo que él rechazó; encendió uno y, poniendo los codos sobre las rodillas, dijo:

—Sí, ya me había contado que no había mucha intimidad entre usted y su padre; es la regla del juego: los padres y los hijos... Cuando Francois venía a esconderse entre mis rodillas, pensaba: "Aprovechémoslo, no durará siempre."

María Cross se equivocaba sobre el significado de los hombros alzados y la mueca en los labios de Raymond. Quería alejar, en ese momento, el recuerdo de su padre, no porque le fuera indiferente sino porque estaba obsesionado con él, después de lo que había pasado entre ellos, anteaer. Después de cenar el doctor había alcanzado a Raymond en la avenida de las viñas, donde fumaba solo, y había caminado al lado de él en silencio, como un hombre que retiene una palabra. "¿Qué querrá?", preguntábase Raymond entregado por entero al placer cruel de callarse, el mismo placer de las madrugadas de otoño en la berlina de cristales que chorreaban. Más aún, había apresurado con maldad el paso, porque había observado que a su padre le era difícil seguirlo y se quedaba un poco atrás. Pero de súbito, no oyéndolo resoplar más, se había vuelto hacia atrás: la silueta negra del doctor permanecía inmóvil en medio de la avenida de las viñas; apretaba contra su pecho las dos manos y vacilaba como si estuviese ebrio; dio algunos pasos y se sentó pesadamente entre dos cepas.

Raymond se precipitó de rodillas; pendía la cabeza muerta sobre sus hombros, veía de cerca un rostro con los ojos cerrados, unas mejillas color miga de pan amasado. "¿Qué pasa, papá? ¿Qué pasa papaíto?" Esa voz suplicante e imperiosa a la vez había despertado al enfermo como si hubiera poseído una virtud; un poco sofocado, trataba de sonreír con aire extraviado: "No es nada, no es nada..." Y contemplaba el rostro angustiado de su hijo, y escuchaba esa misma dulce voz de cuando Raymond tenía ocho años: "Apoya tu cabeza, ¿no tienes un pañuelo limpio? El mío está sucio." Delicadamente, Raymond secaba ese rostro que volvía a la vida. Los ojos nuevamente abiertos del padre veían los cabellos del adolescente que el viento levantaba un poco, luego una viña espesa y más allá un cielo sulfuroso que gruñía y donde parecía que se hubiesen vaciado invisibles carretones. Apoyado en el brazo de su hijo, el doctor volvió hacia la casa: la lluvia cálida aplastábase contra sus hombros y sus mejillas, pero era imposible caminar más rápido. Decía a Raymond: "Es una falsa angina de pecho, tan dolorosa como la verdadera..." Estoy intoxicado: me voy a quedar en cama durante cuarenta y ocho horas con una dieta de agua... ¡ Sobre todo ni una palabra a abuelita ni a tu madre!..." Y como Raymond lo interrumpiera: "¿No me engañas al menos?, ¿estás bien seguro de que no es nada ? Júrame que no es nada", el doctor le preguntó en voz baja: "Te daría pena si yo..." pero Raymond no lo había dejado terminar: había pasado su brazo alrededor de ese cuerpo jadeante y un grito se le escapó: "¡ Qué tonto eres!" El doctor recordaría más tarde esta insolencia tan querida, en las horas malas, cuando su hijo volviese a ser un extraño, un adversario, un corazón sordo que no contesta. Habían entrado ambos en el salón, sin que el padre se atreviese a abrazar a su hijo.

—¿Y si habláramos de otra cosa? ¡No he venido aquí para hablar de papá!, ¿sabe?... Tenemos otras cosas mejores que hacer... ¿no?

Raymond avanzó una gruesa y torpe garra, que María cogió al vuelo reteniéndola suavemente.

—No, Raymond, no: usted lo desconoce porque vive demasiado cerca de él. Aquellos que están más próximos a nosotros son aquellos que menos conocemos... Llegamos al punto de ni siquiera ver lo que nos rodea. Mire: en mi familia siempre me creyeron fea, porque siendo niña bizqueaba un poco. En el liceo, para gran sorpresa mía, mis compañeros me dijeron que era bonita.

—Eso es, cuente ahora historias sobre los liceos de niñas.

La idea fija ensombrecía su rostro. María no se atrevía a soltar la gruesa mano que sentía húmeda; experimentó frente a ello cierta repugnancia: era la misma mano cuyo contacto hacía diez minutos la hacía palidecer. Antaño, esa sola mano, que retenía ahora durante un segundo, la obligaba a cerrar los ojos, a dar vuelta la cabeza. Ahora es una mano blanda y mojada.

—¡ Sí!, ¡ quiero enseñarle a que conozca al doctor: soy porfiada!

La interrumpió para asegurarle que él también era porfiado:

—Mire, yo me juré que hoy usted no me manejaría a su gusto.

Dijo eso en voz tan baja, balbuceando, que ella pudo fingir no haberlo escuchado. Pero ensanchó el espacio existente entre los dos cuerpos, luego se levantó, abrió una ventana:

—No parece que hubiera llovido; está como para ahogarse. Por lo demás, todavía escucho la tempestad... A menos que sea el cañón de Saint—Médard.

Sobre las hojas, le mostró la atormentada cabeza de una profunda nube sombría, bordeada de sol. Pero Raymond cogió con sus dos

manos los antebrazos de ella y la empujó hacia el diván. Ella trató de reír: "¡ Suélteme!" ; y mientras más se debatía ella, más reía, queriendo dar a entender así que esa lucha era sólo un juego y que así lo entendía:

"Mocoso sucio, suélteme..." Su risa se transformaba en mueca; tropezando con el diván, vio de cerca miles de gotas de sudor sobre una frente baja; las aletas de la nariz salpicada de puntos negros; respiró un aliento agrio. Pero este fauno torpe, pretendía retener, con una sola mano, los puños de la joven; de una sacudida, María se liberó prontamente.

Estaba entre ellos ahora el diván, una mesa, un sillón. Maria jadeaba un poco, reía con risa forzada.

—¿Entonces, usted cree, mi pequeño, que a las mujeres se las toma por la fuerza?

No reía, humillado en su joven virilidad, furioso con su derrota, herido en lo más vivo de ese orgullo físico, desmesurado en él: orgullo que sangraba. Toda su vida recordaría ese minuto en el cual una mujer lo había encontrado repugnante (lo que no hubiera importado nada), pero también grotesco. Tantas victorias futuras, todas aquellas víctimas derrotadas, miserables, no suavizaron nunca la quemadura de esta primera humillación. Por mucho tiempo, ante ese solo recuerdo, hería con sus dientes sus labios, mordía, en la noche, su almohada. Raymond Courrèges retuvo un llanto de rabia, sin pensar jamás que esa sonrisa de Maria pudiese ser fingida y que ella trataba de herir a un muchacho espantadizo; quería no traicionar el desastre que se producía en ella, ese derrumbe. ¡Ah, primero, que se aleje!

¡ Que la deje sola!

En otro tiempo, Raymond se extrañaba de sentir a su alcance la famosa Maria Cross: repetíase: "Esta mujercita tan sencilla es María Cross."

No tenía más que tender la mano: estaba ahí, sumisa, inerte, habría podido tomarla, dejarla caer, volver a tomarla; y de súbito el gesto de sus brazos tendidos había bastado para alejar vertiginosamente a esta Maria. ¡Ah! estaba ahí todavía; pero sabía con seguridad absoluta que, al igual que una estrella, nunca más la volvería a alcanzar. En ese momento descubrió su belleza: había estado tan ocupado en saber cómo coger el fruto, sin poner en duda ni por un minuto que ese fruto le era destinado, que nunca le había mirado; sólo te resta ahora devorarla con los ojos. Ella repetía con dulzura, con miedo de irritarlo, pero con terrible obstinación: "Necesito estar sola Raymond... compréndame: tiene que dejarme sola..." El doctor había sufrido porque Maria no deseaba su presencia; Raymond conocía un dolor más atroz: esa necesidad de no volver a vernos que el ser amado no disimula y no puede ocultar; nos rechazan, nos vomitan. Nuestra ausencia es necesaria en su vida; arde de ganas de que nos precipitemos en el abismo: "Apresúrate a salir de mi vida..." Nos atropella, porque teme nuestra resistencia. Maria Cross tendía a Raymond su sombrero, empujaba la puerta, desaparecía ante él, él que sólo deseaba irse y balbuceaba excusas tontas, sumergido en la vergüenza, siendo de nuevo un adolescente lleno de horror hacia él mismo. Pero apenas se cerró el portón, y el muchacho hubo llegado al camino, encontró de súbito las palabras que le hubiesen sido necesarias para lanzarlas al rostro de esa mujerzuela... ¡ Demasiado tarde! Y durante años lo torturó el pensamiento de que "él se había ido sin darle su merecido".

En tanto que durante el camino el corazón de Raymond se descargaba de todas las injurias con las cuales no había sabido abrumar a Maria Cross, la joven cerrando la puerta y luego la ventana, se había tendido. Más allá de los árboles, algún pájaro lanzaba a veces una llamada interrumpida como la confusa palabra de un hombre dormido. El arrabal retumbaba con los ruidos de los tranvías y de las sirenas; los cantos impregnados de vino de los sábados retumbaban sobre los caminos. Sin embargo, Maria Cross se ahogaba de silencio: no de un silencio exterior sino de un silencio que subía de lo más profundo de su ser, se acumulaba en el cuarto desierto, invadía la casa, el jardín, la ciudad, el mundo. Y en el centro de ese silencio que la ahogaba, vivía mirando dentro de sí misma esa llama, a la cual de súbito le faltaba todo alimento, aunque a pesar de todo, era inextinguible. ¿ De qué se alimentaba ese fuego? Recordaba que, a veces, en el ocaso de sus vigiliias solitarias, surgía una última llamarada entre los escombros negros del fogón de la chimenea, que ella creía apagada. Buscó el adorable rostro del niño en el tranvía de las seis y ya no lo encontró. Sólo existía un pequeño granuja hirsuto, loco de timidez y excitación; tan distante esta imagen del verdadero Raymond Courrèges como lo era aquella otra embellecida por su amor. Contra aquel que ella había transfigurado, divinizado, María se encarnizaba: "Por este mocoso sucio he sufrido, me he sentido bienaventurada." Ignoraba que había bastado con mirar a ese niño para que se transformara en un hombre del cual muchas otras iban a conocer las tretas, las caricias, los golpes. Con su amor, ella lo había creado, y terminaría su obra al despreciarlo: acababa de entregar al mundo un muchacho cuya manía sería probarse a sí mismo que era irresistible, a pesar de que una Maria Cross le hubiese resistido. En



adelante, en todas sus futuras intrigas, se deslizaría una sorda enemistad, el gusto por herir, por hacer gritar al siervo en su poder; serían las lágrimas de María Cross las que vería correr durante toda su vida en rostros extraños. Sin duda, había nacido con ese instinto de cazador, pero sin María hubiese sido suavizado por alguna debilidad.

"Por ese granuja..." ¡ Qué asco! Y sin embargo la llama inextinguible seguía ardiendo por dentro sin que ninguna otra cosa la alimentara. Ningún ser en este mundo gozaría del beneficio de esta luz, de este calor. ¿Dónde ir? ¿A la Chartreuse, donde estaba el cuerpo de Francois? No, no; confiesa que sólo buscabas a la orilla de este cadáver una coartada. Había sido tan fiel al cumplir su cita en el cementerio pues al regreso viajaba acompañada de otro niño vivo.

¡Hipócrita! No hay nada que hacer, nada que decir sobre una sepultura; tropezaba cada vez en ella, como si fuera una puerta sin cerradura clausurada hasta la eternidad. Igual daba ponerse de rodillas en el polvo del camino... Pequeño Francois, puñado de cenizas, tú que estabas lleno de risas y lágrimas... ¿A quién podía desear al lado de ella? ¿Al doctor?... ¿ese latoso? no, no era un latoso... ¿Para qué sirve ese esfuerzo hacia la perfección, si nuestro destino es intentar siempre lo que es turbio a pesar de nuestra voluntad ? En todas las metas que María se felicitaba de haber alcanzado, lo peor que había en ella sabía sacar provecho.

No desea ninguna presencia ni quiere encontrarse en ningún otro lugar del mundo que no sea este salón con las cortinas rotas. ¿Tal vez en Saint—Clair? Su infancia en Saint—Clair... Recuerda ese parque donde ella se deslizaba, cuando se hubo marchado esa familia clerical, enemiga de su madre. Parecía que la naturaleza aguardaba esta partida, después de las vacaciones de Navidad, para romper su tela de

hojas. Los heléchos trepaban, se espesaban, batían, con su espumoso follaje verde, las ramas bajas de las encinas, pero los pinos balanceaban las mismas cimas grises, aparentemente indiferentes a la primavera, hasta que una mañana también arrancaban de sí mismo una nube de polen, inmensa flor de su amor. Y María encontraba, al volver de una avenida, una muñeca rota, un pañuelo agarrado en las aliagas. Pero hoy, extranjera en ese país, nada la acogería sino la arena donde ella se había extendido boca abajo...

Habiéndole advertido Justine que la comida estaba lista, arregló sus cabellos y se sentó frente a la sopa humeante.

Como se trataba de que ni la criada ni su marido llegasen tarde al cine, media hora después se volvió a encontrar sola en la ventana del salón. El oloroso tilo todavía no tenía perfume; por encima de ella, los rododendros estaban ya en sombra. Por temor a la nada, para volver a tomar aliento, María busca cualquier cosa donde agarrarse: "Cedí, pensaba, al instinto de la huida que casi todos tenemos frente a la faz humana afeada por el hambre, por la necesidad. Tratas de convencerte a ti misma de que ese bruto es un ser diferente a ese niño que tú adorabas; sin embargo, es el mismo niño, pero con la máscara puesta: así como las mujeres encinta llevan sobre su rostro una máscara de bilis, los hombres llenos de su amor llevan también pegada sobre su rostro esa apariencia muchas veces repugnante, siempre terrible, de la bestia que se mueve en ellos. Galatea huye de aquello que la aterroriza, que es también aquello que ella llama... Había soñado con una larga ruta, donde, en insensible marcha, hubiéramos pasado, de las regiones templadas a otras más ardientes: pero el muy torpe quemó las etapas... ¡Por qué no me habré resignado a ese furor! Ahí, y no en otro lugar, habría encontrado el inimaginable reposo; mejor aún

que el reposo tal vez... ¿Tal vez no existan abismos en los seres que no puedan ser colmados con un exceso de amor?... ¿Qué amor? Recuerda; su boca hizo una mueca, emitió un "eeeh" de asco; otras imágenes la asaltaron: vio a Larousselle que se apartaba, las mejillas encendidas, gruñendo:

"¿Qué es lo que necesitas ?..." ¿Qué era, pues, lo que le faltaba? Erraba por el cuarto desierto, se acodó en la ventana, soñaba con un silencio que no conocía y en el cual hubiese sentido su amor sin que este amor tuviese que pronunciar ninguna palabra, a pesar de lo cual el bienamado lo habría escuchado, habría cogido el deseo en ella antes que el deseo hubiese nacido. Toda caricia supone un intervalo entre dos seres. Pero habrían estado tan confundidos el uno en el otro, que no habrían necesitado ese abrazo, ese breve abrazo que la vergüenza desanuda... ¿La vergüenza? Creyó oír la risa de mujer de la calle de Gaby Dubois y lo que ella le gritaba un día: " ¡ No, no, eso es en el caso suyo! Por el contrario, no hay cosa mejor en el mundo, es lo único que no desilusiona... En mi vida de perro, ese es mi único consuelo..." ¿Por qué su repugnancia? ¿Tiene algún sentido? ¿Es acaso el testimonio de la voluntad particular de alguien? Mil ideas confusas se despiertan en Maria y luego desaparecen, tal como en el azul desierto, sobre su cabeza, las estrellas fugaces, los bólidos perdidos.

Mi ley, piensa Maria, ¿no es acaso la ley común? Sin marido, sin hijos, sin amigos, no podía ser más grande su soledad en el mundo; pero, ¿qué valor tenía esa soledad al lado de ese otro aislamiento del que no podía librarla la más tierna familia en el mundo: aquel que experimentamos cuando reconocemos en nosotros los signos de una especie singular, de una raza casi perdida de la cual interpretamos los instintos, las exigencias, las metas misteriosas? ¡Ah! ¡no seguir

agotándose en esta búsqueda! Si en el cielo quedaban aún pálidos restos del día y de la luna creciente, bajo las tranquilas hojas se acumulaban las tinieblas. El cuerpo inclinado hacia la noche, casi como aspirado por la tristeza vegetal, Maria Cross no cedía tanto al deseo de beber en ese río de aire obstruido por las ramas como a la tentación de perderse en él, de disolverse, para que, por fin, su desierto interior se confundiese con el desierto del espacio, para que el silencio de ella no fuera distinto del silencio cósmico.

## CAPITULO DÉCIMO

Mientras tanto, después de que Raymond Courrèges se hubo desembarazado en el camino de todos los insultos con los cuales no había podido agobiar a María Cross, sintió la necesidad de envilecerla aún más, y por este motivo, apenas hubo entrado en casa, deseó ver a su padre. Tal como el doctor lo había anunciado, se quedó en cama durante cuarenta y ocho horas sin comer ni beber sino agua para gran felicidad de su madre y de su mujer. Se decidió a hacerlo no sólo por la falsa angina de pecho sino por estudiar en él mismo los efectos de ese tratamiento. Robinson había venido durante la víspera: "Habría preferido a Dulac, decía la señora Courrèges, pero, al fin y al cabo, también es un médico, sabe auscultar."

Robinson se deslizaba a lo largo de las paredes, subía, furtivo, las escaleras, siempre angustiado ante la idea de darse de narices con Madeleine, aunque no hubiesen sido nunca novios. El doctor, con los ojos cerrados, la cabeza vacía, el cuerpo libre bajo las sábanas livianas, al resguardo del día, seguía sin esfuerzo las pistas de sus pensamientos; y su espíritu erraba sobre esas pistas perdidas, vueltas a encontrar, mezcladas, tal como un perro bate los arbustos alrededor del amo que se pasea sin cazar. Creaba, sin fatigarse, los artículos que tendría que escribir; respondía, punto por punto, a las críticas que había suscitado su último comunicado a la Sociedad de Biología. Le era dulce la presencia de su madre y también la de su mujer, y era para él una dulzura notarlo: al fin, inmóvil, después de una persecución agotadora,

se dejaba alcanzar por Lucie; admiraba a su madre, que se borraba para evitar cualquier conflicto: las dos mujeres dividían entre ellas, sin pelearse, esta presa arrancada por un tiempo a los quehaceres de la profesión, de los estudios, a un amor desconocido, presa que ya no se resistía, que se interesaba en sus más mínimas palabras, cuyo universo se achicaba a la medida del de ellas. Ahora, el doctor se interesaba por saber si Julie se iba de todos modos o si se podía esperar que llegara a entenderse con la criada de Madeleine. Pero ya fuese la mano de su madre o la de su mujer la que tocara su frente, el doctor volvía a encontrar esa seguridad que sentía cuando era un niño enfermo; se alegraba de saber que no moriría solo; pensaba que la muerte tendría que ser la cosa más simple del mundo en ese cuarto con muebles familiares de caoba, donde nuestra madre y nuestra mujer se esfuerzan por sonreír; y el sabor del último momento se encuentra disimulado por ellas como el sabor de cualquier otro amargo remedio. Sí, poder irse envuelto por entero con esa mentira, saber ser engañado...

Una ola de luz invadió el cuarto: Raymond entró gruñendo : "No se ve nada", y se acercó a ese hombre acostado, único ser ante el cual podía envilecer esa tarde a Maria Cross; tenía ya el gusto en la boca de aquello que vomitaría. Dijóle al enfermo: "Abrazame." Miraba ardientemente al hijo que, anteayer, en una de las avenidas de la viña, había secado su rostro. Pero el adolescente que venía saliendo de la claridad del día, para entrar en esa penumbra, no alcanzaba a distinguir los rasgos de su padre, y lo interrogó con voz arrogante:

—¿Recuerdas nuestra conversación a propósito de María Cross?

—Sí, ¿y qué hay?

En ese momento, Raymond, inclinado sobre ese cuerpo extendido como para abrazarlo o clavarle un cuchillo, descubrió de pronto dos ojos angustiados, pendientes de sus labios. Comprendió que ese también sufría: "Lo sabía, pensó, desde aquella tarde en que me llamó mentiroso..." No existían celos en Raymond: era incapaz de imaginar a su padre como un amante; nada de celos, sino un extraño deseo de llorar, mezclado de irritación y burla: ¡ pobres mejillas grises bajo la barba rala!, y, esa voz apretada que implora:

—¿Pues bien; qué hay? ¿Qué sabes? Dime pronto.

—Me habían engañado, papá; sólo tú conoces bien a María Cross, quería decírtelo. Ahora descansa. ¡ Qué pálido estás! ¿Estás seguro de que esta dieta te hace bien?

Raymond escucha estupefacto sus propias palabras, enteramente contrarias a aquellas que quería gritar. Posa su mano sobre la frente árida y triste, aquella mano que, hace pocos momentos, tenía entre las suyas María Cross. El doctor encuentra fresca esta mano; le da miedo que se aparte.

—Mi opinión sobre Maria está hecha hace mucho tiempo...

Como la señora Courrèges entraba en ese momento en el cuarto, puso un dedo sobre sus labios. Sin ruido, Raymond se alejó.

La madre del doctor trajo una lámpara de parafina (porque estaba muy débil y la luz eléctrica le habría dañado los ojos); la dejó sobre la cómoda y bajó la pantalla. Esa luz circunscrita, esa luz de otros tiempos volvió a crear el mundo misterioso de los cuartos que ya no existen, donde una lamparilla de noche luchaba contra la profunda penumbra llena de muebles sumergidos en ella. El doctor amaba a Maria, pero se había desprendido de ella: la amaba como los muertos deben amarnos. Ella se había reunido junto a sus otros amores, desde la adolescencia...

Siguiendo esta pista, el doctor se dio cuenta de que siempre, de año en año, un sentimiento nuevo lo había embargado, semejante a aquel por el cual acababa de sufrir; podía remontar el hilo monótono de ellos: enumerar los nombres de sus pasiones, casi todas vanas... Sin embargo, había sido joven... No era, pues, sólo la edad la que lo separaba de Maria Cross: a los veinte y cinco años, tampoco habría sabido franquear el desierto entre esa mujer y él. Apenas hubo salido del colegio, recordaba haber amado siempre sin esperanza... Era ley de su naturaleza no poder alcanzar aquellos a quienes amaba; nunca había tenido conciencia tan nítida de ello como cuando conseguía a medias el éxito y recogía para él el objeto tan deseado y este objeto, de súbito, se disminuía, se empobrecía, era tan distinto de lo que el doctor experimentara, de todo lo que él había sufrido por su causa. No, no necesitaba buscar en su espejo el porqué de esa soledad en la que tendría que morir. Otros hombres, tales como su padre, como sin duda sería Raymond, seguirían su ley hasta la vejez, obedecen a su vocación amorosa; él, hasta en su juventud, había obedecido a su destino solitario.

Las señoras bajaron a comer; escuchó un ruido que oyera en su infancia: las cucharas contra los platos; pero más próximo a su corazón y a su oído estaba ese crujido de las hojas en la sombra, los grillos, los sapos que gozaban de la lluvia. Luego las señoras subieron. Decían:

—Debes estar muy débil.

—No podré sostenerme en pie.

Pero como la dieta era un remedio, se alegraban de su debilidad.

—Debes sentir la necesidad de beber...

Esa debilidad le ayudaba a sentirse niño. Las dos mujeres conversaban en voz baja; el doctor oyó un nombre; las interrogó:



—¿No era una señorita Malichecq?

—¿Estabas escuchando?... Creí que dormías... No, su cuñada es Malichecq... Ella es Martin.

Pero el doctor dormía cuando llegaron los Basque y sólo abrió un ojo cuando los oyó cerrar las puertas de sus cuartos. Luego su madre, dobló un tejido, se levantó pesadamente, lo besó en la frente, sobre los ojos, en el cuello, y dijo: "No estás caliente..." Quedó con la señora Courrèges, que gimió:

—¡Nuevamente Raymond ha tomado el último tranvía para Burdeos! Sólo Dios sabe a qué hora volverá: ¡ esta tarde tenía una cara!, una cara que daba miedo... Cuando agote el dinero de sus aguinaldos, se endeudará... Si es que ya no ha empezado...

El doctor dijo a media voz: "Nuestro pequeño Raymond... tiene diecinueve años ya...", y se estremeció pensando en esas calles desiertas de Burdeos, en la noche; recordó el cuerpo extendido de ese marinero que una tarde hizo que se tropezara y cuya cara y el pecho estaban manchados de vino y de sangre. Algunos pies se arrastraron todavía en el piso superior... un perro ladró furiosamente del lado de las dependencias. La señora Courrèges escuchó:

—Oigo que alguien camina... No puede ser Raymond tan temprano; el perro se habría calmado.

Alguien avanza hacia la casa, pero sin tomar precauciones, y por el contrario, sin esconderse. La señora Courrèges se inclinó:

—¿Quién está ahí?

—Busco al doctor; es urgente.

—Al doctor no se lo molesta por la noche, usted lo sabe muy bien. Vaya al pueblo, a casa del doctor Larue.

El hombre, que tenía una linterna en la mano, insistía. El doctor, somnoliento aún, gritó a su mujer:

—Dile que no insista... No vale la pena, entonces, vivir exprofeso en el campo para que no lo molesten de noche...

—Es imposible señor: mi marido sólo atiende en la consulta... Por lo demás, está comprometido con el doctor Larue...

—Pero señora, se trata de una de sus clientes, una vecina. .. Cuando sepa su nombre, vendrá. Es la señora Cross, la señora María Cross: se ha dado un golpe en la cabeza.

—¿María Cross? ¿Por qué cree usted que se va a molestar por ella más que por alguna otra?

Pero el doctor, habiendo escuchado ese nombre, se había levantado, empujó un poco a su mujer y se inclinó en la noche:

—¿Es usted Maraud? No reconocí su voz... ¿Qué le pasó a la señora?

—Una caída, señor, el golpe fue en la cabeza... Está delirando; llama al doctor...

—Espere cinco minutos... el tiempo de vestirme... Cerró la ventana, buscó su ropa.

—¿No pensarás ir?

El doctor no respondió y se interrogaba a media voz: "¿Dónde están mis calcetines?" Su mujer protestó: ¿No decía hace un instante que no se levantaría por nada en el mundo por la noche? ¿ Por qué ese cambio? No podía mantenerse de pie, se desmayaría.

—Se trata de una cliente; debes comprender que no puedo dudar.

Ella repitió, sarcástica:

—Sí, comprendo, he tardado mucho en dudar, pero ahora comprendo.

En ese momento, la señora Courrèges no sospechaba todavía de su marido y sólo buscaba herirlo. Pero él, sintiéndose seguro de su desinterés, de su renunciamento, no desconfiaba. Después de la pasión que lo había torturado, nada le parecía más inocente, más confesable que su tierna alarma de esa noche. No pensaba que su mujer no podía comparar su antiguo estado con el estado actual de su amor por María Cross. Dos meses antes, no se habría atrevido a mostrar su angustia, como lo hacía esta tarde. Por instinto, disimulamos con nuestros gestos los momentos más ardientes de una pasión; pero cuando ya hemos renunciado a usufructuar de ella, y aceptamos tener hambre y sed por toda una eternidad, pensamos que es lo de menos no molestarnos más en seguir engañando.

—No, no, mi pobre Lucie, todo eso está muy lejos de mí ahora... Todo eso ha terminado totalmente. Es cierto que tengo mucho cariño por esta desgraciada; pero eso no tiene nada que ver...

Se apoyó contra la cama y murmuró: "Es cierto, estoy en ayunas", y pidió a su mujer que le preparara el chocolate sobre la lámpara de alcohol.

—¡ Crees que encontraré leche a esta hora! Posiblemente no hay pan en la cocina. Cuando hayas cuidado a esa mujer, ella podrá prepararte una pequeña comida. ¡ Es lo menos que puede hacer después de tanta molestia!

—¡ Qué tonta eres, pobre amiga mía! Si tú supieras... Ella le tomó la mano, y le habló muy de cerca :

—Dijiste: "Todo eso ha terminado... Todo eso está lejos de mí." ¿Hubo, pues, algo entre vosotros? ¿Qué? Tengo el derecho de saberlo. No te voy a reprochar nada, pero quiero saberlo.

Sin aliento, el doctor tuvo que empezar dos veces a calzarse. Rezongó: "Hablabas en general... No me referías a Maria Cross... Vamos, Lucie, no me has mirado." Pero ella recordaba los últimos meses transcurridos. ¡ Ah: sí! ¡ Por fin tenía la clave! Todo se explicaba; todo le parecía claro.

—Paul, no vayas a casa de esa mujer. Nunca te he pedido nada... Bien puedes concederme esto.

El doctor replicaba suavemente que aquello no dependía de él. Se debía a un cliente enfermo, acaso moribundo: un golpe en la cabeza podía significar la muerte.

—Si me impides salir, tú serás la responsable de esta muerte.

Ella se desprendió del doctor, y no tuvo nada que decir. Balbuceaba mientras el doctor se alejó: "Tal vez es un plan preparado, y están de acuerdo..." Luego recordó que el doctor no había tomado ningún alimento desde la víspera. Sentada sobre una silla seguía atentamente el murmullo de las voces en el jardín.

—Sí, cayó de la ventana... Posiblemente no es más que un accidente: no habría elegido para matarse la ventana del salón del primer piso... Sí, delira; se queja de dolor de cabeza... no recuerda nada.

La señora Courrèges oyó que su marido ordenaba al hombre que fuera a buscar hielo al pueblo, tal vez en la posada o a casa del carnicero; tendría que pasar a buscar en la botica jarabe de bromuro.

—Iré por el Bois de Berge. Tardaré menos que si hiciera enganchar el carruaje...'

—No necesitará linterna: con la luna llena se ve como si estuviéramos en pleno día.

Apenas el doctor había franqueado el pequeño portón de las dependencias, oyó que alguien corría tras él; una voz jadeante lo llamaba por su nombre. Reconoció a su mujer en bata de levantarse, con su trenza para dormir: sin aliento y sin poder hablar le tendía un pedazo de pan y una barra de grueso chocolate.

Atravesó el Bois de Berge donde la luna manchaba los claros del bosque sin que su blancura, sin embargo, pudiera traspasar las hojas. Pero reinaba sobre el camino y se expandía en él como en un lecho cavado. Ese pan y ese chocolate tenían el sabor de las meriendas escolares, el sabor de la felicidad cuando al alba partía a la casa con sus pies bañados por el rocío, a los diecisiete años. Aturdido por el impacto de la noticia, comenzaba apenas a sentir el dolor : "Si muriera Maria Cross..." ¿Por quién había querido morir? ¿Lo había querido? Ella no recuerda nada. ¡Ah! ¡ Qué desesperantes son esos "accidentados" que no recuerdan nunca nada y que cubren de tinieblas el momento esencial de sus destinos! No podrá interrogarla: en primer lugar, que su cerebro trabaje lo menos posible. "Sólo es un médico a la cabecera: recuérdalo. No, no se trata de un suicidio: cuando alguien quiere morir no se elige una ventana de un primer piso. Ella no se droga, según creo... Es cierto que una tarde había olor a éter en su cuarto, pero... era una tarde en que sintió jaqueca..."

Más allá de la angustia que lo ahogaba, en los confines de su conciencia, rugía otra tempestad: estallaría a su hora. ¡ Esa pobre Lucie celosa! ¡ Qué miseria! Tendrá tiempo de pensar en eso más tarde. He llegado... Parece un jardín de teatro bajo la luna... Es tonto como un decorado de Werther... No oigo gritos. La puerta principal estaba entreabierta. Siguiendo su costumbre, el doctor se dirigió al salón desierto, volvió sobre sus pasos y subió un piso. Justine abrió la puerta

del cuarto. Se acercó a la cama donde Maria Cross, gimiendo, apartó con su mano una compresa que le cubría la frente. No vio ese cuerpo pegado a la sábana que tan a menudo había desvestido en pensamiento. No vio ni la cabellera suelta ni el brazo descubierto hasta la axila; lo único que le interesaba era que ella lo hubiese reconocido, que el delirio fuese sólo pasajero. Repetía:

"¿Qué ha pasado, doctor? ¿Qué ha sucedido?" El anotó: amnesia. Inclinado ahora sobre ese pecho desnudo, cuya dulce vida velada lo hacía estremecerse antaño, auscultó el corazón, y luego, tocando apenas con un dedo la frente herida, dibujó las fronteras de la herida: "¿Le duele? ¿Y ahí?... ¿Y allá?" Le dolía también la cadera; echó hacia atrás la sábana con precaución, desnudó sólo el estrecho espacio magullado; luego lo volvió a cubrir. Con el ojo puesto sobre su reloj, contó las pulsaciones. Ese cuerpo le había sido entregado para que lo sanara y no para que lo poseyera. Sus ojos saben que no se deben maravillar: deben sólo observar; mira ese cuerpo ardientemente, con toda su inteligencia; su espíritu lúcido obstaculiza el camino al triste amor.

Ella gemía: "¡ Sufro... cuánto sufro!..." Apartaba la compresa, pidiendo otra nueva que la criada empapaba en el lavabo. El chófer entró con un balde lleno de hielo; pero cuando el doctor quiso aplicar el hielo sobre la frente de Maria, rechazó la bolsa de goma, y pidió una compresa caliente con tono imperioso; le gritaba al doctor: "Apúrese un poco. ¡Necesita una hora para ejecutar mis órdenes !"

Al doctor le interesaban mucho estos síntomas que ya había observado en otros "accidentes". Ese cuerpo que estaba ahí, esa fuente carnal de sus sueños, de sus desoladas ensoñaciones, de sus deleitaciones no suscita en él sino una curiosidad intensa, una atención

duplicada. La enferma hablaba sin cesar, aunque no sufría de delirio; el doctor admirábase de que Maria, cuya expresión era por lo general tan defectuosa (solía buscar las palabras sin encontrarlas) se mostrase, de improviso, elocuente, y diese, sin esfuerzo, con la expresión más justa, con el término más sabio. ¡Qué misterio, pensaba, que este cerebro, con un solo impacto, duplique su poder!

—No, doctor, no: no he querido morir. Le prohibo que piense así. No recuerdo nada, pero de lo que estoy segura es de que no he querido morir sino dormir. Sólo he aspirado al reposo. Si alguien se ha gloriado de haberme reducido a desear la muerte, le prohibo que lo crea; ¿me comprende? Se lo pro—hí—bo.

—Sí, amiga mía. Le juro que nadie se ha gloriado de eso... Levántese un poco: trague esto: es bromuro... Esto la calmará.

—No necesito que me calmen. Sufro, pero estoy tranquila. Quíteme la luz. Qué lástima: manché las sábanas; si me da la gana, volveré a derramar el remedio...

Y cuando el doctor le preguntó si sufría menos, ella le respondió que sufría más allá de todo, pero que no era sólo por su herida, y, gárrula, elevó de nuevo su voz, cosa que inspiró a Justine este pensamiento: "La señora habla como si fuera un libro."

El doctor le dijo que se fuera a descansar, pues él velaría hasta la mañana.

—¿Qué otra salida queda sino el sueño, doctor? ¡Todo me parece tan claro ahora! Comprendo lo que no comprendía; esos seres que nosotros queremos amar... Esos amores miserablemente finitos... conozco la verdad ahora (rechazó con la mano la compresa que se había enfriado y su pelo mojado se pegó a su frente como si transpirara)... No se trata de amores sino de un solo amor en nosotros; y

recogemos al azar de los encuentros, al azar de los ojos y de las bocas lo que podría tal vez corresponder a aquello. ¡ Qué locura esperar alcanzar ese objeto!... ¡ Piense que no hay ningún otro camino entre nosotros y los seres salvo el de abrazar, tocar... en fin, la voluptuosidad! Sabemos bien, sin embargo, adonde nos lleva este camino y por qué nos fue trazado: para perpetuar la especie, como usted dice, doctor, y sólo para eso. Sí, hemos tomado prestado el único camino posible, pero que no ha sido despejado para aquello que buscamos... ¿comprende?

Al comienzo, el doctor había prestado apenas atención a ese discurso que no trataba de entender, intrigado solamente por esa confusa elocuencia, como si el derrumbe físico hubiese bastado para despertar a medias en ella una serie de ideas adormecidas.

—Doctor, tendríamos que amar el placer. Gaby decía: "No, pequeña Maria, es la única cosa en el mundo que no me ha decepcionado jamás. ¡ Imagínese! ¡ Ay!, el placer no está al alcance de todos... No estoy hecha a la medida del placer... Sólo él, sin embargo, nos hace olvidar el objetivo que buscamos y se convierte él mismo en el objetivo." Embrutézcase, eso es muy fácil decirlo.

El doctor piensa que es muy curioso que ella aplique a la voluptuosidad el precepto de Pascal referente a la Fe. Para calmarla a toda costa y para que descanse, le presenta una cucharada de jarabe; pero, al rechazarla, volvió a ensuciar las sábanas.

—No, no, nada de bromuro: bien puedo tirarlo sobre mi cama, si se me da la gana. ¡ No es usted el que me lo impedirá!

Y, sin transición, continuó:



—Siempre, entre aquellos que quise poseer y yo, se extendía ese país fétido, ese pantano, ese barro... Ellos no comprendían... Creían que los llamaba para que nos hundiéramos juntos...

Sus labios se movían. El doctor se imaginó que ella murmuraba nombres y apellidos; se inclinó hacia ella ávidamente, pero no escuchó a aquel que lo hubiera trastornado. Por algunos segundos, olvidó a su enferma y no vio más que una mujer mentirosa.

La increpó:

—¡Igual que las otras, vamos! Tal como las otras, usted busca sólo eso también: el placer... Pero si todos, todos buscamos lo mismo...

Ella levantó sus bellos brazos, tapó su cara y gimió largamente. El doctor murmuró: "¿Pero qué he hecho? ¡Estoy loco!" Renovó la compresa, llenó de nuevo una cuchara con el jarabe y sostuvo un poco la cabeza dolorida. María consintió en beber al fin; y después de un silencio:

—Sí, yo también, yo también. Pero, ¿usted sabe, doctor, cuando vemos los rayos y escuchamos simultáneamente el trueno? ¡Pues bien, en mí, el placer y la repugnancia se confunden, tal como el rayo y el trueno; me golpean juntos. No hay intervalo entre el placer y el asco!

Quedó más tranquila, no habló más. El doctor se sentó en un sillón, y velaba, llena su cabeza de ideas confusas. Pensó que María dormía, pero de súbito su voz soñadora, serena, se elevó:

—Un ser que pudiéramos alcanzar; pero no a través de la carne... que nos poseyera.

Apartó con mano incierta el paño mojado de su frente; luego fue el silencio de una noche que declina, la hora del más profundo sueño; los astros han cambiado de lugar, y ya no los reconocemos.

Su pulso está tranquilo; duerme como un niño cuyo hálito es tan liviano que tú te inclinas para asegurarte de que está vivo. La sangre sube a sus mejillas y las ilumina. Ya no es un cuerpo que sufre; su dolor ya no la protege contra tu deseo. ¿Será necesario que tu carne atormentada vele mucho tiempo todavía cerca de esa carne adormecida? Felicidad carnal, piensa el doctor. Paraíso abierto para los simples... ¿Quién dijo que el amor era un placer del pobre? Yo habría podido ser el hombre que se tiende cada tarde, una vez terminada su jornada, al lado de esta mujer; pero ya no sería esta misma mujer... Habría sido varias veces madre... Todo su cuerpo llevaría las huellas de lo que ha servido y de lo que se gasta todos los días en menesteres bajos... No más deseos: sólo sucias costumbres... ¡Amanece ya! ¡ Cuánto tarda esta criada en venir!"

El doctor teme no poder caminar hasta su casa, se convence de que el hambre lo agota, teme sin embargo la debilidad de su corazón, corazón del que cuenta los latidos. La angustia física lo libera de su tristeza amorosa; pero ya, sin que nada se advierta, imperceptiblemente el destino de Maria Cross se desprende del suyo: las amarras se han roto, las anclas han sido levadas, el barco se mueve y nadie sabe todavía que se mueve; pero en una hora más, sólo será una mancha sobre el mar. El doctor muchas veces había observado que la vida no sabe de preparativos: desde su adolescencia, los objetos de su ternura han desaparecido casi todos bruscamente, arrancados por otra pasión, o, en forma más humilde, se habían cambiado, habían dejado la ciudad y no habían vuelto a escribir. No es la muerte la que nos arrebatara aquellos que amamos; por el contrario, los conserva para nosotros y los fija en su juventud adorable: la muerte es la sal de nuestro amor; la vida es la que disuelve el amor. Mañana el

doctor estará tendido, enfermo, y su mujer estará sentada a su cabecera. Robinson vigilará la convalecencia de Maria Cross y la enviará a los baños de Luchon, porque su mejor amigo se encuentra instalado ahí y hay que ayudarlo a hacerse una clientela.

En el otoño, el señor Larousselle, llamado a menudo por sus negocios a París, decidirá arrendar cerca del Bois un departamento y le propondrá a Maria Cross vivir en él, ya que ella prefiere morir, antes que volver a la casa de Talence, a los tapices rotos, a las cortinas llenas de hoyos, y a seguir soportando los insultos de los bordeleses.

La criada entró en el cuarto. Aunque el doctor no se hubiera sentido tan débil, hasta el punto de no poder ocupar su espíritu sino con esta misma debilidad, o hubiese estado lleno de fuerzas y de vida, ninguna voz interior le advertía que debía mirar por largo rato a María Cross dormida. No volvería jamás a esta casa; sin embargo, dijo a la criada: "Volveré esta tarde... Déle otra cucharada de bromuro, si empieza a agitarse." Titubeaba, tenía que sujetarse a los muebles y por lo mismo, fue la única vez que, al dejar a María Cross, no volvió atrás.

Esperaba que el aire fresco de las seis azotaría su sangre, pero tuvo que detenerse a los pies de la entrada; sus dientes castañeteaban. Había atravesado tantas veces en pocos minutos este jardín, cuando volaba hacia su amor, y ahora miraba el portón un poco más hacia allá y pensaba que no tendría fuerzas para alcanzarlo. Se arrastra en la bruma, piensa en volver sobre sus pasos; no podrá nunca caminar hasta la iglesia, donde tal vez encontraría socorro. Por fin llegó al portón; tras la reja, un coche: el suyo; reconoce a través del vidrio levantado, el rostro inmóvil como de una muerta de Lucie Courrèges. Abre la puerta, se desploma contra su mujer, apoya la cabeza en su hombro, pierde el conocimiento.

—No te agites; Robinson está pendiente de todo en el laboratorio; atiende a tus enfermos... En este momento está en Talence, tú sabes dónde... No hables.

El doctor observa, desde el fondo del abismo, la angustia de las señoras, percibe, tras la puerta, los cuchicheos. No duda de que está enfermo y no cree nada de sus observaciones: "Una simple gripe... pero en el estado anémico en que te encuentras es delicado." Pide ver a Raymond, pero Raymond siempre ha salido: "Vino mientras dormías y no quiso despertarte." La verdad es que, hace tres días, el teniente Basque busca en vano a Raymond por Burdeos; sólo estaba en el secreto un policía aficionado: "Sobre todo, que no se sepa nada..."

Pasados seis días, Raymond entró una tarde en el comedor, mientras comían, enflaquecido, el rostro descompuesto, las huellas de un puñetazo bajo el ojo derecho. Comía vorazmente y ni las mismas niñitas se atrevieron a interrogarlo. Preguntó a su abuela dónde se encontraba su padre:

—Está con gripe... no es nada, pero estamos preocupados a causa de su corazón. Robinson dice que no se le puede dejar solo. Velaremos por él tu madre y yo.

Raymond declaró que era su turno esa noche. Y como Basque se atreviese a decir: "Harías mejor en ir a dormir; si vieras tu cara...", declaró que no experimentaba ninguna fatiga, que había dormido muy bien, estos días.

—En Burdeos no faltan camas, vosotros lo sabéis.

Esto fue dicho en un tono tal que Basque agachó la nariz. Más tarde, cuando el doctor abrió los ojos, vio a Raymond parado, y atrayéndolo hacia él, dijo: "Hueles a almizcle... No necesito nada; anda a acostarte." Pero, hacia la medianoche, nuevamente fue arrancado de

su sopor por las idas y venidas de Raymond en el cuarto. El adolescente había abierto de par en par la ventana e inclinaba su cuerpo, gruñendo: "La noche está sofocante..." Algunas mariposas entraron. Raymond se quitó su chaqueta, su chaleco, su cuello, y volvió a sentarse en el sillón; el doctor escuchó algunos minutos después, una respiración regular. Cuando amanecía, el enfermo despertó antes que aquel que lo velaba y estupefacto contempló a su hijo, con la cabeza colgando y sin hálito, como muerto por el sueño. La manga de su camisa estaba rota sobre el brazo musculoso, color cigarro, donde aparecía un tatuaje como aquellos que saben dibujar los marineros.

## CAPITULO UNDÉCIMO

La puerta giratoria del pequeño bar no cesaba de dar vueltas; alrededor de las parejas que bailaban apretábase un círculo de mesas, y bajo los pies, como si fuera la piel de la tristeza, recogíase el tapiz de cuero: en límites tan estrechos sólo se podía bailar de una manera vertical. Sentados en las banquetas, las mujeres reían al ver en sus brazos aplastados los unos contra los otros, la huella roja de una involuntaria caricia. Aquella que se llamaba Gladys y su compañero se colocaban sus abrigos :

—¿Entonces ustedes no vienen con nosotros?

Larousselle dijo que se iban justo cuando comenzaban a divertirse. Sus dos manos hundidas en los bolsillos, balanceando los hombros, el vientre provocativo, Larousselle se encaramó sobre un alto taburete; hizo reír al barman y a unos jóvenes frente a los cuales se vanaglorió de poseer el secreto de un cóctel afrodisíaco. Maria, sola en su mesa, bebió un trago más de champaña y dejó la copa. Sonreía al vacío, indiferente a la presencia de Raymond — el cual estaba muy ocupado no se sabía con qué pasión —, separada y defendida de él por aquello que se acumula durante diecisiete años en una vida. Aturdido y ciego por la zambullida, Raymond surgía desde el fondo de los años muertos, subía a la superficie. Sin embargo, aquello que le pertenecía de ese pasado confuso era sólo un delgado camino rápidamente recorrido entre espesas tinieblas; el hocico a ras de tierra había seguido la pista ignorando todas las otras que cruzaban la suya... Ha pasado ya el

tiempo de soñar: a través del humo y las parejas, Maria Cross le ha lanzado una mirada que ha esquivado rápidamente. ¿Por qué no le ha sonreído? Raymond se espanta de que, después de tantos años, bajo la mirada de esa mujer, vuelve a ser el adolescente que fue: tímido, enredado en un deseo que disimula. Ese famoso Courrèges, célebre por sus audacias, estremécese esta tarde porque de un momento a otro Maria Cross puede levantarse y desaparecer. ¿Se atreverá a hacer algo? Sufre de esa fatalidad que nos condena a la elección exclusiva, inmutable, que una mujer hace en nosotros de ciertos elementos, mientras desconocerá para siempre todos los otros. No hay nada que hacer contra las leyes de esta química; cada ser con que nos tropezamos desprende en nosotros una parte que es siempre la misma y que, por lo general, hubiésemos querido disimular. Nuestro dolor consiste en ver cómo el ser amado forma ante nuestros ojos la imagen que se hace de nosotros; anula nuestras más preciosas virtudes, y deja, a plena luz, aquella debilidad, ese ridículo, ese vicio... Nos impide su visión, nos obliga a adaptarnos en todo lo que a nosotros respecta, a su estrecha idea. No sabrá jamás que, ante los ojos de cualquier otro, cuyo afecto no tiene ningún valor, nuestras virtudes estallan, nuestro talento resplandece, nuestra fuerza parece sobrenatural, nuestro rostro el de un dios.

De nuevo adolescente vergonzoso bajo la mirada de Maria Cross, ya no deseaba vengarse: su humilde deseo consistía en que esta mujer conociese su carrera amorosa y todas sus victorias desde el momento en que, despedido de Talence, fue inmediatamente cazado, alimentado por una norteamericana que lo tuvo seis meses en el Ritz (la familia creía que estaba en París preparando unas oposiciones). Pero es eso, justamente, lo que no es posible, piensa: revelarse a Maria Cross

diferente a lo que fue en el salón "lujo y miseria", ahogado por los cortinajes, ese día en que ella repetía sin mirarlo: "Necesito estar sola, Raymond, compréndame : necesito estar sola."

Era la hora en que la gran masa se retira: pero los clientes del pequeño bar permanecían allí, pues, al desembarazarse de sus abrigos se quitaban de encima su dolor cotidiano. Esa joven de rojo giraba feliz, extendidos sus brazos como alas, y el hombre la sujetaba de las caderas: ¡ qué dichosos eran esos dos fugitivos unidos en pleno vuelo! Sobre sus dos enormes hombros un norteamericano llevaba la cabeza rasurada de un niño: atento a los mandatos de un dios interior, improvisaba pasos de baile, tal vez obscenos, y como lo aplaudieron saludó torpemente, con una sonrisa de niño dichoso.

Víctor Larousselle había vuelto a sentarse frente a Maria, y algunas veces se daba vuelta para mirar a Raymond. Su ancho rostro de un rojo vinoso (excepto bajo las bolsas parduscas de los ojos) mendigaba un saludo. En vano Maria le suplicaba que mirara a otro lado: lo que Larousselle no podía soportar en París era ese número infinito de cabezas que él no conocía. En su ciudad no existían rostros que no le recordasen un nombre, una relación familiar que no pudiese situar, de una sola mirada, ora a su derecha, entre las gentes a las cuales uno muestra cortesía, ora a la izquierda, entre los reprobados que se conocen, pero a los cuales no se saluda. Nada hay de más común que esta memoria de los rostros cuyo privilegio es atribuido por los historiadores a los grandes hombres: Larousselle recordaba a Raymond por haberlo visto en la berlina de su padre en tiempos pasados y por haberle dado, en esa ocasión, palmaditas en las mejillas. En Burdeos, sobre la acera de la intendencia, no habría dado muestra de reconocerlo; pero aquí, aparte de que no se acostumbraba a la



humillación de no ser reconocido por nadie, su secreto deseo era que Maria no quedara sola mientras él se hacía el gracioso con aquellas dos pequeñas rusas. Atento a los gestos de Maria, Raymond supone que ella impide a Larousselle que le dirija la palabra; se convence de que, después de diecisiete años ella ve siempre en él un animal torpe y avergonzado. El joven oyó cómo gruñía el bórdeles: "¡Además lo quiero, eh, eso te basta!" Una sonrisa enmascaró el rostro malo de ese hombre, el cual se dirigió a Raymond con la seguridad de las personas convencidas de que un apretón de manos es un favor: "¿No se equivocaba? ¿Era el hijo de ese buen doctor Courrèges ? Su mujer recordaba muy bien haber conocido a Raymond cuando era pequeño, durante el tiempo en que el doctor la cuidaba..." Arrebató el vaso del joven y lo obligó a sentarse cerca de Maria, la cual pronto retiró su mano apenas la hubo tendido; Larousselle sentóse por un instante, y después se levantó, y sin disimular:

—Con permiso, ¿no?... Un instante...

Ya se había reunido con las rusas en el mesón: a pesar de que podía volver de un momento a otro y nada era más urgente para Raymond que aprovechar este minuto, el joven permaneció silencioso. Maria volvía la cabeza; sentía el olor de sus cabellos cortos, y vio, con profunda emoción, que algunos eran blancos. ¿Algunos? Miles, tal vez... La boca un poco tosca, gruesa — fruto milagrosamente intacto aún — concentraba en sí toda la sensualidad de ese cuerpo y dejaba una luz muy pura en los ojos, en la frente descubierta. ¡ Ah!, ¿ qué importaba que la ola del tiempo hubiese batido, lentamente roído, ablandado su cuello, su garganta ? Dijo sin mirar al joven:

—Realmente mi marido es de una indiscreción...

Raymond, como si hubiera tenido dieciocho años, demostró su estupor al saberla casada.

—¿No lo sabía? ¡Vamos! ¡Todo el mundo lo sabía en Burdeos!

Había resuelto oponer a Raymond un frío silencio; pero pareció confundida al comprobar que existía un hombre en el mundo — especialmente un bórdeles — que no sabía que ella se llamaba ahora la señora de Larousselle. El se excusó diciendo que no vivía en Burdeos desde hacía mucho tiempo. Ella, entonces, no pudo dejar de violar su promesa de silencio: el señor Larousselle se había decidido un año después de la guerra... Dudaba desde mucho tiempo, debido a su hijo...

—Bertrand, apenas desmovilizado, nos suplicó que finiquitéramos el matrimonio. No tenía ningún interés; cedí ante consideraciones muy altas...

Agregó que habría vivido en Burdeos :

—...Pero Bertrand está en el Politécnico; el señor Larousselle pasa aquí quince días al mes; esto constituye un hogar para el chico.

De súbito, tuvo vergüenza de haberse entregado; de nuevo distante, preguntó:

—¿ Y el querido doctor ? La vida nos separa de nuestros mejores amigos.

¡ Qué alegría sería para ella volver a verlo! Pero como Raymond le tomara la palabra para decirle: "Justamente mi padre está en París, en el Grand—Hotel; estaría encantado. .." Ella giró en redondo y puso cara de no haber escuchado. Impaciente por irritarla, por desencadenar su cólera, se hizo, por fin, el valiente, y se atrevió a tratar el quemante tema :

—¿Ya no me guarda rencor por mi torpeza? ¡Sólo era un niño grosero pero candido en el fondo! Dígame que no me guarda rencor.

—¿Guardarle rencor?

Fingió no comprenderlo; luego:

—¡ Ah! Usted alude a aquella escena absurda... No tengo nada que perdonarle; creo, más bien, que estaba loca en esa época. ¡ Tomar en serio a un mocoso como usted ! ¡ Eso me parece tan desprovisto de interés hoy día! ¡ Si supiera cuan lejos está de mí!

Ciertamente la había irritado, pero no como había creído. Todo aquello que le recordara la antigua María Cross le daba horror; pero sólo juzgaba ridícula su aventura con Raymond. Desconfiaba, preguntábase si él había sabido que tal vez había querido morir... No; hubiese estado más orgulloso, no tendría ese aire tan humilde. Raymond lo había previsto todo menos lo peor... menos esa indiferencia.

—En ese entonces vivía replegada en mí misma. Le daba infinita importancia a simples extravíos. Me parece que usted me habla de otra mujer.

Raymond sabía que la cólera y el odio son prolongaciones del amor. Si él hubiese podido despertarlos en María Cross su causa hubiese podido tener esperanzas, pero él sólo provoca el aburrimiento de esa mujer, su vergüenza por haberse entregado en otro tiempo a juegos tan miserables en tan pobre compañía. Y como agregara en tono de burla:

—¿Entonces usted creía que esas tonterías podían tener importancia en mi vida?

El gruñó diciendo que habían tenido importancia en la suya, confesión que nunca se había hecho a sí mismo y que se le escapaba.

No sospechaba que esa pobre historia de su adolescencia había cambiado su destino; sufría, oía la voz tranquila de María Cross:

—Bertrand tiene mucha razón al decir que no empezamos a vivir nuestra verdadera vida sino después de los veinticinco o treinta años.

Raymond sentía confusamente que eso no era verdad y que, al final de la adolescencia, todo aquello que debe cumplirse ha echado raíces en nosotros. En el umbral de nuestra juventud, las cartas están echadas: no va más; tal vez están echadas desde nuestra infancia: esa inclinación, enterrada en nuestra carne antes de haber nacido, ha crecido como nosotros, se ha combinado con la pureza de nuestra adolescencia, y cuando hemos alcanzado la madurez florece bruscamente su monstruosa flor.

Raymond, desamparado, alzado todo él contra esta mujer inaccesible, recordó entonces lo que tan ardientemente había deseado hacerle saber a ella, y aunque tenía, a medida que hablaba, la certidumbre de que sus palabras eran las menos oportunas, dijo que "por cierto esta historia no le había impedido conocer el amor... ¡y de qué manera! Había tenido, sin lugar a dudas, más cantidad de mujeres que ningún otro muchacho a su edad, mujeres que valen la pena: no hablaba de las mujeres de la calle... María Cross le había traído más bien suerte". María echó la cabeza hacia atrás, y con los ojos entrecerrados, lo interrogaba con aire de repugnancia: de qué se quejaba...

—... Ya que sin duda para usted sólo existe esa porquería.

Encendió un cigarrillo, apoyó contra el muro su nuca afeitada, siguió, a través del humo, las volteretas de tres parejas. Como la orquesta se tomó un descanso, los hombres se desprendieron de las mujeres y batieron palmas tendiendo luego las manos a los negros con

un gesto suplicante, como si su vida hubiese dependido de ese bullicio; los negros misericordiosos desencadenaron el jazz, y los fugitivos, entonces, llevados por el ritmo, volaron otra vez acoplados.

Raymond, sin embargo, consideraba con odio a esta mujer de pelo corto que fumaba, a esta María Cross; buscó y encontró al fin la palabra que necesitaba para que se pusiera fuera de sí:

—De todas maneras, usted está aquí.

Ella comprendió que él quería decir: volvemos siempre a nuestros primeros amores. Tuvo el placer de ver cómo enrojecía su rostro y fruncía las cejas:

—Siempre he detestado este tipo de lugares: ¡usted me conoce muy mal! Su padre tiene que recordar mi martirio cuando el señor Larousselle me arrastraba al Lion—Rouge. De nada serviría que yo le dijese a usted que estoy aquí por deber: sí, por deber... Pero un hombre como usted ¿qué puede entender de mis escrúpulos? Es el propio Bertrand el que me aconseja ceder, en una medida razonable, a los gustos de mi marido. Si quiero mantener cierta influencia, no debo tirar demasiado de la cuerda. Bertrand tiene un criterio muy amplio, usted sabe: me suplicó que obedeciera a su padre que quería que me cortara el pelo...

Basta que María pronuncie el nombre de Bertrand para que se sienta menos tensa, apaciguada, enternecida. Raymond vuelve a ver en pensamientos una avenida desierta del Parc—Bordelais a las cuatro de la tarde y un niño sofocado que lo persigue; oye su voz llena de lágrimas: "Devuélveme mi cuaderno..." Ese niño debilucho, ¿en qué clase de hombre se ha transformado? Raymond, trata de herir:

—Usted tiene ahora un hijo mayor... No, ella no está herida; sonrío dichosa:

—Es cierto que usted lo conoció en el colegio... De súbito, Raymond existe ante sus ojos: es un condiscípulo de Bertrand.

—Es verdad, un hijo mayor; pero un hijo que, a la vez, es amigo, un maestro. Usted no se imagina lo que le debo...

—Sí, usted me lo dijo: le debe su matrimonio.

—Efectivamente, mi matrimonio: pero eso es lo de menos. Me reveló... no, no, usted no puede comprender. Aunque pensaba hace un momento que usted había sido su compañero. Me gustaría saber cómo era de niño; muchas veces, se lo he preguntado a mi marido; parece increíble que un padre no sepa qué decir sobre su hijo: "un niño simpático, igual a todos", me repetía. Verdad que no parece que usted haya sabido observarlo mejor. ¡En primer lugar, usted es mucho mayor que él!

Raymond protesta:

—Cuatro años, eso no es nada — y agrega: — Recuerdo a un mocoso con cara de mujer.

Ella no se enojó, pero le contestó con apacible desdén que se imaginaba perfectamente que no habían sido hechos como para entenderse. Raymond comprendió que a los ojos de Maria, su hijastro planeaba sobre él, a distancia inconmensurable. Ella pensaba en Bertrand; había bebido champaña y sonreía a los ángeles; golpeó también con sus manos, como los fugitivos desunidos, para que la música ayudara en su encantamiento. ¿Qué quedaba, en la memoria de Raymond, de esas mujeres que él había poseído? Algunas ni siquiera las reconocería. Pero durante esos diecisiete años, no ha transcurrido un solo día en que no haya recordado ese rostro, lo haya insultado, acariciado, ese rostro cuyo perfil puede contemplar tan de cerca, esa tarde. Maria estaba tan lejos de él esa tarde que no lo pudo

soportar y para acercarse a ella, pronunció de nuevo el nombre de Bertrand:

—¿Deja pronto el Politécnico?

Respondió con complacencia que era su último año; había perdido cuatro años a causa de la guerra; pensaba que saldría entre los primeros. Y como Raymond agregara que, sin duda, Bertrand, sucedería a su padre, Maria protestó diciendo que le darían tiempo para que reflexionara.

Por lo demás, ella estaba segura de que se impondría en cualquier parte. Raymond no comprendía nunca el valor de esa alma:

—En el Politécnico, su influencia es extraordinaria... Pero no sé por qué le digo estas cosas...

Pareció que bajaba de las nubes, cuando le preguntó: "Y usted, ¿qué hace?"

—Negocios... vagabundeo un poco...

Repentinamente, su vida le pareció miserable. Apenas si ella lo había escuchado: no lo despreciaba; simplemente, no existía ante sus ojos. Levantándose a medias, Maria hacía señales a Larousselle, que seguía perorando sobre su taburete; él gritó: "¡ Todavía otro minuto!" Ella dijo en voz baja: ¡Está tan rojo! Bebe demasiado..." Los negros envolvían sus instrumentos, como si fueran niños dormidos. Sólo el piano parecía no poder detenerse: una pareja daba vueltas todavía; el resto, sin separarse, se había desplomado. Ha llegado la hora, que Raymond Courrèges saboreara tantas veces: la hora en que las garras se esconden, los ojos se llenan de dulzura, la voz ensordece y las manos insidiosas... En otra época, sonreía, pensaba en lo que vendría después: cuando al salir del cuarto, al rayar el alba, el hombre se alejaba, silbando bajo y dejando tras él, atravesado en la cama, un

cuerpo molido, como si estuviera asesinado... ¡Ah! ciertamente, ¡no habría abandonado así a Maria Cross! Toda su vida no hubiera bastado para hartarse de esa mujer. No se ha dado cuenta de que él ha acercado su rodilla a la suya: ni siquiera siente el contacto; ha perdido su poder frente a ella; sin embargo, él la tuvo al alcance de su mano, en esos años transcurridos; ella creyó amarlo. El no sabía; sólo era un niño, ella debió advertirle lo que exigía de él; ningún capricho lo habría desalentado; habría avanzado tan lentamente como ella lo hubiese deseado; sabía, según la necesidad, suavizar su furor... Habría sabido hacerle saborear la felicidad... Demasiado tarde ahora: pasarían siglos antes de que se volviera a renovar la conjunción de sus destinos en el tranvía de las seis. Levantó los ojos, miró en los espejos su juventud que pasaba, vio asomarse las señales de la decrepitud: ha pasado el tiempo de ser amado; es el tiempo de amar, si eres digno de ello. Posó su mano sobre la mano de María Cross:

—¿Recuerda el tranvía?

Ella se alzó de hombros y sin volverse tuvo la audacia de preguntar: "¿Cuál tranvía?" Luego, para no darle tiempo de contestar:

—¿Sería tan amable de ir a buscar al señor Larousselle y reclamar la contraseña del guardarropa?... De otra manera, no partiremos nunca.

Parecía no escuchar. Ella había dicho intencionadamente : "¿Qué tranvía?" Raymond hubiera querido decirle que nada contaba en su vida fuera de esos minutos en que estuvieron sentados frente a frente, en medio de esos pobres que, muertos de sueño, dejaban caer sus rostros tiznados: un diario se resbalaba de entre esas pesadas manos; esa mujer, con su cabeza descubierta, levantaba hacia las lámparas un folletín y sus labios se movían como si estuvieran rezando. Gotas de tormenta cavaban el polvo de aquel pequeño camino, tras la iglesia de



Talence; un obrero en bicicleta adelantaba al tranvía, el cuerpo doblado sobre el volante, llevaba, cruzándole el cuerpo, una bolsa de tela de donde salía una botella. Un follaje polvoriento semejaba, a través de las rejas, manos que buscan agua.

—Le ruego que sea amable y me traiga a mi marido; no está acostumbrado a beber tanto; debería haberlo retenido; no soporta el alcohol.

Raymond, que había vuelto a sentarse, se levantó y de nuevo le causó horror su reflejo en los espejos. ¿De qué sirve ser joven todavía? Es verdad que todavía pueden amarnos, pero ya no elegimos. Todo es posible para aquel que posee el efímero esplendor de la primavera del ser humano... Cinco años menos y Raymond piensa que no habría desesperado de su suerte: sabía, mejor que ningún otro, todo lo que podía vencer un hombre en su primera juventud; antipatías, preferencias, pudores, remordimientos en una mujer ya usada; todo lo que despierta en materia de curiosidades, de apetitos. Ahora se creía desarmado y miraba su cuerpo como si en la víspera de un combate hubiera mirado una espada rota.

—Si usted no se decide a ir, iré yo misma. Lo hacen beber... ¿Cómo podré traerlo de vuelta?... ¡Qué vergüenza!

—Qué diría su Bertrand, si la viera aquí a mi lado, y su padre allá...

—Lo comprendería todo: lo comprende todo.

En ese momento retumbó, del lado del bar, el ruido de un cuerpo macizo que se derrumbaba. Raymond se precipitó, y con la ayuda del barman, quiso levantar a Victor Larousselle, el cual tenía las piernas enredadas en el taburete derribado; su mano convulsa, llena de sangre, no soltaba una botella rota. María, temblando, tiró sobre los hombros del padre de Bertrand una pelliza y levantó su cuello para ocultar el

rostro violeta. El barman decía a Raymond que pagara la cuenta, "que nunca se sabía si se trataba de un ataque o no", y lo llevó casi hasta el taxi, tanto miedo le daba verlo "reventar" antes de que hubiese traspasado la puerta.

María y Raymond, sentados en la bigotera, mantenían al ebrio acostado; una mancha de sangre se ensanchaba sobre el pañuelo alrededor de la mano herida. María gemía : "Esto no le sucede nunca... debería haber recordado que no soporta el vino... ¿Me jura guardar silencio?" Raymond exultaba, saludaba con inmensa alegría este retorno de la fortuna. No, no podía haberse separado de María Cross esa tarde. ¡ Qué locura haber dudado de su buena estrella ! A pesar de que estaban al final del invierno, la noche estaba fría; una capa de granizo blanqueaba la plaza de la Concordia bajo la luna. Raymond retenía, inmóvil, en el fondo del coche, esta masa de donde salían palabras confusas, eructos. María abrió un frasco de sales, y al joven le gustó ese olor avinagrado; se calentaba contra el fuego del cuerpo bienamado, aprovechaba las breves llamas de cada farol para llenar sus ojos con la imagen de ese bello rostro humillado. Por un momento tomó ella entre sus manos esa pesada cabeza de viejo que causaba horror mirarla y se parecía a Judit.

Deseaba, sobre todas las cosas, que el portero no se diera cuenta de nada y se sintió muy feliz de poder aceptar los servicios de Raymond, para arrastrar al enfermo hasta el ascensor. Apenas lo habían extendido en una cama, cuando vieron que su mano sangraba abundantemente y que tenía los ojos en blanco. María perdía la cabeza, torpe, incapaz de prodigar ninguno de los cuidados familiares a otras mujeres... ¿Tendría que despertar a los sirvientes en el séptimo piso ? ¡ Pero qué escándalo sería! Decidió telefonar a su médico, que

debía de haber descolgado el interruptor, pues nadie le respondió. Estalló en sollozos. Raymond recordó entonces que su padre estaba en París, tuvo la idea de llamarlo y se lo propuso a María. Sin darle ni las gracias, buscó inmediatamente, en la guía de teléfonos, el número del *Grand—Hotel*.

—Justo el tiempo de vestirse y coger un taxi, y ya mi padre está aquí.

Esta vez, Maria le tomó la mano; abrió una puerta, y dio la luz:

—¿Quiere esperar ahí? Es el cuarto de Bertrand.

Dijo que el enfermo había vomitado y que se encontraba mejor; pero la herida todavía le inquietaba. Raymond, cuando ella se hubo ido, se sentó y abotonó su pelliza: el radiador calentaba poco. Le parece escuchar todavía la voz adormecida de su padre: ¡ de cuan lejos parecía venir! Hacía tres años que no se veían: desde la muerte de la abuela Courrèges. En esa época, Raymond se encontraba en grandes dificultades de dinero; tal vez había reclamado su dote demasiado brutalmente; pero eso en particular había picado a lo vivo al muchacho y había precipitado la ruptura: también las amonestaciones de su padre refiriéndose a medios de existencia que daban horror a ese hombre timorato; los trabajos de corredor de comercio, de intermediario, le parecían indignos de un Courrèges; había pretendido exigir de Raymond que buscara una ocupación regular... Estará ahí en algunos instantes más. ¿Lo abrazará o simplemente le dará la mano?

Raymond se interroga, pero un objeto lo atrae, lo retiene: la cama de Bertrand Larousselle: una cama de hierro tan estrecha, tan correcta bajo su colcha de cretona de flores, que Raymond estalla de risa: cama de solterona o de seminarista. Paredes desnudas, salvo una sola, tapizada de libros; la mesa de trabajo está ordenada como una

conciencia tranquila. "Si Maria viniera a mi casa, piensa Raymond, cambiaría..." Vería un diván tan bajo que se confunde con las alfombras; toda criatura que se aventura en esa media luz goza de una peligrosa desorientación, la tentación de ceder a gestos que la comprometerán tan poco como aquellos que osara hacer en otro planeta, como aquellos que vuelven inocente el sueño... Pero en el cuarto donde Raymond esperaba, esa noche, ninguna cortina ocultaba los vidrios helados por la noche de invierno: su habitante quería sin duda que lo despertara el alba, antes que hubieran tocado la primera campana. Raymond no sabe discernir los signos de una vida pura; ese cuarto hecho para la oración le hace pensar que el rechazo del amor, su no aceptación, son aplazamientos hábiles de donde saca beneficio el placer. Descifró algunos títulos de libros, y gruñó: "¡No! ¡pero qué idiota!" Nada le era más ajeno que esas historias de otro mundo, nada le causaba más repugnancia. ¡ Su padre tardaba en venir! No quería seguir solo, se sentía burlado por ese cuarto. Abrió la ventana y miró los techos bajo la luna tardía.

—Su padre está ahí.

Cerró la ventana, y siguió a María al cuarto de Victor Larousselle: vislumbró una sombra inclinada sobre la cama, reconoció sobre una silla el enorme sombrero hongo de su padre, su bastón con empuñadura de marfil (su caballo, en el pasado, cuando jugaba al caballo); pero al enderezarse el doctor, no lo reconoció. Ese anciano que le sonreía, que lo atraía hacia él, sabía que era su padre.

—Nada de tabaco, nada de alcohol, nada de café; carnes cocidas al mediodía, y nada de carne por la noche. Así vivirá un siglo... ¡Vamos!

El doctor repitió: "Vamos", con voz distraída, como cuando se tiene el pensamiento en otra parte. Sus ojos no se apartaban de María, que al verlo inmóvil, tomó la iniciativa, abrió la puerta y le dijo:

—Creo que ahora todos necesitamos dormir.

El doctor la siguió al vestíbulo; repetía con tímida voz: "De todos modos es una suerte habernos encontrado..." Al vestirse de prisa, hacía un rato, y después en el taxi, había decidido que esta corta frase sería interrumpida por María Cross y que ella exclamaría: "Ahora que lo he recuperado doctor, no lo suelto más." Pero no era eso lo que ella había contestado, cuando, desde el umbral, él se había apresurado a decir: "De todos modos, es una suerte..." Repetía, por cuarta vez, la frase preparada, como si, a fuerza de insistir, surgiera la respuesta esperada. No; María le tendía su abrigo, no se impacientaba a pesar de que él no encontraba la manga; ella decía con suavidad :

—Es cierto que el mundo es pequeño. ¿No nos hemos encontrado esta noche ? Podemos volver a encontrarnos de nuevo.

Como ella fingiese no oír esta observación del doctor: "Tal vez deberíamos ayudar a la suerte...", el doctor elevó el tono de voz :

—¿No cree usted, señora, que nos sería posible ayudar un poco a la suerte?

¡ Cuan embarazosos serían los muertos si volvieran! Vuelven a veces, guardando de nosotros una imagen que deseáramos ardientemente destruir, llenos de recuerdos que apasionadamente deseamos olvidar. Cada ser vivo se siente embarazado con esos náufragos que el reflujo trae de nuevo.

—Ya no soy la mujer perezosa que usted conoció, doctor; voy a tenderme un rato, porque debo levantarme a las siete de la mañana.

Se sintió lastimada de que él no replicara nada. Estaba harta de sentirse devorada con ojos tenaces por ese anciano que repetía:

"¿Entonces, usted no cree que podamos ayudar al azar? ¿No?"

Respondió con una amabilidad un poco seca, que él sabía su dirección:

—Yo no voy casi nunca a Burdeos... Pero usted tal vez...

¡ Era tanta amabilidad de su parte haberse molestado!

—Si se apaga la luz de la escalera, el interruptor está ahí.

El no se movía, se obstinaba: ¿Se había resentido ella con su caída? Raymond emergió de la sombra y preguntó:

"¿Qué caída?" Ella sacudió la cabeza exasperada y dijo con gran esfuerzo:

—¿Sabe usted lo que sería muy agradable, doctor? Podríamos escribirnos... Ya no soy una corresponsal empedernida; pero, en fin, por tratarse de usted...

El respondió:

—Escribirse no es nada. ¿Para qué sirve escribir si no podemos vernos?

—¡ Pero justamente por eso! ¡ Porque no podemos vernos!

—No, no: aquellos que están seguros de no volver a verse ¿cree usted que desean prolongar artificialmente su amistad mediante una correspondencia? Especialmente cuando uno se da cuenta de que para el otro es un clavo... Uno se hace cobarde al envejecer, María. Ya tuvimos nuestra parte; tememos un aumento de pena.

Nunca le había revelado tanto; ¿comprendería al fin? Ella estaba distraída en ese momento, porque Larousselle la llamaba, porque eran las cinco de la mañana y porque tenía prisa por desembarazarse de los Courrèges.

—¡ Pues bien! Seré yo la que le escriba, doctor, y usted tendrá la molestia de contestarme.

Pero más tarde, una vez que hubo cerrado y pasado el cerrojo por la puerta de entrada, volvió a su cuarto, donde su marido la oyó reír.

—¿Sabes lo que estoy pensando? ¿No te burlarás? Parece que el doctor estuvo algo enamorado de mí, en Burdeos. .. a mí no me extrañaría mucho.

Víctor Larousselle respondió con voz pastosa que no estaba celoso; y repitió una de sus antiguas bromas: "Otro que está maduro para la fría piedra." Agregó que el pobre hombre sin duda había tenido un pequeño ataque; muchos de sus clientes no se atrevían a dejarlo y consultaban en secreto otros médicos.

—¿Ya no te duele el corazón? ¿No te molesta la mano? No, no sufría:

—Con tal de que en Burdeos no se sepa lo que me ha ocurrido esta noche... ¿Tal vez el chico Courrèges, podría... ?

—No va nunca a Burdeos. Duerme.,, voy a apagar la luz.

Se sentó en la sombra y no volvió a moverse hasta que un tranquilo ronquido se elevó. Salió para ir a su cuarto, dudó ante la puerta entreabierta de Bertrand, y sin poder contenerse, empujó la puerta, olfateó furiosa, y percibió un olor a tabaco, un olor humano: "Tengo que haber perdido la cabeza para introducir aquí a ese..." Abrió la ventana para que entrara por ella el viento del alba y se arrodilló un instante al pie de la cama; sus labios se movieron; apoyó sus ojos en la almohada.

## CAPITULO DUODÉCIMO

Tal como en otra época una berlina cerrada, chorreando agua sus cristales, transportaba al doctor y a Raymond en un camino de arrabal, un taxi los llevaba ahora, sin que entre ambos se intercambiaran palabras como en esas mañanas olvidadas. Pero no se trataba del mismo silencio: Raymond sostenía la mano del anciano que se desplomaba un poco sobre él. Dijo:

—No sabía que se hubiera casado.

—No se lo dijeron a nadie; al menos lo creo, espero que sea así...

—En todo caso, a mí no me lo dijeron.

Se comentaba que el joven Bertrand había insistido en regularizar esta situación. El doctor citó estas palabras de Víctor Larousselle: "Hago un matrimonio morganático." Raymond murmuró: "¡Es fantástico!" Observó de reojo en la pálida luz del amanecer, ese rostro de ajusticiado, vio moverse los labios blancos. Ese rostro congelado, esa máscara de piedra le dio miedo; dijo las primeras palabras que se le ocurrieron:

—¿Cómo está la familia?

Todos estaban bien. Madeleine, especialmente. Se portaba en forma admirable, decía el doctor; vivía sólo para sus hijas, las sacaba en sociedad, ocultaba sus lágrimas, se mostraba digna en fin, del héroe que había perdido. (El doctor nunca dejaba de ensalzar a su yerno, muerto en Guise, ni dejaba de hacer confesión pública, acusándose de haberlo desconocido: ¡Tantos hombres tuvieron en la guerra una



muerte que no se les parecía!) Catherine, la hija mayor de Madeleine, era novia del tercero de los jóvenes Michon; esperaban que él cumpliera veinte años para hacer oficial el noviazgo:

—Sobre todo, no lo digas.

Hizo esta recomendación con la misma voz de su mujer y Raymond se abstuvo de contestarle: "¿A quién le puede interesar eso en París?" El doctor se interrumpió, como si hubiera sido asaltado por un dolor agudo. El joven calculaba: "Tiene sesenta y nueve o setenta años... ¿Se puede sufrir todavía a esa edad, después de tantos años transcurridos?" Sintió, entonces, su propia herida, tuvo miedo: no, no, eso pasaría pronto; recordó lo que siempre decía una de sus amantes: "Cuando sufro en el amor, me ovillo, espero, estoy segura de que el hombre por el cual deseo morir, mañana ya no me importará nada; el objeto de tantos sufrimientos, no merecerá una mirada: es terrible amar y es vergonzoso no hacerlo más..." ¿Por qué motivo ese anciano sangra desde hace diecisiete años? En esas vidas tan ordenadas, en esas vidas entregadas al deber, la pasión se concentra, se conserva; nada la gasta, ningún soplo extraño la evapora; se acumula, se pudre, se corrompe, emponzoña, corroe el vaso vivo que la encierra. Rodean el Arco de Triunfo; entre los raquíticos árboles de los Campos Elíseos, la calzada negra corre como el Erebe.

—Creo que he terminado de vagabundear; me han ofrecido un puesto en una fábrica: una industria de achicorias. Después de un año me darían la dirección de ella.

El doctor respondió con voz distraída: "Estoy muy contento, hijito...", y de súbito:

—¿Cómo la conociste?

—¿A quién?

—Sabes perfectamente a quién me refiero.

—¿El amigo que me ofrece el puesto?

—No, no: María.

—Hace mucho tiempo. Cuando cursaba filosofía, cambiábamos algunas palabras en el tranvía, me parece.

—No me lo habías dicho. Recuerdo que una sola vez me contaste que un amigo te la había mostrado en la calle.

—Posiblemente... Después de diecisiete años, ya no recuerdo muy bien... ¡Ah sí!; al día siguiente de este encuentro ella me dirigió la palabra, justamente, para preguntarme noticias tuyas. Me conocía de vista. Por lo demás, creo que anoche, si no hubiera sido por su marido, se hubiera hecho la desconocida.

El doctor pareció tranquilizado, se arrinconó. Murmuró: "¿Qué me importa a mí? ¿Qué puede importar eso?" Hizo el gesto de barrer, con sus dos manos apretó su rostro, se enderezó y volviéndose un poco hacia Raymond, haciendo un esfuerzo para escapar de sí mismo y no tener otra preocupación que la de su hijo:

—Una vez que asegures tu situación, cástate. Y como Raymond riese, protestase, el anciano volvióse a sí mismo, volvió a caer dentro de sí:

—No te imaginas lo bueno que es vivir en lo más profundo de una familia... ¡cómo no! Soportamos los miles de preocupaciones de los demás; esas mil picaduras atraen la sangre hacia la piel, ¿comprendes? Nos apartan de nuestras secretas heridas, de nuestra profunda llaga interior; se nos vuelven indispensables... Ya ves: quería esperar que el congreso terminara, pero es más fuerte que yo: voy a tomar el tren de las ocho de la mañana... En la vida, lo más importante

es crearse un refugio. Es necesario, tanto al fin como en el comienzo, que una mujer nos lleve.

Raymond masculló: "¡Gracias, prefiero reventar!" Miraba al anciano, empequeñecido, comido por los gusanos.

—No puedes saber lo protegido que me siento entre vosotros. Una mujer, los hijos, son seres que nos rodean, que nos estimulan, que nos defienden contra un montón de cosas deseables. Tú, que nunca me hablabas antes —no te lo reprocho, querido—, no sabes cuántas veces sentí tu mano sobre mi hombro apartándome dulcemente cuando estaba a punto de ceder a alguna deliciosa pero tal vez criminal solicitud.

Raymond gruñó: "¡Qué locura pensar que existen placeres prohibidos!"

—¡Ah! no somos de la misma especie: en tu caso, yo habría atropellado con prontitud a la parvada.

—¿Acaso crees que no he hecho sufrir a tu madre también? No somos tan diferentes; ¡ cuántas veces no he atropellado en espíritu a mi parvada! Eso, tú no lo sabes... No protestes: tu madre habría sido mucho más feliz con algunas infidelidades y no con ese deseo permanente que fue una traición durante treinta años. Tienes que saberlo, Raymond ; sería difícil que tú pudieras ser un marido peor que el que yo fui... ¡Sí, sí! He soñado con mi libertinaje. .. ¿Es menos culpable eso que vivirlo? Y mira en qué forma se venga tu madre, hoy día; con un exceso de cuidado: no hay nada en el mundo que me sea tan indispensable como su importunidad; se da un trabajo... día y noche me sigue con los ojos. ¡ Ah! ¡ Mi muerte será dulce! Tú sabes que ya no estamos servidos como antes: los sirvientes de hoy día, como dice tu madre, no se parecen a los antiguos; no hemos reemplazado a Julie:

¿recuerdas a Julie? Volvió a su tierra. ¡ Pues bien! Tu madre reemplaza a todas; muchas veces tengo que enojarme con ella: no titubea en barrer ella misma; lustra los pisos.

Se interrumpió, y de súbito dijo suplicante :

—No te quedes solo.

Raymond no tuvo tiempo de contestar: el taxi se detenía frente al *Grand—Hotel*; tuvieron que descender, buscar dinero. El doctor sólo tenía tiempo de preparar su equipaje.

La hora de los barrenderos y de los verduleros era familiar a Raymond Courrèges; respiró profundamente, acogió y reconoció las sensaciones que se le ofrecían cuando volvía al alba: felicidad de animal derrengado, satisfecho, que sólo desea su cueva y el sueño en los cuales se va a hundir. Suerte que su padre haya querido separarse en la entrada del *Grand—Hotel*. ¡Cuánto había envejecido! ¡Cuan pequeño estaba! Nunca habría suficientes kilómetros entre su familia y él, dijose, nunca estarían sus parientes lo bastante alejados. Tenía plena conciencia de no pensar en María; recordó que tenía mucho que hacer ese día, tomó una libreta, buscó la página y se sintió estupefacto de ver que su día se había ampliado considerablemente. ¿O tendría que rendirse a la evidencia de que aquello con lo que había pretendido llenarlo se había reducido a nada? ¿La mañana? Un desierto; ¿la tarde?, ¿esas dos citas?: no iría. Se inclinaba sobre ese día como un niño sobre un pozo: tenía sólo unas piedrecillas para tirar en él; ¿cómo llenar ese hoyo? Para llenar ese vacío sólo había eso: tocar el timbre en la puerta de María, ser anunciado, ser recibido, sentarse en el cuarto donde ella estaría sentada, dirigirle una frase cualquiera; aun menos que eso le habría bastado para llenar sus horas vacantes y otras muchas: tener una cita con Maria: no importaba que fuese para una

fecha lejana: ¡ con qué paciencia de cazador al acecho habría cazado esos días que lo separaban de ese otro día! Aunque ella hubiese postergado la cita, Raymond se habría consolado siempre de que hubiera propuesto otra, y esa esperanza renovada habría sido la medida del infinito vacío de su vida. Su vida no es más que una ausencia que tiene que esperar. "Razonemos, dijo; empecemos por lo posible: ¿renovar contacto con Bertrand Larousselle, entrar en la vida de Bertrand? No tenían nada en común. ¿Dónde podía encontrarlo?, ¿en qué sacristía encontraría a ese sacristán?" En pensamiento, Raymond quema todas las etapas entre él y Maria: una vez franqueado el abismo, sostiene esa misteriosa cabeza en su brazo derecho doblado, siente, sobre su bíceps, la nuca rasurada semejante a una mejilla de muchacho, y esa figura viene a su encuentro, se aproxima, se engruesa, tan vana, ¡ay! como las imágenes de un ecran cinematográfico. .. Raymond se extraña de que los primeros transeúntes no se den vuelta, no vean su locura. Se desploma sobre un banco, frente a la Madeleine.

La desgracia está en haberla visto de nuevo: hacía diecisiete años que todas sus pasiones, sin que él se diera cuenta, se habían encendido contra Maria, como cuando los campesinos de los páramos encendían fuegos para detener el incendio... Pero la había vuelto a ver y el fuego seguía siendo el más fuerte, se robustecía con las llamas con las cuales se había querido combatirlo. Sus manías sensuales, sus costumbres, esa ciencia en el libertinaje, adquirida y cultivada pacientemente, se transformaban en cómplices del incendio que ahora zumbaba, avanzaba en un inmenso frente crepitando.

"Ovíllate, repetíase, aquello no durará; mientras termina, drógate; hazte el muerto." Su padre, sin embargo, sufriría hasta la muerte;

¡pero qué vida esa! Todo estaba en saber si el desenfreno lo liberaría de su pasión: el ayuno la exasperaba; el hartarse, la vuelve más fuerte; con nuestra virtud, la mantenemos despierta, la irritamos, nos aterroriza, nos fascina; pero si cedemos, nuestra cobardía no estará nunca a la medida de nuestras exigencias... ¡Ah!, ¡furia! Tendría que haberle preguntado a su padre cómo pudo haber vivido con ese cáncer. ¿Qué existe en el fondo de una vida virtuosa? ¿Qué escapatorias? ¿Qué puede Dios?

Raymond trataba de sorprender a su izquierda el movimiento del minutero sobre el cuadrante del reloj; pensó que su padre había dejado ya el hotel. Tuvo el deseo de abrazar otra vez al anciano: simple deseo de hijo; pero, entre ellos dos, se ha anudado otro lazo de sangre más secreto: están emparentados entre sí por María Cross. Raymond descendió de prisa hacia el Sena, aunque tenía tiempo todavía antes de que partiera el tren; tal vez cedía a la misma locura que hace correr a aquellas personas cuyos vestidos arden. Tenía intolerable certidumbre de que nunca poseería a María Cross y moriría antes de poseerla. Todo lo que había poseído no valía nada; sólo tenía valor para él lo que no obtendría jamás.

¡Esa María! Se sintió estupefacto de ver en qué forma podía un ser, sin quererlo, pesar con todo su peso en el destino de otro. No había pensado nunca en aquellas virtudes que, brotando de nosotros mismos, trabajan sobre otros corazones a grandes distancias y sin que nosotros nos demos cuenta de ello. A lo largo de esa acera entre las Tullerías y el Sena, por primera vez, el dolor lo obligó a detener su pensamiento en cosas en las cuales nunca había pensado. Sin duda porque en el umbral de ese día se sentía desprovisto de ambiciones, de proyectos, de juegos, nada lo separa de su vida concluida; sin

porvenir alguno, de súbito siente hormigüear todo su pasado: ¡cuán fatal fue su proximidad para tantas criaturas! Y no sabe todavía cuántas existencias ha orientado y desorientado también; ignora que, por su culpa, tal mujer mató un germen en su seno, que una joven ha muerto, que ese compañero ha entrado en el seminario, que, en forma indefinida, cada drama ha provocado otros dramas. Al borde de esa vida atroz que ya no tiene a María y a la cual seguirán tantos otros días iguales, descubre al mismo tiempo esta dependencia y esta soledad: la comunión más estrecha le ha sido impuesta con una mujer, la cual, sin embargo, está seguro de no alcanzar jamás; bastaba que ella hubiese visto la luz para que Raymond permaneciese en las tinieblas: ¿hasta cuándo?, y si quisiera, al precio que fuese, escapar a esta gravitación, ¿qué otros túneles se abren ante él que no sea el estupor y el sueño?... a menos que ese astro en su cielo, se apagara súbitamente, como se extingue todo amor. Pero Raymond lleva dentro de él una pasión y un frenesí heredados de su padre: pasión todopoderosa, capaz de incubar hasta la muerte otros mundos vivos, otras María Cross, las cuales se convertirían, por turno, en satélites miserables... Sería necesario que antes de la muerte del padre y del hijo, por fin se revelara a ellos. Aquel que, sin que ellos lo sepan, llama, atrae hacia sí, desde lo más profundo de sus seres, esa ardiente marea.

Atravesó el Sena desierto, miró el reloj de la estación: su padre debía de estar ya en el tren. Bajó hasta el andén de partida y caminó a lo largo del convoy; no necesitó andar mucho rato: tras un cristal se destacaba esa cara de muerto; las pupilas cerradas, las manos juntas sobre el diario doblado, la cabeza un poco caída, la boca entreabierta. Raymond golpeó con el dedo; el cadáver abrió los ojos, reconoció al que había golpeado, sonrió, y tropezando, avanzó a su encuentro por el

corredor. Pero su dicha se vio envenenada por el temor pueril de que el tren partiera sin que Raymond tuviera el tiempo de bajarse:

—Ya te he visto ahora, y sé que quisiste volver a verme; baja querido: están cerrando las puertas.

En vano el joven le aseguraba que faltaban cinco minutos todavía y que, en todo caso, el tren se detenía en la estación de Austerlitz. El anciano sólo estuvo tranquilo cuando su hijo se encontró de nuevo en el andén; bajando entonces el cristal de la ventanilla, lo envolvió en una mirada llena de amor.

Raymond preguntaba si nada le faltaba al viajero: ¿quería algún otro diario?, ¿un libro? ¿Había reservado su lugar en el vagón restaurante? El doctor contestaba "si... sí", y devoraba con sus ojos a ese muchacho, a ese hombre tan diferente de él, tan parecido a él: pedazo de su propio ser que lo sobreviviría un poco de tiempo más y que no volvería nunca más a ver.

**FIN**